



Revista *Herramienta*:

# Lecturas sobre Marxismo Ecológico

<http://www.herramienta.com.ar>

Una antología parcial para uso de estudiantes y colegas

Selección: Guillermo Castro H.

[loscasloz@gmail.com](mailto:loscasloz@gmail.com)

Panamá, julio de 2013

## Contenido

Sabbatella, Ignacio y Tagliavini, Damiano: *Marxismo Ecológico: Elementos fundamentales para la crítica de la economía-política-ecológica.* / 3

Medeiros, João Leonardo y Sá Barreto, Eduardo: *Lukács y Marx contra el “ecologismo acrítico”: por una ética ambiental materialista.* / 13

Mascaro Querido, Fabio: *Revolución y (crítica del) progreso: la actualidad ecosocialista de Walter Benjamin.* / 25

Chesnais, François: *“Socialismo o barbarie”: las nuevas dimensiones de una alternativa.* / 33

Vega Cantor, Renán: *Crisis Civilizatoria.* / 43

Löwy, Michael: *Ecosocialismo: hacia una nueva civilización.* / 55

Galafassi, Guido: *La predación de la naturaleza y el territorio como acumulación.* / 63

Bellamy Foster, John.; Clark, Bret y York, Richard: *Capitalismo en el País de las Maravillas.* / 77

Chesnais, François: *Orígenes comunes de la crisis económica y la crisis ecológica.* / 89

## **Marxismo Ecológico: Elementos fundamentales para la crítica de la economía-política-ecológica**

Sabbatella, Ignacio

Licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires, becario del Conicet – Instituto Gino Germani.

Tagliavini, Damiano

Licenciado en Ciencia Política. Director del “Curso regional sobre evaluación y reducción de la contaminación en ambientes acuáticos”.

*Herramienta* 47

### **1) Introducción**

La crítica situación ecológica global, evidenciada en los procesos de cambio climático, agotamiento de bienes naturales y degradación ambiental, acompañados de crecientes conflictos socio-ambientales, nos sugiere preguntarnos qué relación guarda con los fundamentos del modo de producción y reproducción capitalista.

A través del presente artículo procuramos exponer la relevancia de la teoría marxista para analizar dicha crisis y contribuir a la cimentación de un *Marxismo Ecológico* (en adelante ME), como una novedosa corriente de pensamiento crítico. A pesar de las experiencias fallidas del denominado “socialismo real” en su relación con la naturaleza y de la propensión del capitalismo a internalizar el discurso ambientalista, creemos posible observar una significativa tendencia de algunos pensadores marxistas a incorporar la ecología y de buena parte de los movimientos ambientalistas a radicalizar su praxis política hacia posiciones anticapitalistas.

De esta manera, nos proponemos rastrear aportes en la obra de Marx y Engels, analizar las críticas al marxismo que se realizan desde la Economía Ecológica y, finalmente, enumerar algunos precursores del ME, junto a algunos conceptos que ayudan a entender la relación entre capital y naturaleza.

No pretendemos agotar el tema aquí sino apenas realizar una contribución crítica, planteando la pertinencia del debate y sus potencialidades para la investigación científica y la actividad política.

### **2) Aportes ecológicos en la obra de Marx y Engels**

A pesar de los prejuicios vigentes en el ambientalismo, Marx y Engels analizaron en diversos pasajes los vínculos entre el mundo social y el mundo natural. La distinción analítica que proponemos no debe entenderse como conceptos cerrados e independientes, sino más bien como temas vinculados entre sí.

#### **a) Concepción materialista de la naturaleza**

Resulta sugerente comenzar con el trabajo de John Bellamy Foster (2004) quien reconstruye una concepción materialista-dialéctica de la naturaleza en la obra de Marx. Arroja luz sobre tres grandes herencias que han sido descuidadas: el filósofo griego antiguo Epicuro, el químico agrícola Justus Von Liebig y Charles Darwin. El primero inspiró una visión materialista de la naturaleza. A partir del segundo construyó una comprensión del desarrollo sostenible. Mientras que de Darwin adoptó un enfoque co-evolucionista de las relaciones entre los humanos y la naturaleza. Sin detenernos aquí, señalamos que dicha reconstrucción echa por tierra el prejuicio de la producción intelectual de Marx como ajena al mundo natural.

En sus *Manuscritos* de 1844, Marx esboza una definición del concepto de naturaleza: "La naturaleza es el *cuerpo inorgánico* del hombre, es decir, la naturaleza en cuanto no es ella misma el cuerpo humano. El hombre *vive* de la naturaleza; esto quiere decir que la naturaleza es su *cuerpo*,

con el que debe permanecer en un proceso continuo, a fin de no perecer. El hecho de que la vida física y espiritual del hombre depende de la naturaleza no significa otra cosa sino que la naturaleza se relaciona consigo misma, ya que el hombre es una parte de la naturaleza” (Marx, 2004: 112). En este pasaje se hace evidente que para Marx no existe dicotomía entre el ser humano y la naturaleza. Esta no es algo externo o un mundo exterior. “El hombre no *está* en la naturaleza, sino que *es* naturaleza” (Vedda, 2004: xxix). La naturaleza le ofrece al hombre su medio de vida inmediato, así como la materia, el objeto y la herramienta de su actividad vital, es decir el trabajo. Esto nos conduce a plantear una continuidad con su obra de madurez, especialmente en *El Capital*.

#### **b) Relación trabajo-naturaleza en la producción de valores de uso**

En *El Capital*, Marx señala que la naturaleza es, junto al trabajo, punto de partida de la producción de valores de uso. “En este trabajo de conformación, el hombre se apoya constantemente en las fuerzas naturales. El trabajo no es, pues, la fuente única y exclusiva de los valores de uso que produce, de la riqueza material. El trabajo es, como ha dicho William Petty, el padre de la riqueza, y la tierra la madre”(Marx, 2000: 10).

Apartándonos de su forma histórica, en toda sociedad el trabajo es el momento de intercambio con la naturaleza, es la actividad con la cual el hombre se apropia de su entorno y lo transforma para satisfacer sus necesidades básicas. En el proceso de trabajo interviene no sólo el trabajo del hombre sino también el objeto sobre el cual se realiza y los medios de trabajo, ambos brindados por la naturaleza. Además, Marx destaca las condiciones materiales que no suelen identificarse en el proceso productivo pero sin las cuales éste no podría ejecutarse. De esas condiciones dependerá la productividad del trabajo y la producción de plusvalía. “Si prescindimos de la forma más o menos progresiva que presenta la producción social, veremos que la productividad del trabajo depende de toda una serie de condiciones naturales. Condiciones que se refieren a la naturaleza misma del hombre y a la naturaleza circundante. Las condiciones de la naturaleza exterior se agrupan económicamente en dos grandes categorías: riqueza natural de medios de vida, o sea, fecundidad del suelo, riqueza pesquera, etc., y riqueza natural de medios de trabajo, saltos de agua, ríos navegables, madera, metales, carbón, etc.” (Marx, 2000: 429).[1] En su *Crítica del Programa de Gotha*, Marx refuerza la idea de la naturaleza como parte fundamental de la producción de valores de uso y como primera fuente de medios y objetos de trabajo. La propiedad sobre la naturaleza es la que va a determinar que una parte de la humanidad, que no dispone de ella, deba entregar su fuerza de trabajo a quienes se han adueñado de esas condiciones materiales de trabajo. Se trata de una de las condiciones históricas para el surgimiento de la mercancía fuerza de trabajo en el modo de producción capitalista que desarrollara en *El Capital*.

#### **c) Separación hombre-naturaleza y campo-ciudad**

Desde los *Manuscritos* de 1844, Marx destaca que el trabajo alienado convierte a la naturaleza en algo extraño al hombre, en un “mundo ajeno”, “hostilmente contrapuesto al trabajador”. En el marco de la apropiación privada, existe una alienación respecto a la naturaleza donde los medios de vida y de trabajo no le pertenecen al trabajador y se le presentan como objetos externos. Por tanto, concluye en los *Grundrisse*: “Lo que necesita explicación, o es resultado de un proceso histórico, no es la unidad del hombre viviente y actuante, [por un lado,] con las condiciones inorgánicas, naturales, de su metabolismo con la naturaleza, [por el otro,] y, por lo tanto, su apropiación de la naturaleza, sino la separación entre estas condiciones inorgánicas de la existencia humana y esta existencia activa, una separación que por primera vez es puesta plenamente en la relación entre trabajo asalariado y capital” (Marx, 2005: 449).

La unidad del hombre con la naturaleza no precisa explicación sino su separación. Esa separación es de carácter histórico y es la base sobre la que se asienta la relación capital-trabajo. El trabajador es separado de su “cuerpo inorgánico” al mismo tiempo que el producto de su trabajo se convierte en mercancía apropiada por el capitalista.

El proceso de expulsión de pequeños propietarios y de cercamiento de tierras comunales es el punto de partida de la acumulación originaria. Masas humanas pasan a engrosar las filas del proletariado urbano. Como bien señalan Bellamy Foster (2004) y Foladori (2001) no puede soslayarse el entendimiento que tiene Marx de la separación campo-ciudad consumada en el modo de producción capitalista. La agricultura capitalista se caracteriza por la gran propiedad, el despoblamiento rural y el hacinamiento urbano. Además de ser la causa fundamental de la polución y la depredación, quedan disociadas progresiva y radicalmente las fuentes de la producción de medios de vida y materias primas de los centros de consumo. Es la fractura del metabolismo social con la naturaleza.

#### **d) Degradación de la agricultura por el capital**

En el capítulo XIII de *El Capital*, afirma que el capitalismo degrada ambas fuentes de riqueza, el hombre y la tierra. Al contrario de lo que comúnmente se cree, no sólo investigó las consecuencias de la explotación capitalista sobre el trabajo, sino que también comprendió el daño que el latifundio capitalista provoca sobre la vitalidad del suelo. La gran industria y la gran agricultura explotada industrialmente actúan en unidad, una devastando la fuerza de trabajo y otra degradando la fuerza natural de la tierra. El latifundio capitalista es la raíz de una fractura irreparable en el proceso interdependiente del metabolismo social. El concepto de metabolismo refiere a la interacción entre naturaleza y sociedad a través del trabajo humano y le permite a Marx “dar una expresión más sólida y científica de esta fundamental relación”, señala Bellamy Foster (2004: 245). Es una herencia de la química de Liebig, utilizado en la teoría de los sistemas en el complejo intercambio de los organismos con su medio, que Marx adecua al entendimiento del proceso del trabajo humano y de su fractura en el modo de producción capitalista.[2]

El abordaje de la agricultura capitalista había tenido como primer blanco la crítica de la teoría de la superpoblación de Malthus y la teoría de la renta de Ricardo porque en ellas no se explicaba el cambio histórico en la fertilidad del suelo, es decir, la intervención del hombre en ella más allá de la productividad natural.[3] La mano del hombre puede ser tanto un factor de mejora como de degradación del suelo. En este marco, Foladori (1996) recupera la importancia de la teoría marxista de la renta capitalista del suelo como una aplicación de la ley del valor a aquella parte de la naturaleza que puede ser monopolizable. Entrega elementos metodológicos para explicar la degradación del suelo y de los recursos naturales en general. La agricultura puesta al servicio del valor de cambio es la condición de posibilidad de que mayores inversiones de capital entreguen rendimientos económicos crecientes al tiempo que disminuyen la fertilidad natural del suelo. La obtención de ganancias extraordinarias es posible aún con rendimientos físicos decrecientes, hasta que en un momento dado sucede una crisis ecológica (Foladori, 2001). Por otra parte, Engels en *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre* planteaba que en el capitalismo lo que prima es siempre la inmediatez, el beneficio inmediato es el único fin del capitalista aislado, sin importar las consecuencias de la producción e intercambio. El capitalista produce sin tomar en consideración el posible agotamiento o degradación del recurso, ni siquiera para una potencial utilización por otros capitalistas.

#### **e) Ampliación del sistema de necesidades y expansión del capital sobre la naturaleza**

En un clarificador pasaje de los *Grundrisse*, Marx da cuenta que la creación de plusvalía absoluta exige la ampliación constante de la esfera de circulación de mercancías. De manera que “la

tendencia a crear el mercado mundial está dada directamente en la idea misma del capital”. La expansión capitalista supone una progresiva conquista de las formaciones anteriores y la abolición de la producción de “valores de uso directos”, con el fin de someter la producción al intercambio. Por lo tanto, “el comercio ya no aparece aquí como función que posibilita a las producciones autónomas el intercambio de su excedente, sino como supuesto y momento esencialmente universales de la producción misma”. A su vez, la creación de plusvalor relativo requiere la ampliación del consumo dentro de la esfera de circulación: cuantitativa, primero; cualitativa, segundo; y, por último, producción de nuevas necesidades, descubrimiento y creación de nuevos valores de uso. Con ese fin, el capital se lanza a “la exploración de la Tierra en todas las direcciones” en búsqueda de nuevas propiedades y nuevos objetos naturales. La naturaleza pierde su carácter divino y es objetualizada en función del provecho útil para la satisfacción de esas nuevas necesidades. Hacia allí se dirige el desarrollo de las ciencias naturales. “El capital crea así la sociedad burguesa y la apropiación universal tanto de la naturaleza como de la relación social misma por los miembros de la sociedad”. La fuerza “civilizadora” del capital destruye tanto las barreras nacionales como las tradicionales y las naturales para convertirse en la primera formación social de escala planetaria. La ampliación incesante del sistema de necesidades humano y la expansión sobre la naturaleza son inherentes al proceso de producción y reproducción capitalista (Marx, 2005: 359-362).

#### **f) Relación hombre-naturaleza en el comunismo**

Marx evitó anticiparse al movimiento real existente y son pocas las oportunidades en las cuales se pronunció sobre las características de una sociedad futura. No obstante, en los *Manuscritos de 1844* hace alusión al comunismo como la “verdadera solución del conflicto que el hombre sostiene con la naturaleza y con el propio hombre” (Marx, 2004: 142). En cuanto superación positiva de la propiedad privada, el comunismo es, también, superación de la alienación del hombre con respecto a la naturaleza. Para Marx, la sociedad comunista “es la unidad esencial plena del hombre con la naturaleza, la verdadera resurrección de la naturaleza, el naturalismo consumado del hombre y el humanismo consumado de la naturaleza” (Marx: 2004:144).

Esa concepción de juventud mantiene una continuidad en *El Capital*, donde adelanta la definición del concepto contemporáneo de “sustentabilidad”, en cuanto a la transferencia intergeneracional de la tierra: "Considerada desde el punto de vista de una formación económica superior de la sociedad, la propiedad privada de algunos individuos sobre la tierra parecerá algo tan monstruoso como la propiedad privada de un hombre sobre su semejante. Ni la sociedad en su conjunto, ni la nación ni todas las sociedades que coexistan en un momento dado, son propietarias de la tierra. Son, simplemente, sus poseedoras, sus usufructuarias, llamadas a usarla como *boni patres familias* (buenos padres de familia) y a transmitirla mejorada a las futuras generaciones" (Marx, 2000: III, 720).

Es interesante observar los rasgos de continuidad en la obra de Marx cuando establece que aquella formación económica superior debería estar fundada en una asociación de productores. Dicha “asociación” reconstruiría la unidad esencial plena del hombre con la naturaleza, en su formulación de juventud,[4] o el “hombre socializado” recompondría la fractura metabólica, en su enunciación posterior.[5] Se desprende de la lectura realizada la insistencia en la eliminación de la propiedad privada y en la disolución de la contradicción entre la ciudad y el campo como condiciones elementales para armonizar al hombre con la naturaleza.

### **3) Críticas ecologistas al marxismo**

A medida que progresan las problemáticas ambientales en la segunda mitad del siglo XX, se desarrollan versiones ecológicas de la economía. Buena parte de sus mentores se ocuparon de

criticar la carencia de una preocupación ecológica por parte de Marx. Pese a los aportes que hemos discutido en el punto anterior, existen posturas que rechazan cualquier derivación de la teoría marxista hacia este campo: "...si bien Marx y Engels se mostraron, en ocasiones, preocupados por problemas ecológicos o medioambientales, tales preocupaciones no tienen cabida en su visión global de lo económico y sus formulaciones no aportan el aparato teórico y conceptual que exigiría el análisis de tales problemas" (Naredo, 1987: 174).

Una afirmación más extrema refiere a que "Marx y Engels tuvieron la oportunidad de estudiar el primer intento de marxismo ecológico y que no la aprovecharon" (Martínez Alier / Schlupmann, 1992: 275). Inútil sería advertir el inconveniente que suscita definir a Marx como el primer marxista, así como la pretensión de un "ismo" ecologista para sus mismos mentores. Saliendo de este atolladero gramatical, expondremos algunas críticas que Naredo (1987) Martínez Alier y Schlupmann (1992), Cuerdo Mir y Ramos Gorostiza (2000) realizaron desde la Economía Ecológica.[6]

#### **a) Separación valor de uso / valor de cambio**

Marx no sólo habría desvinculado "radicalmente" valores de uso de valores de cambio, sino que se habría focalizado en estos últimos. Por consiguiente, situó a la economía fuera del mundo material y contribuyó a afianzar la ruptura que los economistas clásicos hicieron entre lo físico y lo económico (Cuerdo Mir / Ramos Gorostiza, 2000).

Este señalamiento parte de una concepción errónea de la teoría del valor desarrollada por Marx en *El Capital*. Su teoría es una teoría crítica, una crítica de la economía política clásica. La separación entre valor de uso y valor de cambio no está determinada por la voluntad de Marx sino por la forma sociohistórica que adoptan los productos del trabajo en una estructura mercantil basada en el intercambio entre productores privados independientes y en la división social del trabajo. Lo que debe ser explicado no son los valores de uso en cuanto objetos que satisfacen necesidades humanas en cualquier etapa histórica sino la forma mercantil que adoptan bajo aquellas condiciones y que adquieren un valor en relación a otras mercancías. El valor de cambio no es más que la manifestación de la igualdad abstracta establecida entre al menos dos mercancías. El foco de Marx pasa por el valor y por el develamiento de la cosificación de las relaciones sociales de producción, el fetichismo de la mercancía. Lejos de tratarse de una debilidad, es una de las fortalezas de la teoría marxista. Recordemos, además, que el punto de partida de Marx es el trabajo al mismo tiempo que la naturaleza para explicar la producción de riqueza.

#### **b) Desinterés por la energía disipada**

Calcular el grado de eficiencia en términos de disipación o fijación de energía de cada proceso productivo, es una de las orientaciones de la Economía Ecológica. Vista desde el metabolismo socio-económico, la economía es un sistema abierto a la entrada de energía y salida de calor disipado. El segundo principio de la Termodinámica[7] postula que la cantidad de entropía[8] del Universo tiende a incrementarse con el tiempo tendiendo a la disipación de energía. Según algunos ecologistas, Marx y Engels habrían rechazado esa ley "por considerarla incompatible con su visión del progreso humano e interpretar que tenía implicaciones religiosas" (Cuerdo Mir / Ramos Gorostiza, 2000).

Serge Podolinsky era un socialista ucraniano que planteó la posibilidad de analizar la explotación capitalista a partir de un estudio del flujo de la energía en la agricultura. Su conclusión fue que la productividad aumentaba cuando había una contribución de trabajo humano incrementando la acumulación de energía en la Tierra y que la cantidad de energía acumulada en los productos del trabajo es mayor a la necesaria para la reproducción de esa fuerza de trabajo. Desde la Economía Ecológica se suele criticar a Marx por un supuesto desinterés en estas

cuestiones debido a que no contestó las cartas que le envió Podolinsky. El que opina sobre la cuestión es Engels[9], quien plantea que “su verdadero descubrimiento es que el trabajo humano tiene el poder de fijar la energía solar sobre la superficie de la tierra permitiendo que su acción dure más de lo que duraría sin él. Todas las conclusiones económicas que deduce de esto son equivocadas”. Además, plantea que en la industria es imposible todo cálculo energético por lo cual sería “imposible expresar las relaciones económicas en magnitudes físicas”. Engels concluye su comentario diciendo que Podolinsky “ha tomado caminos equivocados porque estuvo tratando de encontrar en la ciencia de la naturaleza una nueva demostración de la verdad del socialismo, y con ello ha confundido la economía con la física” (Marx / Engels, 1973: 33-333).

Bensaïd (2003) plantea que las razones de Engels en su crítica al ucraniano son de dos órdenes: una ideológica y otra epistemológica. La razón ideológica se enmarca en las discusiones de la época sostenidas con el malthusianismo y las visiones apocalípticas con respecto al futuro de la humanidad. La razón epistemológica tiene que ver con el intento que realiza Podolinsky de justificar el socialismo a partir de pruebas científicas: “la lucha de clases nunca es reductible a una querrela de expertos, que intervienen para abogar por la inocencia de la técnica” (2003: 489).

### **c) Ruptura con el ideario romántico**

Se remarca una ruptura en la obra de madurez de Marx con las ideas del Romanticismo en relación a la búsqueda de armonía con la naturaleza. Si se define “la visión romántica del mundo como una crítica generalizada de la civilización industrial (burguesa) moderna en nombre de ciertos valores sociales y culturales precapitalistas” (Löwy, 1990: 87), es posible y hasta positivo para Cuervo Mir y Ramos Gorostiza rastrear en los escritos de juventud de Marx ese ideario. En cambio, en su obra posterior Marx habría quedado preso de una ideología del progreso continuo de la humanidad mediante la ciencia, la técnica y el trabajo. Sin embargo, hemos verificado en *El Capital* una apreciación inequívoca sobre la destrucción capitalista tanto de la fuerza de trabajo como de la tierra. Su crítica dejó de ser abstracta para tomar un carácter científico con el fin de descubrir los distintos mecanismos de explotación y obtención de plusvalía.

### **d) Ausencia de una definición de recursos naturales agotables**

Otra de las críticas ecologistas hacia el marxismo se relaciona con el agotamiento de los recursos naturales. Martínez Alier y Schlupmann (1992) remarcan la ausencia de un análisis de la reproducción o sustitución de los medios de producción utilizados en una economía basada en recursos agotables, con lo cual no se ponen en consideración la existencia de límites en la “reproducción simple” ni en la “reproducción ampliada”. Así, en Marx el tratamiento de los recursos naturales habría sido más ricardiano que ecológico, centrado en la distribución de la renta más que en el agotamiento y contaminación que no se reflejan a tiempo en los precios. No existiría una preocupación por la asignación intertemporal de los recursos agotables. Sin embargo, cabría preguntarse hasta qué punto podemos esperar que Marx problematizara una situación que no fue visible hasta muchos años después.

De todas formas, cabe destacar que en la carta de Engels a Marx sobre el asunto Podolinsky se advierte una preocupación por el despilfarro de energía y reservas naturales. Asimismo, en otra carta, Marx[10] realizaba un comentario elogioso de los estudios de Karl N. Fraas[11], quien según él habría demostrado que como resultado del cultivo, y en proporción a su intensidad, desaparece la ‘humedad’, tan deseada por el campesino, y empieza así la formación de estepas. Agrega Marx que el cultivo sin control, y acompañado de deforestación, puede dejar tras de sí desiertos (Marx / Engels, 1973: 199).

### **e) Progreso indefinido de las fuerzas productivas**

Uno de los aspectos de la obra de Marx que ha sido el más criticado por el ambientalismo es el *desarrollo indefinido de las fuerzas productivas*. De allí se derivan las más aferradas etiquetas acusatorias: “modernista” y “productivista”. Martínez Alier y Schlupmann plantean que “los marxistas posteriores deberían haber modificado la noción de “fuerzas productivas” a la luz de la crítica ecológica de la ciencia económica, pero han existido obstáculos epistemológicos (el uso de categorías de la economía política clásica) e ideológicos (la perspectiva de una transición al comunismo en dos etapas) que lo han impedido” (1992: 276). Bensaïd responde afirmando que la noción de fuerzas productivas no constituye en Marx “un factor unilateral de progreso, independientemente de su imbricación concreta en un modo de producción dado. Pueden tanto enriquecerse con conocimientos y formas de cooperación social nuevas como negarse a sí mismas mudándose en su contrario, en fuerzas destructivas” (2003: 474).

En artículos que Marx escribiera en 1853 sobre la dominación británica en la India es donde rastreamos su versión más modernista, una visión occidental y evolutiva de los procesos sociales. En ellos, a pesar de denunciar las miserias a las que Inglaterra estaba sometiendo al pueblo hindú, concluye que ese es un paso necesario dentro del desarrollo de las fuerzas productivas, y que la introducción de valores burgueses e infraestructura capitalista dentro de la “atrasada” sociedad hindú son una “revolución social”. Aquí le otorga una gran importancia a las condiciones de producción, en especial a las obras de infraestructura que modernizan la estructura productiva.

Por otra parte, en el *Manifiesto Comunista*, se puede vislumbrar una cierta concepción evolucionista de la historia[12]. En el mismo se describe el papel revolucionario de la burguesía en la historia en cuanto al progreso de las fuerzas productivas y al sometimiento de la naturaleza. Con todo, es una imagen que podemos contraponer a otros pasajes señalados anteriormente y que exhibe las hendiduras de una obra monumental pero no por ello monolítica.

Por último, según sus críticos, Engels habría dado cuenta de una lógica productivista e instrumental con respecto a la naturaleza cuando planteaba que: “el hombre al convertirse en dueño y señor de sus propias relaciones sociales, se convierte por primera vez en señor consciente y efectivo de la naturaleza” (Engels, 1973a:102).

#### **4) Las aventuras del Marxismo Ecológico**

Habiendo realizado una revisión de las críticas ecologistas, haremos un breve recorrido por aquello que consideramos son los elementos fundamentales para sentar las bases del ME. A lo largo de la tradición marxista encontramos autores que problematizaron la relación de la sociedad capitalista y la naturaleza, y que esbozaron algunas concepciones premonitorias sobre una crisis ecológica causada por la misma.

En el siglo XIX, además de Podolinski, podemos referirnos a William Morris[13], considerado el primer ecosocialista. En la década de 1920, durante los primeros años de la revolución rusa, investigadores soviéticos como D. N. Kasharov[14], Vladímir I. Vernadski[15], Georgii Gause y Vladimir Stanchisky se interesaron por los estudios de la ecología, pero fueron interrumpidos por el stalinismo. Algunos de esos pensadores fueron perseguidos, encarcelados y sus ideas permanecieron ocultas largo tiempo. Eso sucedió con Nikolai Bujarín, “el muchacho de oro de la revolución”, cuyos escritos ecológicos fueron escondidos por Stalin luego de su ejecución en 1938. Una línea de pensamiento que habría contribuido a la transformación del modo de vida fue aplastada por la burocracia soviética, enrolada en el productivismo y la industrialización acelerada. Asimismo, Bensaïd cita al economista austríaco Julius Dickman quien ya había observado en la década de 1930 el “estrechamiento de la reserva de los recursos naturales” debido al desarrollo “irreflexivo” de las fuerzas productivas bajo el capitalismo en

detrimento de sus “condiciones de reproducción permanente”, minando las condiciones mismas de existencia humana (2003: 499).

Más notorio fue el trabajo de Walter Benjamin, quien cuestionó la idea del progreso y la noción lineal y mecánica de la historia. La idea de revolución cobraba otro sentido para él:

“Marx dice que las revoluciones son la locomotora de la historia mundial. Pero tal vez se trata de algo por completo diferente. Tal vez las revoluciones son el manotazo hacia el freno de emergencia que da el género humano que viaja en ese tren.” (2007: 49).

Más cerca en el tiempo, nos interesa destacar a James O’Connor (2001), quien parte del concepto *condiciones de producción del capital*. Se trata de todo aquello que compone el marco de la producción capitalista y que no es producido como una mercancía aunque es tratado como si lo fuera. Uno de sus componentes es la naturaleza. La propia explotación capitalista puede generar problemas de agotamiento o encarecimiento de esas condiciones y es cuando se pone en juego una *crisis de subproducción*. Por lo tanto, O’Connor considera la relación con la naturaleza como la *segunda contradicción* del capital.

En otra contribución significativa, David Harvey (2007) introduce el concepto *acumulación por desposesión* para dar cuenta de la persistencia de los mecanismos depredadores, violentos y/o fraudulentos del capitalismo que Marx y el marxismo adjudicaban a una etapa primitiva u originaria.

En relación a la continua expansión del capital sobre la naturaleza, es sugerente el concepto *subsumción real de la naturaleza al capital* (Sabbatella, 2010). El régimen capitalista no sólo incluye a la naturaleza sino que también la subordina a los designios de la producción de plusvalor.

Como respuesta a la crisis ecológica causada por el capitalismo, surge un movimiento político que pretende reformular la visión tradicional del socialismo. Michael Löwy y Joel Kovel lanzaron un *Manifiesto Ecosocialista* en donde plasman algunas ideas que aquí trabajamos en un programa de acción política. Para Löwy, el ecosocialismo es una alternativa civilizatoria radical que opone al progreso destructivo capitalista “una política económica basada en criterios no monetarios y extraeconómicos: las necesidades sociales y el equilibrio ecológico” (Löwy, 2010). Aunque no podremos avanzar aquí en sus respectivas contribuciones al ME, cabe mencionar a otros pensadores como André Gorz[16], Alfred Schmidt[17], Wolfgang Harich[18], Manuel Sacristán[19], Ted Benton[20], Barry Commoner[21], Paul Burkett[22] y Elmar Altvater[23]. Son muchos los nombres y probablemente hayamos incurrido en omisiones importantes, pero en ese caso estaríamos más cerca aún de comprobar que no hay tal divorcio entre el marxismo y la ecología. Es necesaria una mayor sistematización que instituya un cuerpo teórico más robusto y, en ese sentido, el presente artículo representa apenas un primer peldaño.

## **5) Reflexiones finales**

Hemos constatado fehacientemente que el mundo natural es uno de los puntos de partida en la teoría de Marx. No obstante, en el desarrollo posterior adquiere un carácter fragmentario y secundario respecto a la contradicción fundamental del modo de producción capitalista entre capital y trabajo. Tampoco podemos desconocer cierto optimismo en relación al desarrollo de las fuerzas productivas y la inexistencia de límites naturales. Por tanto, una traducción automática de Marx a la ecología contemporánea no alienta un conocimiento e investigación sobre los nuevos problemas ecológicos. La degradación de la tierra producto del mismo sistema capitalista había sido adelantada en numerosos pasajes de su obra, pero la misma no es suficientemente

esclarecedora de las consecuencias que traen aparejados el agotamiento de otros bienes naturales y la contaminación ambiental.

Nuestra propuesta de trabajo se dirige, entonces, a abrir nuevos campos de investigación a partir de una concepción materialista de la naturaleza, cuyo pilar básico sea el estudio las relaciones sociales de producción y reproducción capitalistas. A tal fin, es necesario recuperar la fortaleza de la ley del valor, del fetichismo de la mercancía y del trabajo alienado. Son los elementos fundamentales para la crítica de la economía-política-ecológica en la edificación del aparato conceptual del ME, el cual debe ser ampliado, complementado y/o profundizado por los aportes contemporáneos en el marco de la crisis ecológica sin precedentes que atraviesa la humanidad. En ese sentido, el Ecosocialismo se presenta como la nueva corriente política para el siglo XXI.

No queremos encontrar todas las respuestas en Marx, sino en la reconsideración y reformulación de sus categorías. No es nuestro interés un “Marx verde” sino un Marxismo Ecológico. No pretendemos hacer hablar a Marx sobre el cambio climático o sobre el régimen energético capitalista basado en combustibles fósiles, sino reapropiarnos de la crítica de la economía política para facilitar la crítica de la economía-política-ecológica.

## Bibliografía

- Bellamy Foster, J. *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*. El Viejo Topo: Madrid, 2004.
- Benjamin, W., *Sobre el concepto de Historia. Tesis y fragmentos*. Ed. Piedras de Papel: Buenos Aires, 2007.
- Bensaid, D., *Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica*. Herramienta: Buenos Aires, 2003.
- Cuerdo Mir, M. / Ramos Gorostiza, J. L., *Economía y Naturaleza. Una historia de las ideas*. Síntesis: Madrid, 2000.
- Engels, F. (1973a) *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Ateneo: Buenos Aires, 1973 [1973a].
- , *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*. Ateneo: Buenos Aires, 1973 [1973b].
- Foladori, G., “La cuestión ambiental en Marx”. *Revista Ecología Política* 12 (1996), 125-138, Barcelona.
- , “O metabolismo com a natureza”. Em: *Crítica Marxista*, 12 (2001), 105-117. São Paulo: Boitempo. Publicado en español en [www.marxismoecologico.blogspot.com](http://www.marxismoecologico.blogspot.com).
- Harvey, D., *El nuevo imperialismo*. Akal: Madrid, 2007.
- Kovel, J., *El enemigo de la naturaleza. ¿El fin del capitalismo o el fin del mundo?* Asociación Civil Tesis 11: Buenos Aires, 2005.
- Leff, E., *Ecología y Capital. Siglo XXI*: México, 2003.
- Löwy, M. “La crítica marxista de la modernidad”. En: *Revista Ecología Política* 1 (1990), pp. 87-94.
- Löwy, M. *Ecosocialismo, hacia una nueva civilización*. En: [www.marxismoecologico.blogspot.com](http://www.marxismoecologico.blogspot.com); consultado el 1/10/2010.
- Martínez Alier, J. / Schlupmann, K., *La ecología y la economía*. FCE: Madrid, 1992.
- Marx, K., *Crítica del Programa de Gotha*. Ediciones en Lenguas Extranjeras: Pekín, 1979.
- , *El Capital. Crítica de la economía política*. FCE: México, 2000.
- , *Manuscritos Económico-filosóficos de 1844*. Colihue: Buenos Aires, 2004.
- , *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse), borrador 1857-1858*. Siglo XXI: México, 2005.
- y Engels, F., *Correspondencia*. Cartago: Buenos Aires, 1973.
- y –, *Manifiesto comunista*. Prometeo: Buenos Aires, 2003.
- Naredo, J. L., *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*. Siglo XXI: Madrid, 1987.
- O’Connor, J., *Causas naturales. Ensayos de marxismo ecológico*. Siglo XXI: México, 2001.
- Sabbatella, I., “Crisis ecológica y subsunción real de la naturaleza”. En: *Revista Iconos* (Flaco Ecuador) 36 (2010), pp 69-80.
- Van Hauwermeiren, S., *Manual de Economía Ecológica*. Programa de Economía Ecológica. Instituto de Economía Ecológica: Santiago, 1998.
- Vedda, M., “Introducción”. En: Marx, Karl, *Manuscritos Económico-filosóficos de 1844*, pp. vii-xli.

## Notas

[1] James O’Connor desarrolla en profundidad el concepto de condiciones de producción basándose menos en este pasaje de *El Capital* que en los *Grundrisse*.

[2] Bellamy Foster destaca que “el concepto de metabolismo, con sus nociones asociadas de intercambios materiales y acción reguladora, le permitía expresar la relación humana con la naturaleza como una relación que incluía las “condiciones impuestas por la naturaleza” y la capacidad de los seres humanos para afectar este proceso [...] y le proporcionaba a Marx un modo concreto de expresar la noción de la alienación de la naturaleza (y su relación con la alienación del trabajo), que era fundamental en su crítica a partir de sus primeros escritos” (2004: 245).

[3] Al respecto, Marx habría sido más influido por el economista político escocés James Anderson quien atribuyó la existencia de una renta diferencial principalmente a los cambios históricos en la fertilidad del suelo (Bellamy Foster, 2004).

[4] “La asociación, desde el punto de vista de la economía política, aplicada a la tierra y el suelo, divide la ganancia del latifundio y es la primera en realizar la tendencia originaria de la división, a saber, la igualdad, porque ella produce la relación afectiva del hombre con la tierra de manera racional y ya no mediada por la servidumbre, la dominación y la mística estúpida de la propiedad, en tanto que la tierra deja de ser un objeto de mercantilización y se convierte nuevamente, mediante el trabajo y el goce libres, en una propiedad del hombre verdadera y personal (Marx, 2004: 101)

- [5] “La libertad en ese terreno sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente ese metabolismo suyo con la naturaleza, poniéndolo bajo su control colectivo, en vez de ser dominados por él como por un poder ciego; que lo lleven a cabo con el mínimo empleo de fuerzas y bajo las condiciones más dignas y adecuadas a su naturaleza humana” (Marx, 2000: III, 759).
- [6] La Economía Ecológica es “una crítica ecológica de la economía convencional, [...] nuevo enfoque sobre las interrelaciones dinámicas entre los sistemas económicos y el conjunto total de los sistemas físico y social” (Van Hauwermeiren, 1998). Esa corriente académica interdisciplinaria suele ser definida como “la ciencia de la gestión de la sustentabilidad” ya que estudia al sistema económico como un sistema abierto en relación con el sistema natural y los flujos de energía. Su crítica se fundamenta en el estudio de los límites ecosistémicos del desarrollo económico. Algunos de sus principales referentes son Nicholas Georgescu-Roegen, Herman E. Daly, Joan Martínez Alier y José Manuel Naredo.
- [7] La Termodinámica es una rama de la Física que estudia los intercambios y transformaciones de energía en forma de calor.
- [8] Mediante el concepto de entropía, el cual mide el grado de orden o desorden de un sistema, la termodinámica postula la irreversibilidad de los procesos de utilización de la energía.
- [9] En una carta dirigida a Marx el 19 de diciembre de 1882 (tres meses antes de la muerte de Marx...!).
- [10] Carta de Marx a Engels del 25 de marzo de 1868.
- [11] Botánico alemán (1810-1875) La obra a la que se refiere Marx es *El clima y el mundo vegetal a través de los tiempos, una historia de ambos* (1847).
- [12] Cabe destacar que al estudiar, en sus últimos años, la realidad de Rusia a partir de un intercambio epistolar con Vera Zasúlich, Marx planteó la posibilidad de un desarrollo alternativo al occidental para ese país. De este modo, esa concepción lineal de la historia no era aplicada por Marx a cualquier situación, sino que dependía del medio en que se desarrollara.
- [13] William Morris (1834-1896). Inglés. Su crítica al capitalismo industrial se basaba en la idea de “trabajo inútil”, es decir, la “producción de una cantidad ilimitada de tonterías inútiles”, lo más barato posible, “para ser vendidas y no para ser utilizadas” (Cuervo Mir / Ramos Gorostiza, 2000: 88).
- [14] Kasharov dirigió un Instituto de enseñanza de Ecología, publicó el primer manual de ecología para la enseñanza (“Ambiente y comunidades”) y colaboró en la publicación de la primera revista soviética de ecología.
- [15] Vernadski desarrolló en 1926 el concepto de biosfera. Hizo hincapié en el creciente deterioro del medio ambiente, el cual únicamente podría revertirse mediante un cambio en los hábitos dietéticos y la forma de utilización de la energía.
- [16] Gorz, A., “Ecología y libertad” (1977); “Ecología como política” (1979). Planteó el vínculo que existe entre crisis ecológica y crisis de la sobreacumulación, realizando una fuerte crítica al consumismo y el productivismo.
- [17] Cf. Schmidt, A. “El concepto de naturaleza en Marx” (1983).
- [18] Cf. Harich, W. “¿Comunismo sin crecimiento?” (1978)
- [19] Cf. Sacristán, M. “Algunos atisbos político-ecológicos de Marx” (1984)
- [20] Cf. Benton, T. “The greening of Marxism” (1996).
- [21] Cf. Commoner, B. “The Closing Circle: Nature, Man, and Technology” (1971).
- [22] Cf. Burkett, P. “Marx and Nature: A Red and Green Perspective” (1999).
- [23] Cf. Altvater, E. “¿Existe un marxismo ecológico hoy?” (2003).

## Lukács y Marx contra el “ecologismo acrítico”: por una ética ambiental materialista

Medeiros, João Leonardo

*Professor adjunto da Universidade Federal Fluminense, Niterói, Brasil. Doutor em Economia pela Universidade Federal pelo Rio de Janeiro, desenvolve pesquisas e publica na área de crítica da economia política, teoria social, filosofia da ciência, ontologia e ética.*

Sá Barreto, Eduardo.

*Maestria y Doctorado en Ciencias Económicas por la Universidad Federal Fluminense. Email: edusabarreto@gmail.com*

### 1. Introducción

Es seguro afirmar que la preocupación por la inminente crisis ambiental es hoy generalizada. Además de los desastres ambientales provocados por los seres humanos –como los casos de derramamiento de petróleo del Amoco Cadiz en la costa francesa y del Exxon Valdez en el Golfo de Alaska, la tala de árboles en el Amazonas, el accidente nuclear en Chernobil–, la intensidad y el número de eventos extremos llamados naturales exhiben cada vez más su carácter antropogénico. No sorprende, de esa forma, que la temática ambiental haya provocado reflexiones en diversos sectores de la sociedad.

Aunque restringidas en número y en capacidad de movilización, es posible identificar formulaciones teóricas de los problemas ambientales que se inspiran en análisis radicalmente críticos de la sociedad (i.e., en Marx y en el marxismo). Autores como Foster (2002) y Burkett (1999) ya establecieron, a nuestro juicio con éxito, el vínculo entre la dinámica propia de la formación socio-económica vigente y los innumerables fenómenos de degradación ambiental. Incluso así, continúa prevaleciendo en el debate sobre el tema lo que llamaremos *ecologismo acrítico* (o presentista): el ecologismo (estudio científico de la relación entre la vida social y el ambiente natural) que se distingue por la pretensión de superar los problemas ambientales en el interior de la formación social en que vivimos, la sociedad regida por el capital.

Nuestro objetivo en este artículo es llamar la atención sobre una debilidad fundamental del ecologismo acrítico: el desdoblamiento de las preocupaciones ambientales en preceptos éticos abstractos. El problema, en este caso, reside en el hecho de que la ética en que se resuelven las teorías del ecologismo acrítico es simplemente postulada, sin que sea investigada su relación con los presupuestos objetivos de la práctica social que pretende realizar los valores que le dan forma. Buscaremos demostrar, a lo largo de las próximas secciones, que los valores no son entidades meramente subjetivas, que pueden ser enunciadas de modo arbitrario, de manera que el ecologismo acrítico padece de un problema de origen.

Más detenidamente, el punto a sustentar es que los valores son condiciones objetivas de la práctica social, cuyas condiciones de realización pueden y deben ser investigadas. Por otro lado, procuramos defender la concepción, inspirada en una relectura de la crítica social de Marx, de que, en la sociedad capitalista, todos los valores, inclusive aquellos presupuestos en la “ética ambiental” implicada por el ecologismo acrítico, tienen su realización subordinada a una especie de ética objetiva: la ética del capital. Eso hace que el problema *teórico* del ecologismo acrítico adquiera una expresión *práctica*: el error teórico de postular valores se convierte en un problema de realización de los valores porque los valores postulados se demuestran incompatibles con los valores que caracterizan la sociedad del capital en el plano ético-moral.

El argumento arriba esbozado es desarrollado en tres secciones, además de la conclusión. La sección que sigue presenta una síntesis bastante general de las principales ideas, normalmente asociadas a la noción de desarrollo sustentable, que aquí reunimos bajo el término de ecologismo acrítico. En la tercera sección del artículo, buscamos apoyo en Lukács para demostrar que la ética, la moral y los juicios de valor, aunque involucren nítidamente la subjetividad humana, poseen una raíz objetiva insuperable. En la cuarta sección recurrimos a Marx, en una interpretación

obviamente no exhaustiva, para defender la noción de que la “dominación abstracta” de la humanidad por el capital descrita en su principal obra contiene un momento ético: la subordinación de los objetivos humanos al valor (tiempo de trabajo).[1]

## 2. El ecologismo acríptico y la hipervalorización de la subjetividad

La teoría social en general y su subconjunto que aborda las cuestiones ambientales casi siempre recurren, como fundamento teórico y como certificado de prestigio, a las teorías económicas. Si se trata de representar aquello que denominamos “ecologismo acríptico” es, por lo tanto, en el pensamiento económico volcado a las cuestiones ambientales donde se encuentra el material bruto. Es preciso reconocer, sin embargo, que en el interior de la Economía hay un corte significativo en cuanto a la forma de entender las cuestiones relacionadas a la degradación del medio ambiente. De un lado, hay una línea ortodoxa, que atribuye a la ausencia de determinados incentivos de mercado la causa de los principales problemas ambientales. La construcción teórica, en este caso, se convierte en justificativo y sugestión de mecanismos (incentivos) que facultan la extensión de la lógica del mercado a situaciones en las cuales éste todavía opera claramente de modo eficiente. Siendo adoptados los incentivos correctos, se cree, los individuos redireccionarían sus prácticas dilapidadoras hacia un sentido sustentable.[2]

Aunque el abordaje arriba indicado predomine en el interior de la ciencia económica, existe una corriente que procura tratar la temática ambiental en términos alternativos. Esa línea se distingue por la defensa de la producción y del consumo conscientes, basados en una nueva ética. En otros términos, la resolución de la crisis ambiental estaría asentada sobre una transformación ética generalizada, que estaría directamente enfocada hacia las prácticas individuales. El análisis que realizaremos a lo largo de este artículo se concentra en esa segunda vertiente, aunque las críticas aquí realizadas puedan ser también extendidas de modo integral, con las debidas mediaciones, a las formulaciones ortodoxas. Tal opción se justifica por el hecho de que, en esa segunda versión del ecologismo acríptico, la ética ambiental es formulada de modo abierto y consciente en lugar de ser simplemente asumida, como en la vertiente ortodoxa.

Comencemos por la recomposición de los antecedentes del ecologismo acríptico y del contexto que favoreció su desarrollo. En cuanto a los antecedentes, podemos recurrir a la síntesis de Smith (1996), en la cual el autor apunta que el cuestionamiento del crecimiento económico como un fin en sí mismo ya está presente en las formulaciones de pensadores como Sismondi, Ruskin, Hobson y Tawney. El autor recurre, por ejemplo, a la noción de bienestar orgánico de Hobson: un estado en el cual una serie de valores no económicos (artísticos, religiosos etc.) son tenidos en cuenta en la actividad económica. En la opinión de Smith, este estado debería ser anhelado como el fin de la producción, en oposición al objetivo, ilimitado *a priori*, de expansión de la producción procurando el lucro (Ibid: 203-204). El autor recurre a Sismondi, haciendo uso del conocido cuento de Gandalín (el aprendiz de hechicero), para destacar la posibilidad de que la utilización intensiva de una maquinaria cada vez más eficiente en el proceso productivo termine por inundar el medio ambiente con una producción incesante y, en buena medida, superflua. (Ibid: 189-190)

Para Smith, el impulso por la ampliación irrestricta de la producción (y la degradación ambiental que la acompaña) está íntimamente asociada a un determinado conjunto de valores sin conexión directa con lo que serían las reales necesidades de los seres humanos. Por sustentar tales valores, los individuos conducirían la producción social en un sentido antiecológico, perdiendo la oportunidad de economizar recursos al utilizar los avances tecnológicos de forma dilapidadora. Small e Jolland (2006) retoman esa idea al presentar dos mitos griegos para tipificar de qué manera el desarrollo económico, tomado como un fin en sí mismo, puede crear problemas ambientales irreversibles.

Con el mito de Prometeo, los autores procuran representar el dominio de la humanidad sobre la naturaleza, posibilitado por el progreso tecnológico. Para representar los riesgos implicados en tal progreso, esto es, la posibilidad de liberar males desconocidos y desencadenar una sucesión de eventos con efectos inesperados y potencialmente adversos, los autores recurren al mito de Pandora. El acceso a la dominación de la naturaleza por los seres humanos tendría, en fin, un carácter dual de brindar mayor confort y simultáneamente posibilitar la transformación de la naturaleza de forma imprevisible y a veces hasta irreversible. (Ibid: 348-349)

Como nos muestra Smith, la preocupación en torno de la interacción establecida entre sociedad y naturaleza ya se hace presente en formulaciones económicas del siglo XIX y del inicio del siglo XX. El tratamiento sistemático de esas ideas ocurre, no obstante, a partir de la década de 1970. La Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Ambiente Humano, realizada en Estocolmo en 1972, es normalmente reconocida como el primer momento en que las cuestiones ambientales entran efectivamente en la agenda internacional (Sachs, 2002: 48). Sin embargo, el principal marco para el reconocimiento formal de la urgencia en alcanzar una sociedad ambientalmente sustentable es la publicación, en 1987, del relatorio intitulado *Nuestro Futuro Común* (CMMAD, 1991), posteriormente reforzado por el encuentro de la cumbre de Río de Janeiro de 1992.

Desde entonces, un amplio conjunto de propuestas conquistó espacio, amparadas por el creciente entendimiento científico de los impactos humanos sobre el deterioro de las condiciones de la vida en la Tierra. Eso se manifiesta en la expansión del número de proyectos inspirados en una (alegada) responsabilidad ambiental y en una tendencia de alteración de hábitos de los consumidores y hasta de algunos nichos del sector productivo. Podemos situar en el así llamado tercer sector algunos de los ejemplos más representativos de la esperanza que es depositada en la modificación de hábitos individuales.

En el documento intitulado *How to Save the Climate* (Greenpeace, 2007), por ejemplo, encontramos una extensa lista de pequeñas modificaciones a ser realizadas en lo cotidiano para revertir el proceso de calentamiento global. Las consignas son: “¡Esté mejor informado!”, “¡Comience por usted mismo!”, “¡Intente convencer a otras personas de hacer lo mismo!” (Ibid.: 10). Eso no difiere mucho de la campaña ambientalista reciente de Al Gore. Según el vicepresidente norteamericano, ante la crisis ambiental,

“(…) es fácil sentirse masacrado e impotente, sin confianza en que los esfuerzos individuales puedan realmente tener un impacto. Mas precisamos resistir a esa reacción, pues esta crisis sólo va a tener fin si nosotros, como individuos, asumimos la responsabilidad por ese problema. Procurando informarnos e informar a los otros, haciendo nuestra parte para minimizar el consumo y el desperdicio de recursos, volviéndonos más activos políticamente y exigiendo cambios –entre muchas otras maneras–, cada uno de nosotros puede hacer la diferencia.” (Gore, 2006: 317)

También podemos encontrar el ideal de la sustentabilidad en diversas propuestas de políticas públicas que buscan la adopción de modelos económicos y sociales amparados en una ética de la sustentabilidad. En Canadá surgió una de las primeras propuestas de modelo de desarrollo con restricciones al crecimiento económico e incentivos al uso más eficiente de los recursos naturales disponibles.[3] El gobierno holandés, a su turno, propuso el primer plan nacional de orientación del desarrollo hacia la obtención de mejoras cualitativas en la cuestión ecológica.[4] El plan holandés prevé una división considerada más eficiente de costos privados y sociales de la actividad económica (inclusive en un sentido intergeneracional), supuestamente penalizando las prácticas contaminantes y desalentando de varias formas el uso no sustentable de los recursos naturales. De manera todavía más amplia, está el reconocimiento de la ONU sobre la

importancia de directrices sustentables (cuidado de todas las formas de vida, por ejemplo), registradas en la propuesta conocida como *Earth Charter*.

La Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y Desarrollo (CMMAD, 1991) considera que el desarrollo sustentable debe ser un proceso capaz de armonizar crecimiento económico, inversiones, avance tecnológico, etcétera, con la explotación de los recursos y del medio ambiente en general. En este mismo sentido, Sachs (1986; 2002: 52) afirma, basado en un criterio de equidad, la imposibilidad de suspender el crecimiento económico, que “[...] debería ser socialmente receptivo e *implementado* por métodos favorables al medio ambiente, en vez de favorecer la incorporación depredatoria del capital hacia la naturaleza [sic.] al PIB”. Daly (2007), a su vez, alerta que el crecimiento económico presupone el empleo de recursos naturales, que sólo debería ocurrir si su utilización fuese mantenida al menos constante o en un ritmo que permitiese su renovación. Un crecimiento de esta naturaleza sería posibilitado por la creciente eficiencia tecnológica aliada a una reorientación moral en el sentido de producir y consumir sólo mediante metas cualitativas definidas (Ibid: 57-59; Daly & Townsend, 1996: 155-157)

De acuerdo con Schumacher (1996a; 1996b), un nivel reducido de consumo para la atención de las necesidades básicas parece ser uno de los objetivos cuya realización todavía es distante del tiempo actual, en que la lógica de lo excesivo tiende a comandar todos los aspectos de nuestras vidas. Transformar los valores asociados al consumo es, para él, condición *sine qua non* para una sociedad sustentable. El autor recurre al budismo y al cristianismo (o al menos, a su entendimiento de esas concepciones teológicas) para generar su concepto de consumo consciente, basado en la *simplicidad* y en el freno del “deseo por más”. Desde el punto de vista ético, eso implica una redefinición – tomando como base la formulación utilitarista– de la noción de bienestar como una condición alcanzada con el mínimo de consumo, no con el máximo. Tal revisión de valores (ética) y comportamientos (moral) y las consecuentes modificaciones en el consumo generarían modelos sustentables de uso de los recursos naturales, supuestamente invirtiendo las tendencias actuales a la degradación completa.

Como se puede percibir, las propuestas analizadas se resumen en la defensa del control consciente de la producción, de la utilización de los recursos y del consumo privado (en este caso, el control sería individual). Es bien cierto, por un lado, que esas propuestas cumplen un papel importante al exponer los modelos actuales de producción, consumo, polución y degradación ambiental. Por otro, es nítido el entendimiento general de que la reversión de esas tendencias ocurriría por medio de la transformación ética (y de la moral). La defensa de una nueva ética, por consiguiente, se basa en la creencia de que la producción, aunque sometida a la lógica capitalista, sería subordinada a los designios de una conciencia *radicalmente renovada*, ecológicamente responsable, comprometida con la sustentabilidad ambiental. El eslogan que sintetiza esta línea de razonamiento, en fin, es el siguiente: si frenamos nuestro ímpetu consumista y modificamos nuestros hábitos derrochadores, todo el resto se ajusta automáticamente.

No parece absurdo sugerir, a partir de la síntesis expuesta arriba, que las concepciones del ecologismo acético abren una grieta que fracciona radicalmente la existencia social entre la subjetividad, de un lado, y las condiciones objetivas, de otro. Por ejemplo, jamás se cuestiona la relación entre los valores antiecológicos y la conciencia dilapidadora y las necesidades de la reproducción social. Además, la ética es encuadrada en el campo subjetivo, como una idea formada de modo libre e irrestricto en la conciencia de los individuos. Se trata, en este caso, de un doble equívoco: el de apartar enteramente la objetividad y la subjetividad y el de considerar la ética como algo exclusivamente subjetivo. Infelizmente, el espacio limitado del texto sólo nos faculta a realizar la crítica de esta última concepción.

### 3. Lukács y los fundamentos de la defensa de la ética materialista

Volvamos ahora a la forma como Lukács defiende el carácter ontológico de los valores como la base de la construcción de su ética materialista.[5] El punto de partida de ese argumento es la demostración de que los valores son momentos que no se pueden eliminar de las prácticas humanas. Para eso, el autor examina detenidamente la forma de práctica humana originaria, que sedimenta (como “modelo” ontológico) todas las modalidades de la acción humana: el trabajo.[6] Siguiendo la conocida descripción (marxiana) del trabajo, Lukács (2004: 60) observa que el trabajo se distingue como forma de práctica típicamente humana por constituirse en esencia de la objetivación de una finalidad previamente definida, i.e. de la materialización de una idea. En una acepción abstracta, independiente de cualquier forma histórica concreta, se puede describir el trabajo como la práctica que procura objetivar un valor-de-uso o simplemente un *valor* asociado a la satisfacción de las necesidades materiales de los seres humanos. Valor-de-uso puede ser dicho *valor* en el sentido general de finalidad, propósito, carencia perseguida por la práctica humana, y no en el sentido específico de tiempo de trabajo socialmente necesario, que es determinación específica de la producción capitalista.

Lukács reconoce incluso, como Marx, que, una vez puesta la finalidad que conduce el trabajo (i.e., el valor-de-uso a ser producido), es preciso que el proceso de trabajo sea compatible con su objetivación. (Ibid: 90) Desde el punto de vista ético, eso significa que el nexo entre el valor y el deber-ser (la práctica que *debe*-ser compatible con la realización del valor) ya se presenta como momento indispensable del trabajo, incluso en sus formas más primitivas. También este aspecto, o sea, el hecho de contener una ética (valor) y una moral (deber-ser), distingue la práctica humana del trabajo (y la práctica humana en general) de las actividades análogas de los animales. En la naturaleza, como dice Lukács, hay emergencias y satisfacciones, pero no valores. (Lukács, 1979: 86; 2004: 143)

El trabajo, en suma, ya presupone en su interior, inicialmente como momentos subordinados, el campo de la ética y de la moral, el valor y el deber-ser. El hecho de que el valor y el deber-ser sean presupuestos del trabajo está directamente ligado al carácter teleológico, intencional de la actividad humana. Para ser más claro: es porque el trabajo es una actividad destinada a realizar una finalidad previamente definida que no sólo esa finalidad emerge como guía directriz de todo el proceso de objetivación (como ética), sino también como la base del comportamiento de quien trabaja (como moral) y como criterio para juzgar la adecuación de la práctica (juicio de valor). En los términos de Lukács: “toda praxis, incluso la más inmediata y la más cotidiana, contiene en sí esa referencia al acto de juzgar, a la conciencia, etcétera, visto que es siempre un acto teleológico, en el cual la posición de la finalidad precede, objetiva y cronológicamente, la realización”. (Lukács, 1979: 52)

Es preciso, en este punto, introducir una categoría fundamental en la inspección lukácsiana de la praxis humana: la *alternativa*. El trabajo (en verdad, el obrar humano), además de ser caracterizado como realización de una finalidad preconcebida, debe ser comprendido como elección entre alternativas concretas. En todo acto humano no sólo una finalidad (valor) sino un curso de acción (deber-ser) y todos los otros medios necesarios para realizarla objetivamente en un mundo en sí insensible en relación a los designios humanos son elegidos, y otros negados. (Lukács, 2004: 88-89) Reconocer ese carácter de elección entre alternativas nos permite revelar, finalmente, el fundamento objetivo de los valores y partir de ellos, de los deberes-ser y juicios de valor.[7]

Abstrayendo de todas las importantes cuestiones relacionadas a la formación de la subjetividad necesaria para desarrollar esa práctica que elige alternativas, se puede percibir que la propia elección depende del hecho de que el mundo contenga en su configuración objetiva posibilidades todavía no explicitadas y que jamás se explicitarían a no ser por la realización exitosa

de la práctica humana. Eso significa que aquello que es afirmado o negado como valor en el interior de una práctica específica es la explicitación o la negación de una posibilidad del mundo reconocida por la subjetividad humana y objetivada a través de la propia praxis. La conclusión es que el fundamento objetivo de los valores es la *labilidad* [fragilidad, inestabilidad, gc] propia de la existencia tanto natural como social. (Ibid: 88-90)

Por otro lado, si la realización exitosa de la práctica depende no sólo de la elección de los medios adecuados sino también de la correcta ejecución (de la conducta adecuada), podemos reconocer que la elección entre alternativas también envuelve el curso de acción en el trabajo, el proceso de trabajo. Por consiguiente, es imprescindible que, en su práctica, los sujetos reconozcan y elijan los cursos de acción que se ajustan a la realización de la finalidad puesta al inicio idealmente. Con el desarrollo de la praxis humana, las formas de conducta adecuadas se cristalizan como deberes-ser sociales y, en esta configuración, como la base de los juicios de las prácticas individuales y sociales. Es exactamente con ese razonamiento que Lukács desarrolla la demostración del carácter objetivo de los valores en la demostración del carácter objetivo del deber-ser y de los juicios de valor. (Ibid: 98-99)

Además, en su análisis del trabajo, Lukács, como Marx, señala que el desarrollo de la praxis involucra la explicitación de las “potencias adormecidas” en la naturaleza humana. Ese reconocimiento de la capacidad del ser humano de desarrollar (por el condicionamiento, por la educación, por el entrenamiento) habilidades contenidas en la corporalidad y en la subjetividad humanas que inicialmente eran sólo posibilidades tiene importancia fundamental no sólo para la ética, sino para la propia concepción marxiana del ser humano.

El ser humano se distingue de todas las formas de vida por reconocer de algún modo la labilidad presente en su propia constitución biológica y desarrollarla por la práctica, por el accionar teleológico. El momento originario de ese desarrollo es precisamente el trabajo y es por eso que el análisis de esta modalidad de praxis se revela tan fecunda para el entendimiento de la especificidad del ser social. En las palabras de Lukács:

“(…) el trabajo es antes que nada, en términos genéticos, el punto de partida de la humanización del hombre, del refinamiento de sus facultades, proceso del cual no se debe olvidar el dominio sobre sí mismo. Además, el trabajo se presenta, por un largo tiempo, como el único ámbito de ese desarrollo; todas las demás formas de actividad del hombre, ligadas a los diversos valores, sólo se pueden presentar como autónomas después de que el trabajo alcanza un nivel relativamente elevado.” (Lukács, 1979: 87)

No se puede jamás olvidar que el trabajo es tomado aquí “simplemente” como modelo ontológico de las diferentes modalidades de práctica social. Las prácticas humanas (inclusive la producción intelectual) son siempre actividades con condiciones materiales antecedentes, con condiciones causales, algunas de las cuales son extraídas directamente de la naturaleza, otras ya creadas por la actividad humana. Lo que hacen los seres humanos, en su práctica, es reconocer en esas condiciones materiales la posibilidad de dar origen a algo que de ellas no surgiría en la ausencia de la propia práctica: el resultado previamente proyectado del obrar, el valor que motiva y condiciona todo el proceso de realización (en el caso del trabajo, el producto). Al transformar causalidades insensibles a las finalidades humanas en causalidades “puestas” por su práctica, los seres humanos crean en el mundo nuevas formas materiales. Al así hacerlo, más allá de transformar la propia naturaleza, como nos indicó Marx en su análisis del trabajo, los seres humanos abren espacio para nuevas creaciones, para la posición de nuevas finalidades.

En suma, en su práctica, los seres humanos amplían las condiciones objetivas y subjetivas para el reconocimiento y la posición de nuevas finalidades, propósitos, carencias. Eso quiere decir, literalmente, que modifican el campo de los valores y, por su intermedio, de los deberes-ser y de

los juicios de valor. A cada etapa del desarrollo social, por lo tanto, corresponde no sólo un conjunto de valores, una ética, sino una moral y una forma de subjetividad (que tal vez nosotros podamos llamar ideología). Para conocer la ética y la moral de una determinada época, se deben descubrir los condicionantes de la práctica humana determinados por el grado de desarrollo social. Es la aplicación de ese razonamiento a la teoría del valor de Marx que nos permite, con base en las indicaciones de Lukács, desarrollarlo directamente en una formulación (crítica) de la ética idealista presupuesta en el ecologismo “acrítico”.

Antes de seguir adelante, es importante observar que, si el argumento de Lukács captura correctamente la relación entre la ética, la práctica social y las estructuras causales que constituyen el mundo, entonces los valores del ecologismo acrítico también poseen un fundamento objetivo. Como valores legítimos de la convivencia social contemporánea, expresan en el plano de la conciencia moral la tragedia social que acompaña contradictoriamente las conquistas de los seres humanos sobre la naturaleza en la sociedad del capital. La cuestión, por lo tanto, no es si esos valores son o no objetivos – cuestión que respondemos afirmativamente–. La cuestión es si la objetividad de esos valores está o no fundada en una contradicción objetiva que torna inviable su realización en la época actual.

#### 4. Marx y la ética del capital: una brevísima relectura

Para extraer del análisis de la sociedad del capital elaborado por Marx una concepción respecto de la ética, o por lo menos de la ética *de esta sociedad*, es preciso partir de la categoría del valor. En este caso, es preciso destacar que el hecho de que una misma categoría, *valor*, denote simultáneamente el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de una mercadería y el conjunto de objetivos (propósitos, carencias, proyectos) que mueve la práctica humana en general está lejos de ser pura y simple coincidencia. Al contrario, entre los autores que reconocieron el trabajo como fundamento del valor (en el sentido “económico” del término), Marx fue aquél que estableció de manera más articulada (aunque no explícita) las implicaciones para la ética.

Es importante retomar, en este particular, la línea central del argumento desarrollado por el autor ya en los primeros capítulos de *El capital*.<sup>[8]</sup> Todos saben que, para Marx, valor y trabajo (social medio) es la actividad social cristalizada como propiedad de las mercaderías. Esa peculiaridad del trabajo humano de presentarse como propiedad de las cosas producidas, o de los productos ser la “sublime objetivación del valor” (Marx, 1998: 74), es destacada por el autor como una determinación que por sí misma caracteriza la forma de trabajo históricamente específica que corresponde a la sociedad comandada por el capital. Para demostrarlo, Marx examina los presupuestos históricos de la emergencia de esa forma misteriosa de objetivación del trabajo humano.

El punto de partida del argumento es el reconocimiento de que, en los actos de cambio, los sujetos comparan, por alguna medida común a todos los productos, las cosas que tienen. Para que esa comparación entre productos pueda ser realizada con regularidad, es indispensable que los individuos sean propietarios privados de las cosas comparadas. Es preciso, por lo tanto, que la propiedad privada sea la forma de propiedad dominante. Por otro lado, si la mayor parte del producto social es producida como objeto de satisfacción de necesidades externas es porque el cambio ya se tornó la forma de distribución de los productos dominante. Eso presupone, a su vez, que la división social del trabajo sea compleja y los productores especializados.

Si las cosas son producidas para el cambio y si el cambio exige una igualación entre las cosas producidas con base en alguna propiedad común (al menos) a la mayor parte del producto social, entonces es razonable considerar que el trabajo, considerado abstractamente (como tiempo), figure exactamente como medida de esta comparación. A fin de cuentas, las cosas cambiadas son cualitativamente distintas y, dejando de lado su carácter cualitativo diverso, sólo

resta la propiedad común de ser resultado del dispendio de energía humana en los actos de trabajo. Es exactamente por eso que el tiempo de trabajo figura como valor de las mercaderías.

Es crucial subrayar, finalmente, que si el propio trabajo, al figurar como propiedad (valor) de las mercaderías, media la articulación entre los sujetos en el mercado, entonces se puede afirmar que el trabajo pasa a funcionar como una finalidad de las prácticas humanas: tener más valor, tener más trabajo (o sus representantes, como el dinero o los títulos) significa tener capacidad de absorber una parcela mayor de la riqueza social, significa estar más rico.

Con la elaboración teórica que acabamos de resumir, Marx consigue demostrar que, en esta sociedad, el trabajo figura como finalidad de las prácticas económicas de los seres humanos. Además, Marx consigue demostrar que esa propiedad de la producción capitalista distingue no sólo la propia producción, sino también al capitalismo de las sociedades que lo antecedieron. En todas las otras formas sociales, a no ser en circunstancias limitadas y episódicas, el trabajo es, ante todo, la actividad mediante la cual los seres humanos crean, en niveles históricamente diferenciados, sus condiciones materiales de existencia. *Se trata, entonces, de medio para la realización de valores, y no de finalidad, valor en sí.*

Naturalmente, el trabajo preserva, en la sociedad capitalista, su condición de medio de satisfacción de finalidades humanas, mas asume prioritariamente la condición de fin, de valor. Es ése el sentido de la reinterpretación de la teoría del valor de Marx que sugerimos libremente a partir de Lukács: la teoría del valor de Marx nos revela que, en determinadas condiciones históricas, el trabajo, que es medio para la satisfacción de necesidades, emerge como fin, como valor. Además, el trabajo es “el valor”, en singular y sin calificativos, dejando claro que se trata de una finalidad humana que se eleva por sobre todos los demás valores que mueven la práctica humana, subordinándolos.

En el capitalismo, para reforzar, el valor (valor = tiempo de trabajo) subordina todos los otros propósitos humanos, subordina todos los otros valores, estéticos, afectivos, religiosos etcétera y las formas de práctica correspondientes, tornando la realización de estos valores por estas prácticas una determinación secundaria de la existencia humana, como quiera que ellas sean juzgadas subjetivamente. Secundaria porque, entre todas las finalidades que deben ser satisfechas por la práctica de cada uno de los sujetos que vive en esta sociedad, la única efectivamente ineludible *para todos* es la apropiación de riqueza bajo la forma de valor.

La categoría capital, tal como es concebida por Marx, captura con precisión esa subordinación de los valores y de las prácticas humanas al valor. El autor nos presenta el capital inicialmente como el valor que, en su movimiento, busca la valorización (i.e., la auto expansión). Si, en esta misma frase, cambiamos la palabra valor por su contenido efectivo, trabajo, llegamos a una expresión de la categoría capital que evidencia, en sus términos, la dinámica auto centrada del trabajo en la formación social capitalista: capital = valor que, en su movimiento, busca la expansión; o sea, capital = trabajo que, en su dinámica, busca la expansión.

Es el carácter auto centrado de la dinámica del trabajo que caracteriza la forma de subordinación correspondiente a la sociedad capitalista.[9] El trabajo de esta sociedad tiene una configuración estructural, surgida espontáneamente de las ruinas de la sociedad feudal, de la cual emana un movimiento dinámico en el sentido de su propia expansión. Una vez que esa dinámica auto centrada del trabajo –el “sujeto automático” [*automatisches Subjekt*] del que hablaba Marx (1998: 184)– es movida, como todo lo que ocurre en la sociedad, por la práctica de individuos concretos, es preciso que todos los presupuestos de esa práctica estén en conformidad con su reproducción (la reproducción de la dinámica).

Entre esos presupuestos se encuentran no sólo las condiciones materiales de las prácticas humanas (las causas materiales aristotélicas) y el conocimiento necesario para conciliar medios y fines, sino los propios fines, los valores previamente concebidos en torno de los cuales gira la práctica humana. Al

convertirse en la principal finalidad de las prácticas humanas, el trabajo crea las condiciones subjetivas para que la dinámica auto centrada del trabajo se mueva por la acción de los individuos. Se forma, así, la ética compatible con la dinámica incontrolable del trabajo en expansión. Es exactamente eso lo que Marx quiso decir en su análisis del fetichismo de la mercancía. El trabajo, aunque sea producto de nuestras prácticas, adquiere una dinámica propia, extrañada, que nos coacciona, nos subordina. Es sobre esa dinámica que se levanta la formación social en la que vivimos, “una formación social en la que el proceso de producción domina al hombre, y no el hombre al proceso de producción”. (Ibid: 103)

Podemos, finalmente, concluir que, para Marx, la sociedad del capital es, en verdad, la sociedad del trabajo extrañado (capital) y de su ética. Como en toda ética, la ética del capital se desdobla en una moral, en un conjunto de deberes ser. Como siempre, el deber ser correspondiente depende de la condición particular en que se encuentran los individuos concretamente existentes. En caso de la sociedad capitalista, la condición de clase, por ser determinante directa de la condición económica particular de los individuos, se torna el elemento fundamental en la determinación del deber ser correspondiente a la realización del valor. Para la clase trabajadora, la realización del valor exige el comportamiento adecuado al aprovechamiento por el capital (o sea, el enfrentamiento de la competencia entre los trabajadores en el mercado de trabajo). Para la clase capitalista, se exige el comportamiento adecuado para la reproducción ampliada (competencia entre capitales).[10]

Es importante dejar claro que los valores y las prácticas de los sujetos de las dos clases son subordinados al capital (al *valor*), aunque las condiciones de subordinación sean distintas y, en general, obviamente más favorables para la clase capitalista. Sean cuales fueren las condiciones de subordinación, no obstante, el hecho es que a nadie, en esta forma de sociedad –sean trabajadores, ocupados o no; capitalistas; rentistas; ricos y pobres– le es dado el derecho o la libertad de oponerse al movimiento dinámico del capital, so pena de la pérdida de la condición social y, en el límite, física. Para Marx, librarse de esa subordinación exige librarse del capital. O sea, librarse del valor. O sea, librarse del trabajo bajo la forma capitalista (y *no de la forma de trabajo capitalista*). Y con él, de la ética del trabajo que subordina el comportamiento de los sujetos (todos los valores, de todos los sujetos) en la sociedad en que vivimos.

## 5. Conclusión

Si nuestra interpretación de Marx es válida y, de hecho, la sociedad capitalista supone la subordinación de la ética (y de la moral) al valor (trabajo), entonces los valores que constituyen la ética implícita al ecologismo acrítico no pueden escapar a esa subordinación. Considerando que las teorías que dan forma al ecologismo acrítico reciben el calificativo “acrítico” justamente porque ni siquiera mencionan la posibilidad de superación histórica de la sociedad capitalista – siendo, por lo tanto, que la sociedad del *valor* es admitida *a priori*–, entonces la posibilidad de realización objetiva de la así llamada ética ambiental es determinada por su relación con la realización del valor. Si esa “ética ambiental” contiene prácticas que impiden o contradicen la reproducción ampliada del valor, ella es, a no ser en ámbitos restringidos y limitados, *insustentable*, para emplear la jerga del ambiente.

Demostrar esa condición de insustentable requiere una investigación rigurosa y extensa de las condiciones de realización de los valores que dan forma a los anhelos (auténticos o forjados) de transformación radical de la relación entre los seres humanos y el ambiente. En nuestro artículo no asumimos esa demostración como objetivo, ni podríamos haberlo hecho. Al contrario, procuramos aquí invertir la lógica del raciocinio crítico y demostrar que, en verdad, el ecologismo acrítico parte de un presupuesto que sustenta todo el edificio teórico (y confiere legitimidad a las

prácticas correspondientes): que la realización de los valores de la “ética ambiental” es compatible con la realización del valor que subordina la ética y la moral en la sociedad del capital.

No es absurdo imaginar que la objetivación de la “ética ambiental” exija una brutal y costosa transformación de la producción, del consumo, de la estructura urbana, de las viviendas, del sistema de transportes, de todos los contornos de la vida social, en fin. Si es así, parece claro que el peso de la prueba cabe a los que, explícita o veladamente, postulan la compatibilidad entre ese extenso conjunto de prácticas y la preservación de la categoría que, no casualmente, distingue la forma social en que vivimos: el capital.

## Bibliografía

- Barroco, M. H. (2008) *Ética: fundamentos sócio-históricos*. San Pablo, Cortez Editora.
- Bhaskar, R. (1998) *The Possibility of Naturalism*. Brighton, Harvart.
- Burkett, P. (1999) *Marx and nature: a red and green perspective*. Nueva York, St Martin's Press.
- CMMAD – Comissão Mundial sobre o Meio Ambiente e Desenvolvimento. (1991) *Nosso Futuro Comum*. Río de Janeiro, Editora da Fundação Getúlio Vargas.
- Coase, R. (1960) “The Problem of Social Cost”, *The Journal of Law and Economics*, N° 3, pp. 1-44.
- Costanza, R. et al. (1997) “The Value of the World's Ecosystem Services and Natural Capital”, *Nature*, vol. 387, mayo 1997, pp. 253-260.
- Daly, H. (2007) *Ecological Economics and Sustainable Development, Selected Essays of Herman Daly*. Northampton, Edward Elgar Publishing, Inc.
- Daly, H. & Townsend, K. (1996) *Valuing the Earth: economics, ecology, ethics*. Cambridge, MIT press.
- Duayer, M & Medeiros, J. L. (2008) “Marx, Estranhamento e Emancipação: o caráter subordinado da categoria da exploração na análise marxiana da sociedade do capital”, *Revista de Economia*. Curitiba, Editora da UFPR, v. 34, p. 151-161.
- Duayer, M. & Medeiros, J.L. (2007) “‘Under-labouring’ for ethics: Lukács's critical ontology”. In: Lawson, C. et. al. *Contributions to social ontology*. Oxon, Routledge.
- Edwards, A. (2005) *The Sustainability Revolution*. Canadá, New Society Publishers.
- Foster, J. B. (2002) *Ecology against capitalism*. Nueva York, Monthly Review Press.
- Gore, A. (2006) *Uma Verdade Incoerente*. San Pablo, Editora Manole.
- Greenpeace (2007) *How to Save the Climate*. Disponible em: [www.greenpeace.org/raw/content/international/press/reports/how-to-save-the-climate-pers.pdf](http://www.greenpeace.org/raw/content/international/press/reports/how-to-save-the-climate-pers.pdf)
- Hotelling, H. (1949) “Letter to the Director of the National Park Service”. In: Prewitt, R. A. *The Economics of Public Recreation. The Prewitt Report*. Washington DC, Department of the Interior.
- Infranca, A. (2005) *Trabajo, Individuo, Historia: el concepto de trabajo em Lukács*. Buenos Aires, Ediciones Herramienta.
- Kurz, R. (1992) *O Colapso da Modernização: da derrocada do socialismo de caserna à crise da economia mundial*. Río de Janeiro, Paz e Terra.
- Lessa, S. (2002) *O Mundo dos Homens: Trabalho e Ser Social*. San Pablo, Boitempo.
- Lukács, G. (1979) *Ontologia do Ser Social – Os princípios ontológicos fundamentais de Marx*. San Pablo, LECH.
- Lukács, G. (2004) *Ontologia del Ser Social – El Trabajo*. Buenos Aires, Ediciones Herramienta.
- Marx, K. (1998) *O Capital: crítica da economia política*. Río de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Mészáros, I. (2002) *Para Além do Capital: Rumo a uma Teoria da Transição*. San Pablo, Boitempo Editorial; Campinas, Editora da Unicamp.
- Pearce, R. e Turner, R. (1990) *Economics of Natural Resources and the Environment*. Baltimore, The John Hopkins University Press.
- Postone, M. (1993) *Time, Labor, and Social Domination: a Reinterpretation of Marx's Critical Theory*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Sachs, I. (1986) *Ecodesenvolvimento: crescer sem destruir*. San Pablo, Vértice.
- Sachs, I. (2002) *Caminhos para o Desenvolvimento Sustentável*. Río de Janeiro, Garamond.
- Schumacher, E. F. (1996a) *The Age of Plenty: a Christian view*. In: Daly, H.; Townsend, K. *Valuing the Earth: economics, ecology, ethics*. Cambridge, MA, MIT press.
- Schumacher, E. F. (1996b) *Buddhist economics*. In: Daly, H. & Townsend, K. *Valuing the Earth: economics, ecology, ethics*. Cambridge, MA, MIT press.
- Small, B. & Jollands, N. (2006) “Technology and Ecological Economics: Promethean technology, Pandorian potential”. *Ecological Economics*, vol. 56, pp. 343-358.
- Smith, G. A. (1996) The Purpose of Wealth: a historical perspective. In: Daly, H. & Townsend, K. *Valuing the Earth: economics, ecology, ethics*. Cambridge, MA, MIT press.
- Solow, R. (1976) *Is the End of the World at Hand?*. In: Gill, R. T. (editor). *Great Debates in Economics*, Vol. 1, 172 -180. Pacific Palisades, CA, Goodyear.
- Stern, N. (2007) *The Economics of Climate Change: the Stern review*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Tertulian, N. (1999) “O Grande Projeto da Ética”, *Ad Hominem* 1, I. San Pablo.
- Vázquez, A. S. (2007) *Ética*. Río de Janeiro, Civilização Brasileira.

## Notas

- [1] “Dominación abstracta” es la expresión empleada por Postone (1993: 3) para describir la forma de dominación que caracteriza a la sociedad del capital.
- [2] Esa primera versión del ecologismo tiene como principales articuladores a Hotelling (1949), Coase (1960), Solow (1976), Pearce y Turner (1990), Costanza et al. (1997), Stern (2007), entre otros.
- [3] *Ontario Round Table on Environment and Economy Models Principles* (Edwards, 2005).
- [4] *The Netherlands National Environmental Policy Plan* (Edwards, 2005).
- [5] Una formulación alternativa a Lukács en la defensa de la naturaleza simultáneamente objetiva y subjetiva de las categorías que forman la ética puede ser encontrada en Vázquez (2007). Nos parece, no obstante, que el análisis de Lukács tiene mayor rigor y precisión teórica. Entre los trabajos más conocidos que procuran difundir el análisis de Lukács de la ética, creemos que Lessa (2002) ofreció una interpretación bastante problemática, por haber atribuido al trabajo una condición jerárquicamente superior en el complejo de la práctica humana. Ya en Infranca (2005), la categoría del trabajo es correctamente percibida “tan solo” como el modelo ontológico de la praxis humana. El análisis de la relación del trabajo con la ética (Ibid: 126pp.), aunque igualmente acertada, se sitúa en un nivel de abstracción bien diferente del que adoptamos en este artículo, y

semejante a aquél adoptado por Tertulian (1999). Vale señalar que Infranca también enfatiza el carácter simultáneamente subjetivo y objetivo de la ética (Ibid: 128). Una síntesis del argumento de Lukács más próxima de la que presentamos en este artículo se encuentra en Duayer & Medeiros (2007).

[6] La descripción de Lukács de la praxis humana a partir del trabajo es muy semejante al modelo transformacional del obrar humano propuesto por Bhaskar (1998: 33-37). En ambos casos, el análisis pretende revelar propiedades de la práctica humana en general a partir del trabajo y no sustentar la superioridad del trabajo como forma de praxis. Cf.: Lukács (2004: 103-104).

[7] Una buena síntesis de este argumento puede ser encontrado en Barroco (2008: 25).

[8] El argumento de los próximos párrafos es una síntesis de la síntesis del raciocinio de los cuatro primeros capítulos de *El capital* presentada en Duayer & Medeiros (2008). Aquel texto, y ahora la síntesis de él, está inspirado en la instigante relectura de la obra propuesta por Moishe Postone (1993). En lo que dice respecto de la síntesis de los argumentos de Marx (1998), presentada en esta sección, optamos por evitar referencias a pasajes puntuales. Como se trata de un texto muy conocido, consideramos que la simple identificación de los capítulos de *El capital* (los cuatro primeros) es suficiente.

[9] Diversos autores destacaron en la lectura de Marx ese momento del argumento como el elemento central de su análisis crítico de la sociedad burguesa. Entre ellos, podemos destacar: Kurz (1992), Postone (1993) y Mészáros (2002).

[10] En el interior de cada clase, condiciones particulares de ocupación, de calificación, condiciones físicas e incluso genéticas dan contorno final al tipo de comportamiento adecuado (útil, eficiente, bueno etc.) al aprovechamiento por el *sujeto automático*.



## Revolución y (crítica del) progreso: la actualidad ecosocialista de Walter Benjamin

Mascaro Querido, Fabio.

*Maestrando en sociología – UNESP Araraquara, Brasil. Becario del “Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico” (CNPq)*

El concepto de progreso debe ser fundamentado en la idea de catástrofe. Que “las cosas continúen así” es la catástrofe. Walter Benjamin

### El capitalismo y la emergencia de la crisis ecológica

Desde mediados de la década de 1970, la reorganización de los parámetros de acumulación y reproducción ampliada del capital anunció la emergencia de una crisis ecológica sin precedentes, revelando el ímpetu destructivo que preside la lógica capitalista. Desde el crecimiento exponencial de la polución del aire, el agua potable y el medio ambiente a la destrucción vertiginosa de las selvas tropicales y la biodiversidad, desde el agotamiento y la desertificación del suelo a la drástica reducción de la biodiversidad por la extinción de millares de especies, son varios los ejemplos del carácter destructivo del modelo civilizatorio capitalista.

Desde entonces, “las amenazas contra las condiciones físicas de reproducción de la vida alcanzaron, en numerosos, países y hasta en regiones enteras, una dimensión mucho más trágica que a comienzos del siglo XX”. [1] Si hasta entonces los defensores del “progreso” capitalista aún podían ensalzar su poder de “destrucción productiva”, ahora, más que nunca, el aspecto predominante es el de la “producción destructiva cada vez mayor y más irremediable”, activando la posibilidad de “eliminación de las condiciones de reproducción sociometabólica del capital”. [2]

El cuadro sugiere, por ende, la eclosión de una verdadera “crisis civilizatoria” caracterizada por el “agotamiento de un modelo de organización económica, productiva y social, con sus respectivas expresiones en el ámbito ideológico, simbólico y cultural”. [3] Más que de una crisis cíclica de tipo “clásico”, se trataría de una crisis global de la civilización capitalista, cuya expresión más dramática es la degradación absolutamente destructiva del ecosistema, indispensable para sustentar los absurdos índices de consumo de los países más ricos. No por azar, hoy en día, detrás de palabras tales como “ecología” y “medio ambiente”, se esconde “nada menos que la continuidad de las condiciones de reproducción social de ciertas clases, de ciertos pueblos e incluso de ciertos países”. [4]

### Los desafíos del marxismo contemporáneo: el ecosocialismo y la crítica de la civilización moderna

En ese contexto, el surgimiento de la crisis ecológica impone nuevos desafíos al pensamiento marxista. Para Michael Löwy, la comprensión marxista de la problemática ecológica se vincula con la exigencia de “una ruptura radical con la ideología del progreso lineal y con el paradigma tecnológico y económico de la civilización industrial moderna”. [5] Ante los desafíos establecidos por el carácter destructivo del “progreso” capitalista en los tiempos contemporáneos, el marxismo

“[...] precisa, para enfrentar los problemas actuales, radicalizar su crítica de la modernidad, del paradigma de la civilización moderna/burguesa”. [6] En un contexto de crisis civilizatoria –del que la crisis ecológica tiene su expresión más sintomática– el marxismo necesita “romper con su inveterado culto al progreso, a las fuerzas productivas y a los artefactos tecnológicos generados por el capitalismo”. [7]

La constitución teórica de una perspectiva ecosocialista depende directamente de esa capacidad del marxismo de realizar una revisión crítica profunda de la concepción tradicional de las fuerzas productivas. [8] Anhelando incorporar, desde una perspectiva marxista, algunas de las

adquisiciones contemporáneas de los movimientos ecológicos, la construcción de un ideario teórico y político ecosocialista exige la redefinición de la lucha anticapitalista –y del proyecto socialista– a partir de las necesidades y de las posibilidades del presente. Si, como se sabe, el capitalismo es necesariamente destructivo y, por tanto, “insustentable” desde el punto de vista ecológico, el socialismo se mantiene como la “utopía concreta” revolucionaria que apunta al futuro. Pero, actualizándose, se trata de un socialismo en ruptura con el progreso, en el cual “es imprescindible el componente ecosocial, que requiere una nueva forma de entender y asumir las relaciones no solo entre los seres humanos, sino entre estos y la naturaleza”.<sup>[9]</sup>

Desde el punto de vista del marxismo, es preciso, por tanto, retomar e impulsar una crítica anticapitalista del progreso y de la conversión de las fuerzas productivas en fuerzas destructivas. Productivas desde el punto de vista del capital, esas fuerzas se revelan destructivas en relación con el porvenir de la humanidad. Por eso, “la idea de una transformación de las fuerzas potencialmente productivas en fuerzas efectivamente destructivas, en otro registro temporal, es indudablemente más fecunda que el esquema mecanicista de la oposición entre desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción que lo traban”.<sup>[10]</sup> Según Aldo Casas, la crítica del impulso destructivo del desarrollo de las fuerzas “productivas” en el capitalismo debe conducir a: 1) una reinterpretación histórica del capitalismo a partir de la resistencia de las distintas fuerzas al progreso destructivo; 2) una reinterpretación de las relaciones entre sociedad y naturaleza; 3) una concepción de la revolución social como momento de ruptura con un desarrollo histórico que lleva a la catástrofe; 4) una diferenciación entre el progreso humano y moral y el progreso económico y/o tecnológico.<sup>[11]</sup>

### **La revolución contra el “progreso”: la actualidad de Walter Benjamin**

En el ámbito del marxismo, Walter Benjamin fue uno de los primeros teóricos en reflexionar sobre esas cuestiones, acentuando el impulso destructor y potencialmente bárbaro del progreso capitalista.<sup>[12]</sup> El filósofo alemán anticipó muchos aspectos que hoy son decisivos para la constitución de una perspectiva socialista y ecológica, capaz de ofrecer una alternativa concreta al modelo civilizatorio capitalista-moderno. Esos aspectos pueden ser visualizados principalmente en la aguda crítica de Benjamin a las ideologías del progreso y la temporalidad lineal y abstracta que acompaña a este; crítica constituida sobre todo (pero no solamente) en sus textos de los años 1936-1940.

En el proyecto de los *Pasajes*, Benjamin afirma la necesidad de “demostrar un materialismo histórico que aniquiló en sí la idea de progreso [...]. Su concepto fundamental no es el progreso, sino la actualización”.<sup>[13]</sup> Según él, “la representación materialista de la historia trae consigo una crítica inmanente del concepto de progreso”.<sup>[14]</sup> Benjamin profundiza, así, la recomendación de Marx en los *Grundrisse*, que alertaba sobre la necesidad de no tomar el concepto de progreso en su forma habitual. Nostálgico del pasado que sueña con el futuro, el autor alemán rechaza la creencia en un progreso que resulta necesariamente de los descubrimientos técnicos, del desarrollo de las fuerzas productivas y del dominio creciente de la naturaleza. Contra la ilusión nefasta de “nadar en el sentido de la corriente” –común a la socialdemocracia y al stalinismo–, Benjamin contrapone su alegoría del progreso como tempestad y como catástrofe permanente.

No por azar, la revolución social no se presenta, en Benjamin, como el resultado natural o inevitable del progreso técnico y económico, sino como interrupción de una continuidad histórica cosificada que conduce a la catástrofe. “La sociedad sin clases no es el objetivo final del progreso en la historia, sino su interrupción muchas veces fracasada y finalmente alcanzada”.<sup>[15]</sup> En la tesis 15 sobre el concepto de historia, Benjamin afirma: “La conciencia de estar haciendo saltar el continuum de la historia es peculiar de las clases revolucionarias en el momento de su acción”.<sup>[16]</sup> Exactamente por eso, como bien sugiere Michael Löwy, el “aspecto que más interesa

a Benjamin y que va a aclarar con una luz nueva su visión del progreso histórico”[17] no es el materialismo abstracto, ni las leyes del desarrollo histórico, sino *la lucha de clases*. Más que el progreso en abstracto, es la lucha de clases la luz que ilumina el presente, el pasado y el futuro. Es ella la que suscribe la posibilidad de realización del conocimiento histórico, cuyo sujeto es “la propia clase que lucha, que está sometida”, [18] conforme afirmó Benjamin en la tesis 12. En la praxis revolucionaria de las clases subalternas se encuentra, pues, la propia posibilidad de realización del conocimiento teórico, tal como ya habían señalado Marx en las *Tesis sobre Feuerbach* y Lukács en *Historia y conciencia de clase*.

La lucha de clases del presente define las posibilidades de interrupción mesiánica y revolucionaria del curso del mundo y de la redención de los vencidos del pasado. La acción revolucionaria del presente introduce el pasado en el tiempo-ahora. La historia del pasado se funda, entonces, en la actualidad, y su redención se vincula con las posibilidades de la praxis real del proletariado y de las clases subalternas del presente. En el límite, “la mirada histórica no se dirige ya hacia atrás, desde el presente y en dirección a la historia, sino que parte de esta en dirección hacia delante, hacia el presente”. [19] El presente, en cuanto tiempo-ahora, se convierte, pues, en un momento de *selección de los posibles*, bajo el cual se encuentran las posibilidades de rememoración del pasado y de *despertar para el sueño de la historia*; reaproxima el pasado, arrancando a la tradición del conformismo que está a punto de subyugarla. Reabierto, el pasado es convocado para la rememoración del presente, de forma que la emancipación del ahora manifiesta una doble liberación: de los vencidos del pasado y del presente. Los oprimidos del pasado y del presente resisten la mercantilización y la cuantificación de la vida social y de la naturaleza, algo que se puede notar en la propia historia de América Latina.

En consecuencia, Benjamin atribuye –en las *Tesis sobre el concepto de historia*– al materialismo histórico la necesidad de escribir la historia a contrapelo, es decir, desde el punto de vista de los vencidos, a contramano de la historiografía contemplativa, identificada afectivamente con las clases dominantes, tal como se dice en la tesis VII. Cepillar la historia a contrapelo significa, ante todo, comprender la historia a partir de la resistencia de las clases dominadas del pasado frente al progreso destructivo, tal como lo hace algunas décadas más tarde el historiador británico E. P. Thompson. [20] Así, lo que más interesa a Benjamin en el pasado no es el desarrollo de las fuerzas productivas en sus contradicciones con las relaciones de producción, sino la lucha a muerte entre opresores y oprimidos, explotadores y explotados, dominantes y dominados. El pasado se presenta entonces como permanente cortejo triunfal de los vencedores, reproducido en forma contemplativa por la historia “oficial”, que ignora las luchas de resistencia frente al progreso destructor. Para Benjamin,

“La tradición de los oprimidos nos enseña que la regla es el ‘estado de excepción’ en el que vivimos. Hemos de llegar a un concepto de historia que le corresponda. Tendremos entonces en mientes como cometido nuestro provocar el verdadero estado de excepción”. [21]

### **Tiempo y trabajo abstracto en la Modernidad: muerte y destrucción**

El rechazo categórico del progreso se fundamenta, en la obra de Benjamin, en una crítica radical de la Modernidad, que se manifiesta especialmente en sus últimos años de actividad (1935-1940), caracterizados por el *Libro de los pasajes*. En ese período, Benjamin intensifica la crítica a la temporalidad abstracta del capitalismo, cuyas relaciones sociales reflejan el fetichismo inmanente a la producción y circulación de mercancías.

En el capitalismo, la universalización de la forma mercancía coincide con el proceso de abstracción del trabajo, que ahora es medido y homologado formalmente de acuerdo con los imperativos de la acumulación del capital, condición indispensable para el establecimiento del

tráfico mercantil. Usurpado en su dimensión humanamente concreta, el trabajo aparece también como una abstracción, como una fuerza social subyugada a la máquina o, como diría Marx, como un “apéndice de la máquina”. [22] En ese proceso, las mercancías producidas asumen una “objetividad fantasmal”, parecen una relación entre cosas, lo cual oculta todo trazo de su contenido fundamental: la relación entre los hombres. [23] Momento fundamental de la idealización del valor de cambio: la mercancía en general se presenta, entonces, como una “fantasmagoría a la que el hombre se entrega para distraerse”, según afirma Benjamin en su “Exposé” de 1935 (“París, capital del siglo XIX”).

Mucho más allá de una objetividad ilusoria restringida a la esfera de la producción –en que la mercancía producida se le aparece al productor como algo que le es “extraño”, como una objetividad en apariencia independiente–, la generalización de la estructura mercantil incide sobre el conjunto de la vida social, buscando remodelarla “a su imagen y semejanza”, [24] como afirma Lukács en *Historia y conciencia de clase*, influencia decisiva en la crítica de la Modernidad efectuada por Benjamin. La cosificación penetra en todas las esferas –“objetivas” y “subjetivas”– de la realidad social, transformando el ritmo de producción y de circulación de las mercancías y del capital en la temporalidad que gobierna la vida social en su conjunto. En el capitalismo moderno, la medición del trabajo industrial implica, igualmente, una medición del tiempo.

La separación radical entre la actividad mecánica realizada por los trabajadores y el comando global de la actividad productiva establece la necesidad de una “racionalización” abstracta del tiempo, es decir: de una mecanización cuantitativa de la temporalidad, cuya autonomía aparente se impone a los hombres como algo que les es exterior. [25] En palabras de Lukács: “Con ello pierde el tiempo su carácter cualitativo, mutable, fluyente; cristaliza en un continuo lleno de ‘cosas’ exactamente delimitadas, cuantitativamente medibles (que son los “rendimientos” del trabajador, cosificados, mecánicamente objetivados, tajantemente separados de la personalidad conjunta humana)”. [26]

Transformándose en una mercancía –en un “tiempo-mercancía”, según Guy Debord–, el tiempo es también producido como una “fantasmagoría” cuyo carácter cuantitativo e irreversible tan solo expresa la reproducción del continuum de la historia de los vencedores. El fetiche de lo nuevo, que mueve la fantasmagoría mercantil –muy bien representada por la moda– condiciona la constitución de un tiempo que, en verdad, aparece como el eterno retorno de lo siempre igual. “Esa apariencia de novedad se refleja, como un espejo en otro, en la apariencia de lo siempre igual”. [27] La “novedad” de las mercancías recubre, por tanto, la acción de una temporalidad mortífera que se impone abstractamente a los hombres, en las múltiples dimensiones de su vida.

Para Benjamin, esa acción corrosiva del tiempo “homogéneo y vacío” transforma al trabajador y al hombre modernos en autómatas, ya sea en los gestos repetitivos, vacíos de sentido y mecánicos de los trabajadores ante la máquina (como ya había mostrado Marx), ya sea en el carácter reactivo de los paseantes de la multitud, descritos por Edgar Allan Poe y por Hoffmann. [28] Bajo el predominio del objeto muerto que “vampiriza” al elemento vivo (para retomar la expresión empleada por Marx en *El capital*), la Modernidad se asemeja a un “infierno”. La alegoría de la Modernidad como catástrofe en permanencia y como repetición desesperante de lo siempre igual, traduce, para Benjamin, un mundo marcado por la decadencia de la experiencia auténtica, fundada en una temporalidad cualitativa, concreta. [29]

No es por azar que el fetichismo mercantil, constituido bajo la medición abstracta del trabajo y del tiempo, revela las potencialidades destructivas subyacentes a los intentos de reproducción –siempre ampliada, como diría Rosa Luxemburg– del capital. Impulsado por la lógica inmediatesta que le es inevitable, la racionalidad capitalista somete, en niveles crecientes, a la propia naturaleza a la condición de mercancía. De acuerdo con Daniel Bensaïd, “el fetichismo de la mercancía no se contenta con mudar las relaciones humanas en cosas: también degrada lo

natural a ‘bestial’”. [30] La temporalidad ecológica específica de la naturaleza está subordinada, así, al tiempo fetichizado del capital, razón por la cual el capitalismo es necesariamente destructivo en su relación con el ecosistema, constatación básica que, hoy, se ve confirmada cada vez más por los hechos. Es por eso que “una ecología que ignora o subestima el marxismo y su crítica de la mercancía está condenada a no ser más que una corrección de los ‘excesos’ del productivismo capitalista”. [31]

Sensible a la dimensión potencialmente bárbara del progreso capitalista, Walter Benjamin cuestionó directamente la propensión destructiva de la dominación capitalista de la naturaleza, así como la concepción del trabajo (y del tiempo) que lo acompaña, la que solo reafirma la cuantificación abstracta propia del capital. En las *Tesis sobre el concepto de historia*, Benjamin critica el concepto de trabajo que reconoce “solo los progresos del dominio de la naturaleza, pero no quiere reconocer los retrocesos de la sociedad”, [32] y afirma, en contraposición con el marxismo vulgar –de inspiración tecnocrática y positivista– la necesidad de un nuevo pacto entre los seres humanos y su medio ambiente. En *Dirección única*, asimismo, Benjamin condena como una enseñanza imperialista la idea de dominación de la naturaleza, proponiendo un nuevo concepto de técnica como “dominio de la relación entre naturaleza y humanidad”. [33] Para el filósofo alemán, la exaltación del trabajo y de la industria significa, al mismo tiempo, el culto del progreso técnico, “que reduce la naturaleza a una materia prima de la industria, a una mercancía ‘gratuita’, a un objeto de explotación ilimitada”, según afirma Michael Löwy. [34]

Benjamin criticó duramente la ideología del trabajo en la socialdemocracia alemana, cuya creencia en el desarrollo tecnológico la volvió incapaz de reconocer la dimensión destructiva de ese “progreso”. En su ensayo sobre Eduard Fuchs, el filósofo alemán sostiene que la creencia en el desarrollo técnico ignora el hecho de que ese progreso “está decisivamente condicionado por el capitalismo”, y desconoce por ello “el lado destructivo del desarrollo”. [35] Para él, según se lee en las *Tesis*, “Nada ha corrompido tanto a los obreros alemanes como la opinión de que están nadando con la corriente. El desarrollo técnico era para ellos la pendiente de la corriente a favor de la cual pensaron que nadaban”. [36] Contra la secularización del culto protestante del trabajo alienado, Walter Benjamin retoma los sueños fantásticos de Fourier, en los que vislumbra indicios de una relación distinta con la naturaleza, de un trabajo cuyo espíritu, constituido por la broma, no se orienta ya a la producción de valores, sino a una naturaleza perfeccionada, tal como él mismo afirma en los *Pasajes*; o, según dice en las *Tesis sobre el concepto de historia*, un “trabajo que, lejos de explotar a la naturaleza, está en situación de hacer que alumbre las criaturas que como posibles dormitan en su seno”. [37]

### **“Interrumpir el curso del mundo”: ecosocialismo o barbarie**

Como puede verse, la crítica benjaminiana al “culto soñoliento del progreso” (Bensaïd) y de la Modernidad anuncia elementos decisivos para la revitalización de una perspectiva a un tiempo socialista y ecológica. La insistencia de Benjamin en el carácter potencialmente destructivo e inhumano del progreso técnico reafirma la necesidad –esencial para un proyecto socialista– de una transformación cualitativa del aparato productivo y tecnológico y de la racionalidad instrumental que la sustenta, tal como señaló más tarde Marcuse.

Pero más allá de la temporalidad abstracta del capital, un ecosocialismo implicaría, por tanto, la construcción de una temporalidad adecuada a las necesidades humanas y ecológicas, que tenga en cuenta la larga temporalidad de los ciclos naturales. A contramano del “tiempo homogéneo, vacío y cuantitativo” de las representaciones del progreso, una perspectiva ecosocialista contemporánea presupone la reconquista de la dimensión cualitativa del tiempo, exigiendo la superación del trabajo abstracto y de las relaciones sociales del capitalismo moderno.

En América Latina, especialmente, la crítica benjaminiana de las doctrinas del progreso y de la modernización posibilita el rescate y la rememoración de una fértil tradición de los oprimidos, cuyas luchas y sueños de emancipación asumen ahora una dimensión aún más urgente. Resistiendo la destructividad del progreso imperialista en la región, las luchas sociales en América Latina manifiestan el imperativo benjaminiano de “reapertura de la historia”, visualizando en el pasado, no la “necesidad” irreductible de aquello que realmente ocurrió, sino sobre todo las múltiples posibilidades diversas que, aún hoy, aguardan alguna resolución. La ruptura del tiempo cosificado de las ideologías del progreso permite vislumbrar las luchas de los oprimidos del pasado como interrupciones de la continuidad histórica, es decir, como momentos de resistencia y de insubordinación que pueden servir de combustible utópico concreto para las luchas sociales de hoy, tal como se puede ver en el neozapatismo de Chiapas[38] o incluso en el MST brasileño.

La reapertura (y relectura) del pasado se orienta, entonces, a partir de las necesidades de las luchas sociales del presente, del “tiempo ahora”. Incluso porque, como diría el propio Benjamin, “Es el presente el que polariza el acontecer en historia anterior y posterior”. [39] Así, en un contexto marcado por el agotamiento histórico del modelo civilizatorio capitalista moderno, la crítica de Benjamin a las ideologías del progreso asume nuevas dimensiones. La crisis de los paradigmas de la Modernidad posibilita la realización en nuevos términos de la memoria y de las utopías de los vencidos del pasado, que, “actualizados” en el presente, sirven como fuente de inspiración inagotable para el *despertar* histórico en dirección a un nuevo futuro.

Como bien destaca Héctor Alimonda:

Si lo decisivo en los orígenes del capitalismo es la transformación de seres humanos y naturaleza en mercaderías ficticias, las luchas de resistencia contra estos procesos de mercantilización pasan a adquirir una nueva dimensión trascendental. Ya no se trata de resistencias en nombre de la negación del progreso, como pretendió la hegemonía del iluminismo liberal y del marxismo normatizado. Es posible leerlas ahora como formas de resistencia basadas en la defensa de formas tradicionales de organización social para el uso y disposición de los recursos humanos y naturales, frente a los embates de la mercantilización. [40]

La rememoración de las luchas sociales del pasado permite la construcción de una *utopía concreta* en ruptura radical con la concepción teleológica del progreso histórico. Al final, como diría Daniel Bensaid, “la historia no es un largo río tranquilo. El progreso técnico tiene su reverso de regresión social (o ecológica). Aquí, progreso; allá, regresión”. [41] Eslabón débil del desarrollo desigual y combinado del capital, la historia de América Latina desmitifica concretamente el fatalismo lineal inmanente a la apuesta por la modernización como el camino necesario al progreso. Por eso, el socialismo aquí –en América Latina– debe constituirse, como dice Mariátegui, no en una imitación o copia de los modelos europeos, sino en una “creación heroica” adaptada a las singularidades de la historia y de la tradición de los oprimidos de la región.

El socialismo, en ese caso, más que un nuevo modo de producción que sucede evolutivamente al capitalismo, es comprendido ante todo como una *apuesta* (que no puede ser “científicamente” comprobada) en la posibilidad de una nueva civilización, en ruptura con la cosificación capitalista del hombre y de su relación con la naturaleza. Se trata de superar no solo el capitalismo, sino también la civilización industrial en su totalidad. [42] En el límite, se trata de una “revolución total”, como diría Henri Lefebvre, capaz de gestar un nuevo hombre, una nueva sociabilidad. En fin, como bien observa Michael Löwy, “el ecosocialismo implica una *radicalización* de la ruptura con la *civilización material capitalista*. En esa perspectiva, el proyecto socialista tiene en vista, no solo una nueva sociedad y un nuevo modo de producción, sino también un *nuevo paradigma de civilización*”, [43] que requiere una nueva forma de relación de los seres humanos entre sí y con la naturaleza.

Walter Benjamin proporciona importantes aportes para esa reconstrucción de la crítica marxista del *discurso filosófico de la Modernidad*,[44] así como para el rechazo de la dilución postmoderna de la praxis histórica. En Benjamin, el rechazo de la temporalidad lineal y abstracta de las filosofías del progreso significa, al mismo tiempo, una crítica de la temporalidad sin sujeto y ahistórica, hoy generalizada por las concepciones postmodernas. Él comprueba, por ende, que la crítica de la “metafísica occidental” y de las creencias optimistas en el poder y en la astucia de la historia no tiene por qué caer en la sujeción del sabotaje postmoderno, cuya emancipación meramente lingüística y virtual jamás podría corresponder a la necesidad concreta de superación del capitalismo, condición cada vez más indispensable para la propia supervivencia de la humanidad.[45]

Por esas y otras razones, el “gran rechazo” de Benjamin hacia las filosofías del progreso – para las cuales la crisis ecológica contemporánea sería un subproducto inevitable del progreso – constituye uno de los puntos de partida posibles para la reconstitución de una crítica marxista del ímpetu destructivo del capitalismo, que hoy comienza a amenazar las propias condiciones de la vida humana en la Tierra. Elaborados en un cuadro histórico determinado, muchos aspectos de la obra de Benjamin poseen, hoy en día, una actualidad aún más dramática. Su énfasis sobre la “constelación de peligros” del progreso y sobre la revolución como interrupción de la historia de la dominación, parece todavía más actual en un momento en que la catástrofe amenaza con instalarse en forma definitiva. No sería exagerado, pues, considerarlo un precursor de la ecología anticapitalista, como sugiere Michael Löwy, ya que *suapuesta* por la praxis política subalterna permite comprobar que, en la historia real, el vencido no está forzosamente errado, y el vencedor no tiene necesariamente la razón.[46]

---

Trad. de Miguel Vedda. Una versión preliminar de este artículo fue presentada en el Coloquio Internacional “Walter Benjamin/Siegfried Kracauer: Teorías Materialistas de la Historia”, realizado en Buenos Aires entre los días 9 y 11 de noviembre de 2009, el título de: “La importancia de Walter Benjamin para una perspectiva eco-socialista en el siglo XXI”.

[1] Chesnais, François / Serfati, Claude, “Ecología e condições físicas de reprodução social: alguns fios condutores marxistas”. En: *Crítica Marxista* 16 (2003), pp. 39-75; aquí, p. 68.

[2] Mészáros, Istvan, *Para além do Capital*. Campinas; San Pablo, Unicamp; Boitempo Editorial, 2002, p. 267.

[3] Vega Cantor, Renán, “Crisis civilizatoria”. En: *Herramienta* 42 (2009), p. 32.

[4] Chesnais, François / Serfati, Claude, *op. cit.*, p. 39.

[5] Löwy, Michael, *Ecología e Socialismo*, San Pablo, Cortez Editora, 2005, p. 43.

[6] Löwy, Michael, “Marxismo: resistência e utopia”. En: – / Bensaïd, Daniel, *Marxismo, modernidade e utopia*, San Pablo, Xamã, 2000, pp. 241-247; aquí, p. 242.

[7] Vega Cantor, Renán, *op. cit.*, p. 49.

[8] En virtud de los altos niveles de degradación ecológica en la ex URSS –uno de los argumentos centrales de las críticas ecologistas al marxismo–, la cuestión ideológica se tornó, en el siglo XXI, uno de los grandes desafíos para la renovación del marxismo. Cf. Löwy, Michael, *Ecología y socialismo*, y las contribuciones de Guillermo Foladori “A questão ambiental em Marx” (En: *Crítica Marxista*, San Pablo, Xamã, 1997) y “Degradación ambiental no capitalismo e no socialismo” (*Outubro: Revista de Estudos Socialistas* 13 (2005)).

[9] Vega Cantor, Renán, “El Manifiesto Comunista y la urgencia de emprender una crítica marxista del progreso”. En: *Herramienta* 8 (1998/1999), p. 33. Acompañando el despertar de la “conciencia ecológica” ocurrido en la década de 1970, el ecosocialismo se desarrolló sobre todo en las últimas tres décadas, gracias a los trabajos de varios intelectuales, entre los cuales es posible destacar a los precursores Manuel Sacristan, Raymond Williams, René Dumont André Gorz; como también las contribuciones más contemporáneas de James O’Connor, Barry Commoner, John Bellamy Foster y Joel Kovel en EE.UU., Francisco Fernandez Buey, Jorge Riechman y Juan Martínez-Allier en España, Michael Löwy, Jean-Paul Déléage y Jean Marie Harribey en Francia, Elmar Altvater y Frieder Otto Wolf en Alemania, entre muchos otros. Para una exposición más detallada de los argumentos ecosocialistas, cf. Kovel, Joel, *El enemigo de la naturaleza. El fin del capitalismo o el fin del mundo?* Buenos Aires, Asociación Civil Tesis 11, 2005; en especial, la tercera parte (“Hacia el ecosocialismo”, pp. 157-261).

[10] Bensaïd, Daniel, *Marx: intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica*. Trad. de Agustín del Moral Tejeda, Buenos Aires, Herramienta, 2003, p. 512.

[11] Cf. Casas, Aldo, “Terricidio o socialismo”. En *Herramienta* 29 (2005).

[12] Antes que Benjamin, Rosa Luxemburg ya había señalado la dimensión eminentemente destructiva del capitalismo, cuya reproducción ampliada impone la necesidad de la anexión y destrucción –violenta, si es preciso– de las comunidades precapitalistas. Cf., por ejemplo, *La acumulación del capital y la Introducción a la economía política*. Sin hablar del propio Marx, cuya crítica radical del capitalismo revela algunos trazos de una sensibilidad ecológica *avant la lettre*. A tal respecto, cf. Foster, John Bellamy, *A ecología de Marx: materialismo e natureza*. Trad. de María Teresa Machado. Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 2005.

[13] Benjamin, Walter, *Das Passagen-Werk*. 2 vols. En –, *Gesammelte Schriften*. Ed. de Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser, Frankfurt a/M, Suhrkamp, 1982, vol. V/1, p. 574.

[14] *Ibid.*, p. 596.

[15] Benjamin, Walter, *Gesammelte Schriften*, vol. 1, p. 1231.

- [16] Benjamin, Walter, "Tesis de filosofía de la historia". En: —, *Discursos interrumpidos I*. Prólogo, trad. y notas de J. Aguirre, Madrid, Taurus, 1987, pp. 175-191; aquí, p. 188.
- [17] Löwy, Michael, "A filosofía da história de Walter Benjamin". En: *Estud. avançados* 16/45 (2002), pp. 199-206; aquí, p. 200.
- [18] Benjamin, Walter, "Tesis de filosofía de la historia", p. 186.
- [19] Tiedemann, Rolf, "Introdução à Edição Alemã". En: —, *Passagens*. Ed. de Willi Bolle. Belo Horizonte: Editora UFMG; San Pablo, Imprensa Oficial do Estado de San Pablo, 2006, p. 27.
- [20] Cf. Thompson, E. P., *Costumes em Comum*, San Pablo, Companhia das Letras, 1998.
- [21] Benjamin, Walter, "Tesis de filosofía de la historia", p. 182.
- [22] José Carlos Mariátegui también denunció, en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, el carácter inhumano de la "mecanización" del trabajo bajo el capitalismo moderno: "Debemos al esclavizamiento del hombre por la máquina y a la destrucción de los oficios por el industrialismo, la deformación del trabajo en sus fines y en su esencia [...]. El maquinismo y, sobre todo, el taylorismo, han hecho odioso el trabajo. Pero solo porque lo han degradado y rebajado, despojándolo de su virtud de creación" (Mariátegui, José Carlos, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Estudio preliminar de Pía López. Buenos Aires: Gorla, 2004, p. 123).
- [23] Cf. Lukács, Georg, *Historia y conciencia de clase*. Trad. de Manuel Sacristán. 2 vols. Buenos Aires: Hyspamérica, 1985, vol. 2, p.58.
- [24] *Ibid.*, p. 7.
- [25] Cf. Tischler, Sergio, "Tiempo de la reificación y tiempo de la insubordinación. En: *Herramienta* 25 (2004). A propósito de esto, cabe mencionar el excelente estudio de E. P. Thompson mencionado más arriba.
- [26] *Ibid.*, p. 13.
- [27] Benjamin, Walter, "París, capital del siglo XIX". En: —, *Sobre el problema de la filosofía futura*. Trad. de Roberto J. Vernengo, Barcelona, Planeta-Agostini, 1986, pp. 125-138; aquí, p. 135. La traducción ha sido corregida.
- [28] Löwy, Michael, "Walter Benjamin crítico do progresso: à procura da experiência perdida". En: —, *Romantismo e Messianismo*, San Pablo, Edusp, Perspectiva, 1990, pp. 189-202; aquí, p. 194.
- [29] Cf. *ibid.*; también Benjamin, Walter, "El narrador". En: —, *Sobre el programa de la filosofía futura*, pp. 189-211.
- [30] Bensaïd, Daniel, *op. cit.*, p. 457.
- [31] Löwy, Michael, *Ecología e Socialismo*, p. 38.
- [32] Benjamin, Walter, "Tesis de filosofía de la historia", p. 185.
- [33] Benjamin, Walter, *Dirección única*. Trad. de J.J. del Solar y M. Allendesalazar, Madrid, Alfaguara, 1987, p. 37.
- [34] Löwy, Michael, *Alarme de incêndio: uma leitura das teses sobre o conceito de história*, San Pablo, Boitempo Editorial, 2005, p. 228.
- [35] Benjamin, Walter, "Historia y coleccionismo: Eduard Fuchs". En: —, *Discursos interrumpidos I*, pp. 87-135; aquí, p. 99.
- [36] Benjamin, Walter, "Tesis de filosofía de la historia", p. 184.
- [37] *Ibid.*, p. 185.
- [38] Sobre la relación entre el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) con las luchas y resistencias del pasado, cf. el interesante estudio de Fernando Matamoros *Memoria y utopía en México. Imaginarios en la génesis del neozapatismo*. Buenos Aires, Herramienta, 2009.
- [39] Benjamin, Walter, *Das Passagen-Werke*, vol. V/1, p. 588.
- [40] Alimonda, Hector, "La ecología política de Mariátegui. Buscando una herencia en Lima" (2007). En prensa en *Tareas* 125. CELA, Centro de Estudios Latinoamericanos Justo Arosemena, Panamá.
- [41] Bensaïd, Daniel, *op. cit.*, p. 51.
- [42] Cf. Vega Cantor, Renán, "El Manifiesto Comunista...".
- [43] Löwy, Michael, "Progrès destructif. Marx, Engels et l'écologie". En: — / Harribey, Jean-Marie, *Capital contre nature*. París: PUF, 2003, pp. 11-22.
- [44] Para Jürgen Habermas, el "discurso filosófico de la Modernidad" se caracteriza por el presentimiento de que algo está por suceder, es decir: por la apuesta por la razón y la posibilidad de progreso ilimitado.
- [45] En efecto, el pensamiento de Benjamin "no es [...] ni 'moderno' (en el sentido habermasiano) ni 'postmoderno' (en el sentido de Lyotard)". Ante todo, se trata de "una crítica moderna a la Modernidad (capitalista/industrial), inspirada en referencias culturales e históricas precapitalistas" (Löwy, Michael, *Alarme de incêndio*, p. 15).
- [46] Bensaïd, *op. cit.*, p. 65.

## “Socialismo o barbarie”: las nuevas dimensiones de una alternativa

Chesnais, François

Profesor emérito en la Universidad de París 13-Villetaneuse. Destacado marxista, es parte del Consejo científico de ATTAC-Francia, director de Carré rouge, y miembro del Consejo asesor de Herramienta, con la que colabora asiduamente. Es autor de *La Mondialisation du capital* y coordinador de *La finance mondialisée, racines sociales et politiques, configuration, conséquences*. *La finance capitaliste*, último libro bajo su dirección, acaba de ser publicado por Ediciones Herramienta. E-mail: [chesnais@free.fr](mailto:chesnais@free.fr)

Herramienta 42

En el sitio web de *Contretemps* puede leerse un capítulo del último libro publicado por Isabelle Stengers: *Au temps des catastrophes. Résister à la barbarie qui vient* [“En tiempo de catástrofes. Resistir la barbarie que se aproxima”]. [1] Pasados más de dos meses de subido, ese capítulo (de lectura libre) no había merecido comentarios, ni había recibido muchas visitas. En general, el libro parece haber provocado pocos artículos polemizando con las posiciones expuestas y, hasta donde yo sepa, ninguno proveniente de los anticapitalistas. Sin embargo, el libro se dirige a ellos, diría que en primer lugar. La escasa reacción parecería confirmar el temor manifestado por la autora. Ella anticipa que frente a la amenaza climática “se proponen llamados a la Unión Sagrada” por el capital bajo las imágenes de “el Empresario”, “el Estado” y “la Ciencia”, con “las acusaciones de traición que automáticamente acompañan esas convocatorias”. Pero lo que más teme Isabelle Stengers es

Que esto sólo incite a quienes resisten a constatar de labios para afuera que el calentamiento es efectivamente un “problema nuevo”, constatación inmediatamente seguida de la demostración de que ese problema, como todos los demás, debe ser cargado en la cuenta del capitalismo y luego por la conclusión de que lo importante es mantener el rumbo, sin dejarse confundir por una verdad *que no debe perturbar* las perspectivas de lucha. [2]

Sería efectivamente desastroso que la crisis por el cambio climático y sus implicaciones tengan tal gravedad que los habituales lectores de estos temas vacilen en sacar las debidas conclusiones o se callen después de la lectura. Porque puede haber discrepancias, como más adelante se verá, sobre algunas propuestas de Isabelle Stengers a nivel de la acción política en general. Pero en tal caso hay que expresarlas, para que sea posible iniciar un debate. En septiembre de 2008 sostuve, primero en una exposición en Buenos Aires y luego en la revista *Imprecor*, que

En mi opinión, en esta nueva etapa, la crisis va a desenvolverse de tal modo que las primeras y realmente brutales manifestaciones de la crisis climática mundial que hemos visto van a combinarse con la crisis del capital en cuanto tal. Entramos en una fase que plantea realmente una crisis de la humanidad, dentro de complejas relaciones en las que están también los acontecimientos bélicos, pero lo más importantes es que, incluso excluyendo el estallido de una guerra de gran amplitud que en el presente solo podría ser una guerra atómica, estamos enfrentados a un nuevo tipo de crisis, a una combinación de esta crisis económica que se ha iniciado con *una situación en la cual la naturaleza, tratada brutalmente y golpeada por el hombre en el marco del capitalismo, reacciona ahora de forma brutal*. Esto es algo casi excluido de nuestras discusiones, pero que va a imponerse como un hecho central. [3]

En aquella ocasión no había destacado las palabras que ahora pongo en negrita. El libro de Isabelle Stengers me lo permite. Yo abordé las cuestiones ecológicas como un lector de Marx que desde hace mucho presta especial atención a lo que en su obra puede ayudar a comprender la acumulación o más exactamente la expropiación primitiva, el carácter de clase de las tecnologías producidas en el marco capitalista y todo lo que en *El capital* anuncia el proceso de transformación de las “fuerzas productivas” en “fuerzas destructivas”. Isabelle Stengers asumió como uno de sus principales objetos de estudio a la investigación y la ciencia. Y con esa autoridad pudo darle nombre a esa “reacción brutal de la naturaleza maltratada”. Ese nombre es “intrusión de Gaia”.

Después de leer su libro, me siento menos solo ante esta cuestión. También compruebo que la idea de esta *intrusión* atemoriza. “Gaia” obliga a reconsiderar las razones fundantes del compromiso revolucionario (terminado el “futuro luminoso”). Junto con otros elementos, sus posiciones modifican profundamente la visión de lo que es “hacer política”.

### **Aceptar que se complique una lucha ya muy difícil**

Isabelle Stengers se reivindica de Rosa Luxemburgo y su grito “socialismo o barbarie”, que ha inspirado parcialmente el título del libro. En una entrevista[4] explica bien lo que se juega en torno a las palabras:

Qué palabras cedemos al adversario, qué palabras consideramos que han sido radicalmente deshonradas y qué palabra sin embargo es preciso mantener viva, aunque haya sido deshonrada. Si abandonáramos todas las palabras que fueron deshonradas, nos quedaríamos sin palabras. Por lo tanto “barbarie” es un término que quiero conservar, porque pienso que la alternativa socialismo o barbarie, ha pasado a ser hoy más concreta que hace un siglo.

Stengers declara sin ambigüedad desde dónde habla. Desde el lado de “aquellos y aquellas que se quieren herederos de una historia de luchas libradas contra el estado de guerra perpetua que impone el capitalismo”. La cuestión es, dice, “cómo ser heredero hoy de esta historia que me hace escribir”. [5] Isabelle Stengers es, con Jean-Pierre Dupuy, [6] una de las pocas filósofas francófonas que puso en el centro de su reflexión las cuestiones ecológicas y en primer lugar las del cambio climático. Pero a diferencia de Dupuy, que proviene del liberalismo, ella no es una teórica de la catástrofe, sino del combate contra una nueva dimensión de la barbarie.

¡Otro mundo es posible! Este grito, realmente, no perdió nada de actualidad. Porque aquello contra lo que se lanzó, el capitalismo –el de Marx, por supuesto, no el de los economistas norteamericanos– se dispone desde ya a elucubrar sus propias respuestas que nos conducen directamente a la barbarie. Quiere decir que la lucha asume una urgencia inédita, pero que aquellos y aquellas comprometidos en esta lucha deben también afrontar otra prueba realmente suplementaria. [7]

Isabelle Stengers quiere entonces contribuir a producir, y lo más rápido que sea posible, una ruptura radical en el pensamiento emancipatorio. Una ruptura hecha indispensable por el ingreso de la humanidad en un nuevo período de la historia de la barbarie capitalista, el de las catástrofes ecológicas y de sus consecuencias en términos de clases, iluminados a pleno cuando el huracán Katrina arrasó Nueva Orleans. Dice que su libro está dirigido a “aquellos que nunca estuvieron sometidos a las evidencias del primer período de esta historia y para los cuales esta producción de explotación, de guerras, de desigualdades sociales cada vez mayores, define ya la barbarie”.

[8] Estos militantes y resistentes deben desde ahora agregar las amenazas específicas de barbarie que nacen del hecho de que las distintas manifestaciones resultantes del cambio climático, todas igualmente graves en términos sociales, van a producirse en un contexto marcado, de punta a punta, por las relaciones de clase capitalistas. “Nada es más difícil –nos dice– que aceptar la necesidad de complicar una lucha ya tan incierta, viéndoselas con un adversario capaz de aprovecharse de cualquier buena intención ingenua”. Ella quiere “hacer sentir que sería sin embargo desastroso rechazar esta necesidad”.

### **La “verdad que perturba”**

El primer informe del Grupo de Expertos Intergubernamental sobre el Cambio Climático (GIEC) es de 1990. Establecía una primera constatación seria y presentaba previsiones que fueron haciéndose más precisas con cada nuevo informe. Y cada vez que los hechos vinieron a

“desmentir” esas previsiones, lo hicieron indicando la aceleración de los procesos que marcan el calentamiento, sobre todo el derretimiento de los glaciares africanos y andinos y de la banquina Ártica y Antártica. En el curso de los últimos años fue preciso, dice Stengers,

rendirse ante la evidencia: lo que había sido considerado una posibilidad, la modificación global del clima, había comenzado claramente. La controversia entre científicos está cerrada, lo que no significa que los contradictores hayan desaparecido, sino que nadie se ocupa de ellos sino como casos a interpretar por complicidades con el lobby petrolero o peculiaridades psicosociales [...] Se admite que el calentamiento podría acarrear una disminución de las capacidades de absorción del gas emitido por los océanos o las selvas tropicales, es uno de los temibles bucles de retroacción positiva escenificados en los modelos y cuya activación debía ser evitada porque aceleraría y amplificaría el calentamiento. Parece que esto ya está ocurriendo.[9]

Subraya que estamos en una situación excepcional en la cual los investigadores del GIEC, los

climatólogos, glaciólogos, químicos y otros [los investigadores del GIEC] hicieron su trabajo y lograron además hacer sonar la alarma a pesar de todos los intentos de silenciamiento, imponiendo una “verdad que perturba”, a despecho de las acusaciones que se les hizo: de haber mezclado ciencia con política; o sino de estar celosos del éxito de otros colegas que con sus trabajos contribuían a cambiar el mundo en tanto ellos se limitaban a describirlo; que presentaban como “probado” lo que sólo es hipotético. Supieron resistir porque sabían que el tiempo importa.[10]

Veamos más de cerca lo que Isabelle Stengers llama “la verdad que perturba”. Esta verdad es que “nosotros debemos vérnosla ya no solamente con una naturaleza ‘a proteger’ contra los destrozos causados por los humanos, sino también con una naturaleza capaz, como mínimo, de perturbar nuestros saberes y nuestras vidas”. Esta verdad es muy perturbadora, no solamente para los partidos “verdes”, sino también para lo que llamo “ecologistas revolucionarios”. Los verdes siguen estando por el mejoramiento de la protección a los ecosistemas y la ecosfera, y en su abrumadora mayoría están dispuestos a conformarse con poco. Ven la salvación en el “capitalismo verde” y procuran aliarse con él.[11] Los ecologistas revolucionarios se dan sobre todo como objetivo, la *reparación después de la victoria del socialismo* del máximo posible de daños legados por el capitalismo, seguido del establecimiento de relaciones de gestión muy prudentes con la naturaleza, retomando un enfoque necesariamente planetario, el “tener cuidado” de que habla Stengers, que fue destruido por la sumatoria del “desarrollo” y del “crecimiento”. Cuando se desembarazan de formulaciones que tienden puentes hacia el reformismo ecológico, los “ecosocialistas” tienen estos objetivos de reparación de daños y gestión respetuosa de los ecosistemas.[12]

Y esto es todo. Hace pocos meses, yo mismo formulé una variante de esta posición. Puse el acento en las pistas propuestas por Marx cuando, en los últimos capítulos de *El capital*, asigna a “el hombre socializado, los productores asociados” la perspectiva de que

regulen racionalmente este su intercambio de materias con la naturaleza, lo pongan bajo su control común en vez de dejarse dominar por él como por un poder ciego, y lo lleven a cabo con el menor gasto posible de fuerzas y en las condiciones más adecuadas y más dignas de su naturaleza humana.[13]

De igual manera, dirigiéndome a los militantes del Nuevo Partido Anticapitalista, defendí con mucho optimismo la idea de que

solamente los productores asociados, de muchos países y en definitiva de todo el planeta, podrán decidir en forma conjunta, a través de la discusión y la negociación, el grado de división del trabajo entre ellos que

parece necesario a nivel internacional, así como la planificación de la utilización de los recursos naturales escasos en función de las necesidades prioritarias”.<sup>[14]</sup>

Y en el mismo camino fui más lejos aún en un texto presentado en la reunión nacional de la Comisión de Ecología del NPA, en diciembre del 2008:

la protección de la naturaleza contra la mercantilización capitalista es inseparable del hombre en tanto parte de la naturaleza. Dicho otra manera, toda política que asuma la cuestión ecológica deberá combatir también la alienación –la alienación mercantil, pero también la alienación en el trabajo– y esto con verdadera eficacia, y no como esas campañas en “defensa del empleo” donde vemos a los sindicatos aliados a los empleadores en torno a cuestiones como las normas en materia de polución. De lo que se trata es de actuar de tal manera que el individuo “individual”, creación del capitalismo, escindido en productor y consumidor y privado de toda instancia que pueda ayudarlo a comprender las principales determinaciones de su experiencia social, pueda devenir un productor asociado, en condiciones de administrar sus relaciones con el medio natural según una racionalidad colectiva. El socialismo, así redefinido, es la palabra que debemos reaprender a defender.<sup>[15]</sup>

Lo que no es falso, pero no es realmente coherente con la idea de “una situación en la cual la naturaleza, tratada brutalmente y golpeada por el hombre en el marco del capitalismo, reacciona ahora de forma brutal” que había propuesto poco antes, influenciado seguramente por el hecho de estar en América Latina y ver entonces al mundo “desde otro lado”. De allí mi reconocimiento a Isabelle Stengers y a su capacidad de señalar que “la intrusión de Gaia” corresponde al *hic et nunc*, a la serie de cuestiones a las que hay que buscar respuestas hoy.

#### **“La intrusión de Gaia” y las respuestas a darle como cuestión civilizatoria**

La “*verdad que perturba*”, es que la “naturaleza” ha sido maltratada hasta tal punto, de manera tan extrema, que ella ha comenzado a hacer “intrusión” a una escala que va a ir en aumento. La cuestión no es saber lo que haremos en los tiempos futuros y más propicios del socialismo. Estamos frente a un problema inmediato. Esta cuestión es profundamente política, en el sentido de que la vida de centenares de millones de personas será directamente afectada y muchas veces incluso amenazada. Porque “la intrusión de Gaia” se produce en el marco de un sistema de explotación económica y de dominación social, en donde el cambio climático es visto por los dominantes por un lado como fuente de inversiones y de ganancias, por el otro como problema para el mantenimiento del orden, junto con muchos otros.

Isabelle Stengers toma el nombre de Gaia al inglés James Lovelock y a la estadounidense Lynn Margulis. Ellos utilizaron este nombre de una divinidad griega<sup>[16]</sup> en los años 1970 para sintetizar los resultados de investigaciones que venían a poner en evidencia la existencia de un denso conjunto de relaciones que reunía lo que los científicos tenían el hábito de considerar por separado: los seres vivos, los océanos, la atmósfera, el clima, los suelos más o menos fértiles.

Dar un nombre, *Gaia*, a este conjunto de relaciones, era destacar dos consecuencias de estas investigaciones. Aquello de lo que nosotros dependemos y a lo que frecuentemente se ha definido como lo “dado”, el marco global estable de nuestras historias y nuestros cálculos, es el producto de una historia de coevolución, en la que los primeros artesanos y los verdaderos autores constantes, fueron innumerables poblaciones de microorganismos. Y Gaia, “planeta viviente”, debe ser reconocido como un “ser” y no asimilado a una sumatoria de procesos”.<sup>[17]</sup>

Algunos asocian al nombre de Gaia el término “venganza”. Isabelle Stengers les opone el de *intrusión*. Pero la invocación de Gaia no es neutra: “Considerar a Gaia como ‘la que hace intrusión’, es también caracterizarla como *ciega* –tal como todo lo que irrumpe– *a los daños que ocasiona*” (acá las cursivas son mías). Porque ha sido maltratada de manera irreversible y porque

nosotros vivimos en una sociedad capitalista planetaria, “la respuesta a crear no es una ‘respuesta a Gaia’, sino una respuesta tanto a lo que ha provocado su intrusión como a las consecuencias de esta intrusión”. [18] Es decir por un lado al capital, cuyo movimiento de valorización “sin fin y sin límites” es directamente responsable del ritmo cada vez más rápido de degradación de la ecosfera y de los ecosistemas; por el otro a la barbarie de la cual Nueva Orleans ha dado *el primer ejemplo en un “país avanzado”*.

En un país avanzado, pero no a nivel mundial en donde desde hace una década se han producido catástrofes climáticas lejos de los “países centrales” ante una indiferencia casi total. Con Claude Serfaty lo señalamos ya en 2003:

De lo que hoy se trata, detrás de las palabras “ecología” y “medio ambiente”, es nada menos que la perdurabilidad de las condiciones de reproducción social de algunas clases, de algunos pueblos, a veces de algunos países. Como éstos están situados muy frecuentemente ya sea en lo que hoy se conoce como el “Sur”, ya sea en el antiguo “Este”, la amenaza sigue siendo lejana y por lo tanto *abstracta* en los países del centro del sistema capitalista mundial. El tiempo de gestación muy *prolongado* de los plenos efectos de mecanismos presentes en el capitalismo desde sus orígenes ha sido y sigue siendo más que nunca un poderoso *factor de inercia social en los países capitalistas avanzados*. [19]

Las terribles inundaciones ocurridas sobre todo en Bangladesh, que el aumento del nivel del océano hace cada vez mas graves y frecuentes desde 1998, así como también el ciclón Nargis que originó en 2008 el peor desastre ecológico de la historia de Birmania, pese a que fueron mucho más mortíferos que el huracán Katerina, recibieron mucha menos atención. Pero al menos merecieron alguna. Lo que no ocurre en el caso de algunos países de África y de América latina, en los que sistemas socio-productivos frágiles han dependido hasta el presente de las nieves invernales y de la relativa estabilidad de los glaciares [20] o que son de una extrema vulnerabilidad frente a lo que pueden parecer, en otras partes del planeta, todavía débiles aumentos de temperatura. En estos casos, no están sino las ONG especializadas y algunas agencias de las Naciones Unidas [21] para decir lo que ocurre, pero sus palabras no son recogidas y menos aún asumidas de manera militante, por el anticapitalismo. De hecho “la Nueva Orleans planetaria” que teme Isabelle Stengers, comenzó a instalarse desde hace bastante tiempo.

### ¿Cómo responder a “la Nueva Orleans planetaria”?

Porque estamos en una situación en la que los poseedores y los dominantes, aquellos que Stengers llama “el Empresario” y “el Estado”, explican a quien quiera oírlos que la cuestión climática sólo puede

ser abordada desde el ángulo de estrategias “plausibles”, es decir capaces de convertirse en nuevas fuentes de ganancia. A menos de resignarse, en nombre de las leyes económicas –que son duras pero son, según dicen, leyes–, a una Nueva Orleans planetaria. A menos que las zonas del planeta definidas como rentables deban, en todas las escalas –desde el barrio, al continente– defenderse con todos los medios necesarios contra la masa de aquellos a los que se opondrá sin duda el famoso “nosotros no podemos recibir toda la miseria del mundo”. A menos que, en síntesis, los sucesivos “es preciso” instalen, plenamente, abiertamente desplegada, la barbarie que ya está penetrando nuestros mundos”. [22]

Las expresiones de este reflejo defensivo contra “la miseria del mundo que no es nuestro problema” son múltiples. Así, cuando el tsunami de 2004, pudo verse que la atención de los medios europeos rápidamente se concentró únicamente sobre la suerte de los turistas que estaban en las zonas afectadas, cuando había millares y en algunos casos decenas de miles de víctimas en los países golpeados.

¿Cómo tratar entonces de responder políticamente a esta nueva fuente de barbarie cuya importancia no dejará de crecer? Aquí mezclaré mis propias respuestas y comentarios, mis acuerdos y desacuerdos. El primer punto por supuesto, en el que hay total acuerdo, es que la “cuestión ecológica” no puede “venir solamente a agregarse a las otras cuestiones como una razón más para ser revolucionario”. La expresión citada es de Philippe Pignarre, que continúa diciendo: “hemos agregado el feminismo al programa revolucionario, podemos ahora agregar la ecología e incluso hablar de ecosocialismo”.<sup>[23]</sup> La lectura del libro de Isabelle Stengers me terminó de convencer de que no se trata de “agregados”, sino que el asunto, entendido como necesidad de hacer frente a una “Nueva Orleans planetaria”, ha pasado a ser una de las primeras razones del compromiso político. Espero que muchos compartan esta convicción. En cambio, no me convence la oposición que Philippe Pignarre hace entre el “revolucionario” y el “anticapitalista”. No estoy seguro de que exista hoy un “programa revolucionario” cuando la renovación de la “vanguardia” asume la forma de un marcado gusto por las elecciones, a las que se considera uno de los “tiempos fuertes” de la acción política, consumiendo las energías de los militantes en detrimento de una relación con asalariados y jóvenes que se basa en la delegación. Por otra parte, mi experiencia en los foros sociales no fue la de encontrarme con muchísimos anticapitalistas que consideraran que “el capitalismo que ellos combaten ya no el mismo con la crisis ecológica”. Para los organizadores de los foros sociales, así como para Attac, esta sigue siendo una cuestión que “viene a agregarse a las otras”. Pero no es el momento de discutir las figuras de “el anticapitalista” y “el revolucionario”. Ya habrá ocasión para hacerlo, pero en otro lugar y más extensamente. Aquí se trata solamente de señalar un punto de acuerdo importante.

En lo que a mí concierne, actuar de tal modo que la cuestión ecológica deje de ser algo que “se agrega” a otras cuestiones, supone muchas cosas. En primer lugar, abordarla en su verdadera dimensión, que es la de una amenaza a las condiciones de reproducción social de determinadas clases sociales y comunidades (hilo conductor del artículo escrito con Claude Serfaty). Subrayar luego, como lo hace Isabelle Stengers, el carácter de clase, de dominación social y de explotación económica de la cuestión ecológica, y colocarla en el centro de la actividad de la “organización-partido”. Esto pasará a ser seguramente uno de los criterios que permitirá a muchos militantes decidir si la misma sigue siendo válida. Se tratará asimismo de corporizar, combinándola con aspectos más “clásicos” de intervención militante, una de las indicaciones dadas por Isabelle Stengers y Philippe Pignarre. La indicación es que estamos en un terreno donde no se trata de

hacer que las cosas vayan “mejor” [registro de los verdes], sino de experimentar en un campo repleto de trampas, de alternativas infernales elucubradas tanto por el Estado como por el capitalismo. La lucha política, acá, no pasa por operativos de representación, sino más bien de producción de repercusiones, por la constitución de “cajas de resonancia” tales que lo que ocurre a unos haga pensar y actuar a otros, pero también que lo que unos logran, lo que aprenden, lo que ponen en marcha, pasen a ser nuevos recursos y posibilidades experimentales para los otros.”<sup>[24]</sup>

Este es un enfoque que puede ser útil para la militancia en las muchas situaciones de Francia en que la explotación salarial y las cuestiones cotidianas relativas al ambiente están estrechamente ligadas y sobre las que los sindicatos se callan en nombre de “cuidar el empleo”. Es un enfoque que tiene importancia para relacionarse con los agrupamientos que llevan adelante auténticos combates ecológicos anticapitalistas. Implica que no debemos limitarnos a trasladar al terreno del mundo asociativo prácticas políticas de “frente único” ya probadas, sino intentar comprender el modo en que funcionan estos agrupamientos muchas veces “informales”. Philippe Pignarre tiene razón cuando en su libro da importancia a cuestiones como el escucharse mutuamente y a la autoconstrucción de una interpretación común de situaciones y desafíos que

algunos de estos agrupamientos practican. Con seguridad, hay aquí enseñanzas para la renovación de “la organización-partido”.

### **La “oposición frontal” es necesaria e incluso indispensable**

Donde me separo totalmente de las proposiciones de Isabelle Stengers, es cuando ella cuestiona el conflicto frontal (que puede desembocar en una la confrontación física directa) con “el Empresario” y “el Estado”, sosteniendo que “la oposición frontal es una tentación a evitar porque aleja a la gente, y no deja subsistir más que dos campos virilmente opuestos, que funcionan en mutua referencia”. [25] En el caso de los Organismos Genéticamente Modificados, de los que ella habla extensamente, *es claro que hubo el fin de cuentas dos campos*. El trabajo de delimitación fue el resultado de un trabajo bien analizado por Isabel Stengers, “de cuestionamiento de los OGM como progreso admitido por la ciencia, portador de crecimiento y benéfico para la humanidad” y de la “producciones de saberes, de prácticas de alianza y de convergencia de luchas que sacudieron toda la rutina”. Es seguro que

muchas gente comenzó a interesarse por la manera en que se hacen las opciones de lo que se llama el desarrollo, así como de las orientaciones de la investigación científica, y de todo lo que no interesa demasiado investigar, de todas las cuestiones que no se plantean, hasta los modos de producción agrícola pasando por el imperio de las patentes.

El combate contra los OGM, al menos en el caso de Francia, ha contribuido a “la rehabilitación de siembras tradicionales y a la creación de lazos entre productores y consumidores, que tienen una innegable dimensión política”. [26] Pero este combate también implicó una forma de *acción política directa*, la de los segadores voluntarios, contra “el Empresario”, “el Estado” y la “Ciencia”, una forma aún más radical en el contexto del neoliberalismo por cuanto constituía un ataque a la propiedad privada. El proceso de pedagogía colectiva, el

“pensar” en el sentido que importa políticamente, es decir en el sentido colectivo, los unos con los otros, los unos gracias a los otros, en torno a una situación devenida “causa común”, que hace pensar [27]

hizo que los segadores voluntarios gozaran de un fuerte apoyo popular. Y de rebote, su acción, con su radicalismo, consolidó el trabajo de elaboración sobre la “causa común OGM”. Aquellos a quienes Isabelle Stengers llama “nuestros responsables” fueron tomados por sorpresa en la cuestión de los OGM. Ahora están muy decididos a que no ocurra lo mismo con la cuestión del relanzamiento de lo nuclear. Operan para hacer tan difícil como sea posible el “‘pensar’ en el sentido que importa políticamente, es decir en el sentido colectivo”. Llevará tiempo crear condiciones para la oposición frontal y más aún para formas de acción política directa. Pero los países donde lo nuclear fue abandonado hace 30 años fueron en su momento componentes de una oposición “campo contra campo”.

Pasemos a la dimensión mundial, a esta perspectiva de “Nueva Orleans planetaria”. Encuentro que una formulación como

la lucha política deberá pasar por todo lugar en que se fabrique un futuro que nadie se atreve realmente a imaginar, no limitarse a la defensa de conquistas o la denuncia de escándalos, sino de asumir la cuestión de la fabricación de este futuro. [28]

es muy eurocentrista. Por fuera de los países capitalistas “avanzados”, hay pueblos que practican aún “una agricultura que no depende de fertilizantes y de pesticidas, que no destruye sistemáticamente los suelos”, que todavía tienen “prácticas de cooperación que son las únicas

capaces de producir un futuro que no sea bárbaro”. [29] Para ellos y también para nosotros, hay allí “conquistas” por defender y situaciones dramáticas a las que se debe “denunciar”. Una de las dimensiones de la fase de mundialización del capital es la aceleración del proceso de expropiación y de pauperización extrema de lo que queda del campesinado, y del montaje de explotaciones sin freno de los recursos naturales, que van junto con formas extremas de explotación de los trabajadores. En América Latina, el Brasil, México, la Argentina y Chile son laboratorios de esto, pero el proceso puede encontrarse por todas partes en el “Sur”. [30] El hecho de que en algunos países los agentes sean nacionales no cambia nada. Estos procesos han provocado luchas, luchas de clases, luchas de comunidades campesinas de las cuales Martínez Alier recientemente hizo un recordatorio impresionante. [31] Estas luchas son “frontales”. ¿Podría ser de otra manera para la población indígena de la Amazonia peruana, ante la decisión de permitir que las compañías petrolíferas y mineras destruyeran su hábitat y su relación con la naturaleza? ¿Qué otro medio tenían las comunidades indígenas más que la confrontación violenta resistiendo a la policía militar, tal como ocurrió en Bagua? ¿De qué otro medio disponemos en Europa, más que la “denuncia” junto con el máximo posible de explicaciones, y de un trabajo continuo de información sobre las luchas en otros lugares del mundo en donde lo que se juega es la reproducción social? Y a propósito de esto, ¿cuántos partidos o asociaciones en Francia explicaron que, entre las compañías petrolíferas involucradas, una –la sociedad Perenco- es francobritánica y está dirigida por un francés llamado François Perrodo?

En algunos países “avanzados”, hay muchos casos en los que la denuncia de lo que ocurre en los países del Sur puede articularse con campañas nacionales referidas al cambio climático. [32] Lo que Isabelle Stengers llama “el Empresario” debe entonces ser señalado con nombre y apellido. En el caso de Francia, los nombres de grandes grupos financiero-industriales están situados en el punto de convergencia en muchos combates. El referido al cambio climático; el que va contra la participación de multinacionales en la opresión social y dominación política y militar de los países del Sur; el que enfrenta la suba del precio del petróleo, del gas y electricidad que aplastan el poder de compra de los asalariados y aumentan la pauperización de los desempleados; el que se opone a la culminación de la privatización-desmantelamiento de los servicios públicos, que está en marcha desde hace 15 años y una de cuyas consecuencias fue el “todo-automóvil” y el “todo-camión”. [33] Los grupos Total, Areva, Suez-GDF están en la primera fila de estos responsables a los que hay que llamar por su nombre. El rol de Total en Nigeria y en Gabón son ejemplos no excluyentes. Pueden agregarse el del grupo Bolloré [34] y otros muchos más.

### **Ubicar el combate en el contexto de dos “crisis conjuntas”.**

La gran cuestión es buscar desde qué extremo tomar un combate que abarca todas las dimensiones. Hay que dejar de lado la tentación a la que pueden conducir los últimos capítulos del libro de Stengers, la tentación de querer “resistir a la barbarie que viene” colocándose en el terreno de John Holloway y su proposición de “cambiar el mundo sin tomar el poder”.

[35] Isabelle Stengers tienen razón al decir que cuando “nuestros ‘responsables’ se vuelven hacia nosotros para preguntarnos ‘¿Qué harían ustedes en nuestro lugar? Hay que contestarles en voz alta ‘¡Nosotros no estamos en vuestro lugar!’” [36] Está bien... ¡Pero eso no significa que debemos dejarlos allí para siempre! El movimiento mediante el cual los dominados y los oprimidos ha sido llevados, casi siempre a partir de un reflejo inicialmente a autodefensivo, a levantarse contra los “responsables” del momento es un movimiento independiente de la forma partido, aunque siempre existan “militantes”. Y hemos entrado en un período en el que la necesidad de la autodefensa colectiva se impondrá a los trabajadores (en sentido amplio, los que deben “encontrar trabajo”, vender su fuerza de trabajo), incluso en los países capitalistas avanzados y con toda

seguridad en Europa. El avance de la crisis del cambio climático se produce al mismo tiempo que se inicia una recesión económica mundial que será muy prolongada. Es muy posible que la inyección masiva de dinero para el salvataje del sistema financiero, así como la ayuda dada a la reestructuración de los grandes grupos manufactureros, bloquee el proceso de transformación de la recesión en depresión profunda. Tendremos entonces un largo período de crecimiento mundial “flojo” con tasas de crecimiento débiles, y en el caso de la Unión Europea extremadamente débiles.[37] Los resortes de la acumulación de los 10 últimos años (el endeudamiento masivo de los hogares y del Estado norteamericano, y una acumulación industrial impulsada sobre todo por las inversiones en Asia del este y del sudeste orientadas a la exportación) están rotos. Las medidas de “relanzamiento” se basan en el mayor endeudamiento de todos los gobiernos, quienes se lo “harán pagar” a aquellos sobre quienes pesa el fisco, vale decir, los asalariados. En los países más pobres, los efectos sociales del cambio climático estarán agravados por los déficits alimentarios provocados en gran medida de manera directa por las políticas agrícolas y comerciales aplicadas desde hace 20 años por la Organización Mundial del Comercio y el Banco Mundial. Se han visto las primeras expresiones en 2008. Pero muy pocos países escaparán al quasi estancamiento, y en todo caso no serán los de Europa.

En el caso de un país industrializado, la desocupación masiva, así como todas las consecuencias que acarrea, constituyen una amenaza para la reproducción social de todos los que son o deben tratar de convertirse en asalariados y no tienen otro “patrimonio”. La amenaza no se mide obligatoriamente en términos de muertos (aunque el caluroso verano de 2003 golpeó precisamente a los ancianos ex proletarios), sino en términos de acceso a una “vida decente”, de vida civilizada y no de existencia puesta en la oscuridad de la pauperización. Y actualmente, esta amenaza se perfila sobre todo para los hijos de los asalariados. Entre diciembre de 2008 y abril de 2009, no ha pasado una sola semana en la que no se anunciara el cierre de alguna fábrica que podría ser pequeña, pero muy importante para el empleo en una ciudad o una región, perteneciente a filiales de multinacionales extranjeras (Continental, Goodyear, Celanese, Sony, 3M), o a subcontratistas de multinacionales francesas (Renault y Peugeot, especialmente) como Valeo y Heuliez. En el momento en que estoy terminando este artículo, es Michelin la que anuncia despidos masivos, tanto para “incrementar la productividad” como para responder a la disminución de la demanda. El Instituto de Estadísticas ha anunciado que 187.800 empleos fueron destruidos durante el primer trimestre, o sea, precisa, *una baja de 1,1%, caída sin precedente en la historia económica francesa*. Las previsiones de desempleo o de precarización extrema del empleo son muy elevadas para la franja etaria de 16-24 años. Un número creciente de egresados se enfrentan al desempleo o en todo caso a la subcalificación.

Llegará un momento en que cualquier perspectiva política de medidas radicales que una fracción significativa de los asalariados y los jóvenes decida poner en marcha, mediante todos los medios que sean capaces de inventar o de reventar, deberá necesariamente dejar de asumir la forma de un programa de “reivindicaciones” que se exige aplicar a quienquiera que sea, y pasar a ser un *programa de autogobierno*. La urgencia de responder a los problemas inmediatos de reproducción social significará también que el mismo deberá implicar un “plan industrial” adosado a formas de propiedad social de sectores económicos claves. Aquí figurarán obligatoriamente, de manera central, los sectores de la energía, de los transportes y de la construcción. Son precisamente aquellos cuyo control es decisivo en cualquier tentativa de última hora para frenar el cambio climático y cuya reapropiación social significaría también dar un golpe al imperialismo conducido en nombre de “la Francia”. Frente a un determinado problema, dice Isabelle Stengers, será la capacidad de fabricar colectivamente respuestas lo que determinará su cualidad. “Una respuesta no es reductible a la simple expresión de una convicción. Debe ser fabricada”.[38] Esta es precisamente la tarea. Se trata de liberar el potencial de experimentación

colectiva de los asalariados-ciudadanos, sea cual fuere la estructura (asociación, agrupamiento aún más informal o partido político) en los cuales hayan elegido comprometerse y a ayudar en la “fabricación de una convicción colectiva” referidos a la necesidad y a la “posible realización” de objetivos cuya concreción planteará efectivamente la cuestión del poder, que *no puede ser evitada*.

Artículo enviado por el autor. Publicado en francés en *Carré rouge* n° 41, junio 2009, así como en los sitios de *Contretemps* y *À l'encontre*. Traducido del francés para *Herramienta* por Aldo Casas.

- [1] *Au temps des catastrophes. Résister à la barbarie qui vient*. París, Éditions Les Empêcheurs de penser en rond / La Découverte, 2009.
- [2] Obra mencionada, pág. 69.
- [3] Exposición realizada en el encuentro organizado por *Herramienta* el 18 de septiembre de 2008 y publicada en *Herramienta* N° 39, Octubre de 2008. Fue reproducido en francés por *Inprecor* N° 541-542, sept.-oct. de 2008.
- [4] En *Mediapart*, puede verse en el sitio de *À l'encontre* [www.alencontre.org](http://www.alencontre.org)
- [5] Op. cit., pág. 19.
- [6] Jean-Pierre Dupuy, *Pour un catastrophisme éclairé. Quand l'impossible est certain*. París, Seuil, 2004. Ver también el reportaje posterior, “D’Ivan Illich aux nanotechnologies. Prévenir la catastrophe?”, *Esprit*, febrero de 2007.
- [7] Op. cit., pág. 59.
- [8] Idem., pág. 18.
- [9] Id. págs. 13-14.
- [10] Id., pág. 58.
- [11] La inconsistencia de tales posiciones se desprende del artículo de Michel Husson “Un capitalisme vert est-il possible?”, *Contretemps* N° 1, primer trimestre de 2009.
- [12] Ver Michael Löwy “Qu’est-ce que l’écocapitalisme?”, *Le Grand Soir*, 16 de febrero de 2005, [www.legrandsoir.info/](http://www.legrandsoir.info/) y su capítulo en el libro del que fue coordinador: *Écologie et socialisme*, París, Syllepse, 2005.
- [13] Carlos Marx, *El capital*, vol. III, FCE, pág. 759.
- [14] “Le moment historique où le NPA se forme et certaines de ses implications”, *Critique communiste* N° 187, julio de 2008. El artículo se encuentra en el sitio de *Contretemps*.
- [15] F. Chesnais, “Orígenes comunes de la crisis económica y la crisis ecológica”, *Herramienta (nueva serie)* n° 41, julio de 2009.
- [16] Gaïa, Gaia, Gaya, Gaiya y otras muchas variantes es el nombre que designa “diosa primordial identificada con la ‘Madre-Tierra’. Es el ancestro materno de razas divinas, pero creadora también de muchos monstruos”.
- [17] I. Stengers, op. cit., pág. 51.
- [18] Idem, pág. 49.
- [19] F. Chesnais y Claude Serfaty, “Les conditions physiques de la reproduction sociale”, dans J-M. Harribey et Michael Löwy (bajo la dirección de) *Capital contra nature*, París, Actuel Marx Confrontation - PUF, 2003, pág. 69.
- [20] Gracias a la lectura de Frank Poupeau, *Carnets boliviens 1999-2007, un goût de poussière*, París, Éditions Aux lieux d’être, 2008, supe que los glaciares andinos de los que proviene el agua que abastece a La Paz y El Alto en Bolivia están agotados en más de un 80%. Se estima que dentro de una quincena de años estas ciudades ya no tendrán más agua... En la conferencia de Buenos Aires publicada en *Herramienta* N° 39 dije “y sin embargo, esto es algo que nunca se trató, quienes nos reclamamos del marxismo revolucionario nunca discutimos un hecho de tal magnitud que puede hacer que la lucha de clases en Bolivia, tal como la conocimos, se modifique sustancialmente...”
- [21] Ver por ejemplo *International Organization for Migration and Climate Change*, Ginebra, 2008, y mas extensamente *Changements climatiques et peuples autochtones, Groupe International de Travail pour les peuples autochtones*, París, L’Harmattan, 2009.
- [22] I. Stengers, ob. cit., pág. 58-59.
- [23] Philippe Pignarre, *Être anti-capitaliste aujourd’hui. Les défis du NPA*, París, La Découverte, 2009, pág. 124.
- [24] I. Stengers, op. cit., pág. 199.
- [25] *Ibid.*, pág. 177.
- [26] I. Stengers en *Regards*, N° 57, febrero de 2009.
- [27] I. Stengers, *Au temps des catastrophes*, op. cit. pág. 171.
- [28] Idem, pág. 200.
- [29] I. Stengers en *Regards*, ob.cit.
- [30] Ver la recopilación de estudios de campo publicada en el libro colectivo de Fred Magdoff, John Bellamy Forster et Frederick Buttel, *Hungry for profit: The agribusiness threat to farmers, food and the environment*, Nueva York, Monthly Review Press, 2000.
- [31] Joan Martinez Alier, “Conflits écologiques et langages de valorisation”, *Écologie et Politique*, n° 7, 2008.
- [32] Ver F. Chesnais y Jean-Louis Marchetti, *Les fondements théoriques de la centralité révolutionnaire de la question “écologique” et certains de leurs conséquences politiques*, diciembre de 2008 en el sitio [www.npa13.org/](http://www.npa13.org/) (rubrique contributions).
- [33] Ver Philippe Mühlstein, “Énergie, transport et effect de serre: l’impasse néolibérale” nota para el Consejo científico de Attac-France, 22-07-2009, en el sitio [www.france.attac.org/](http://www.france.attac.org/)
- [34] En el 2009 el grupo Bolloré ocupa un lugar decisivo en las economías de Costa de Marfil, del Congo, de Gabón y de Camerún. En este país controla gran parte del puerto autónomo de Douala, los ferrocarriles y las plantaciones de palma.
- [35] Ver la reciente edición en francés, *Changer le monde sans prendre le pouvoir*, París, Syllepse, 2008, así como el comentario de Daniel Bensaid “Et si on arrêta tout? L’illusion sociale de John Holloway et the Richard Day”, *Revue internationale des livres et des idées* N° 3, enero-febrero de 2008.
- [36] Ver el capítulo 12 del libro que estamos comentando.
- [37] Puede encontrarse una conclusión idéntica aunque partiendo de un marco teórico y una perspectiva muy distintas a las mias en Michel Aglietta, *Crise et renouveau de la finance*.
- [38] I. Stengers, op. cit., pág. 135.

## Crisis Civilizatoria

Vega Cantor, Renán

Historiador. Profesor titular de la Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá, Colombia. Doctor de la Universidad de París VIII. Diplomado de la Universidad de París I, en Historia de América Latina. Autor y compilador de los libros *Marx y el siglo XXI* (2 volúmenes), Editorial Pensamiento Crítico, Bogotá, 1998-1999; *El Caos Planetario*, Ediciones Herramienta, 1999; *Gente muy Rebelde* (4 volúmenes), Editorial Pensamiento Crítico, Bogotá, 2002; *Neoliberalismo: mito y realidad*; Entre sus últimos trabajos podemos mencionar: *Los economistas neoliberales, nuevos criminales de guerra: El genocidio económico y social del capitalismo contemporáneo* (2010). La República Bolivariana de Venezuela le entregó en 2008 el Premio Libertador por su obra *Un mundo incierto, un mundo para aprender y enseñar*. Dirige la revista CEPA (Centro Estratégico de Pensamiento Alternativo). Es integrante del Consejo Asesor de la Revista Herramienta, en la que ha publicado varios de sus trabajos..

Herramienta 42

En estos momentos se desenvuelve otra crisis que, a primera vista, hace parte del recurrente ciclo capitalista que en forma periódica desemboca en una caída drástica en todos los órdenes de la vida económica. Pero si se mira con algún cuidado, la crisis actual tiene unas características diferentes a todas las anteriores ya que hace parte de un quiebre *civilizatorio* de carácter integral, que incluye factores ambientales, climáticos, energéticos, hídricos y alimenticios. La noción de *crisis civilizatoria* es importante porque con ella se quiere enfatizar que estamos asistiendo al agotamiento de un modelo de organización económica, productiva y social, con sus respectivas expresiones en el ámbito ideológico, simbólico y cultural. Esta crisis señala las terribles consecuencias de la producción de mercancías, que se ha hecho universal en los últimos 25 años, con el objetivo de acumular ganancias para los capitalistas de todo el mundo y que sólo es posible con el gasto exacerbado de materiales y energía.

### 1. Crisis energética: el comienzo del fin del petróleo

La civilización industrial capitalista consolidada durante los dos últimos siglos, un breve lapso de la historia humana, se ha sustentado en la extracción intensiva de combustibles fósiles (carbón, gas y, de manera primordial, petróleo). Las transformaciones tecnológicas que se han producido desde la Revolución Industrial en Inglaterra, a finales del siglo XVIII, han sido posibles por el uso de estos combustibles, a los cuales están asociados la máquina de vapor, el ferrocarril, el avión, el televisor, el tanque de guerra, el automóvil, el computador, el teléfono celular y en la práctica casi cualquier artefacto que se nos ocurra. El uso de esos combustibles ha permitido al capitalismo extenderse por todo el mundo ya que los medios de transporte han aumentado su velocidad, tamaño y alcance, con lo cual la producción de mercancías ha rebasado el ámbito local y se ha desplegado por el orbe entero.

La utilización de petróleo a vasta escala ha urbanizado el mundo, como nunca había sucedido en la historia humana, hasta el punto que hoy por primera vez habita en las ciudades un poco más del 50 por ciento de la población mundial, una tendencia que se incrementará en los años por venir, marcando la desruralización del planeta. En las ciudades se reproduce a escala planetaria la diferenciación social, entre una minoría opulenta que reproduce el *American Way of Life* y una mayoría que vive en la más espantosa pobreza, sin tener acceso a los servicios públicos fundamentales, apiñados en tugurios y sin contar con lo básico para vivir en forma digna, constituyendo las *ciudades de la miseria*. [1]

Aun más, la expansión mundial del capitalismo, que tanto se aplaude, no habría sido posible sin el petróleo, ya que la producción de China o India, que vincula a millones de personas al mercado capitalista como productores (en las maquilas y fábricas de la muerte) y consumidores (vía uso de automóviles o celulares, para indicar los íconos de este sistema), se ha logrado con la reproducción de la lógica depredadora del capitalismo y el uso a vasta escala de combustibles fósiles. En ese sentido, no resulta extraño que China sea el segundo productor mundial de CO<sub>2</sub> y

necesite para mantener su irracional sistema de producción capitalista, concentrado en la zona norte del país, de ingentes cantidades de agua, madera, minerales y toda clase de materiales. Pero el petróleo tiene un problema, es un recurso no renovable, y en estos momentos nos encontramos en un punto de inflexión, cuando ha comenzado su agotamiento irreversible. Esto se explica por el hecho elemental que la cantidad de combustibles fósiles existentes es fija y en la medida en que sean extraídos a una mayor velocidad, más rápido se acabarán. Y eso es lo que está sucediendo hoy como consecuencia de la generalización de la lógica capitalista de producción y consumo a todo el mundo, puesto que las clases dominantes replican el modelo estadounidense por doquier. Esto ha conducido al aumento del consumo diario de petróleo para garantizar que se incremente la producción de cualquier tipo de mercancías que se consumen a vasta escala en las cuatro esquinas del planeta, así como para permitir la construcción de infraestructura que posibilite el transporte de esas mercancías, con nuevas ciudades, carreteras, puentes, viaductos y aeropuertos.

Dado el aumento de la población vinculada al mercado capitalista, y del consumo que de allí se deriva, no hay duda que nos encontramos en el *cénit* no solamente de la producción de petróleo y de carbón sino de los principales recursos minerales que posibilitan el funcionamiento de la civilización capitalista. Para recalcar la importancia crucial de la crisis energética valga recordar que desde hace algunos años ciertos investigadores vienen estudiando el *pico del petróleo*, a partir de los descubrimientos del ingeniero estadounidense King Hubber, y vaticinaron que ese pico se alcanzaría entre el 2000 y el 2010, momento en el que nos encontramos, y que coincide en forma milimétrica con el estallido de la actual crisis económica. En rigor, las dos no están desconectadas porque la sobreproducción capitalista –el origen fundamental de la crisis económica– ha sido posible por la incorporación de nuevos territorios a la producción mercantil, con lo cual se incrementa el gasto de energía y de materiales.

Al respecto resulta necesario referirse a la *Teoría de Olduvai* del ingeniero Richard Duncan, quien sostiene que la época del petróleo va a durar, casi en forma exacta, sólo un siglo, puesto que su despegue se presentó en la década de 1930 y se proyectará hasta comienzos de la década de 2030. Basándose en múltiples cálculos, Duncan considera que el eclipse del petróleo se consumará en las próximas dos décadas, lo cual implica un cambio radical en la forma de vida que nosotros conocemos, incluyendo una disminución de la población, una reducción del tamaño las ciudades y una desaparición de los grandes sistemas de transporte hoy existentes.

Según Duncan, la época del petróleo puede considerarse como una fiesta de corta duración que va a durar sólo un siglo y al cabo de la cual terminará el derroche energético emprendido por el capitalismo, a lo que se llegará en escasas dos décadas, cuando se retorne a otra era, en la cual ya no habrá petróleo, que puede catalogarse como el regreso a Olduvai. Este nombre es significativo, si se recuerda que así se ha denominado a una de las grutas, localizada en Tanzania (África), en las que se encontraron algunos de los restos humanos más antiguos, y cuya sociedad no conocía la luz artificial.[2]

Aunque sean difíciles de admitir a primera vista, las predicciones de este ingeniero se están volviendo realidad, a partir del hecho indiscutible de la llegada al pico de petróleo mundial, en el cual ya hemos entrado, y que según algunos autores se alcanzó en julio de 2008, cuando se logró la cota máxima de producción de petróleo de todos los tiempos.[3] En estas condiciones, entre más aumente la producción y consumo de energía fósil, esta última se acabará más rápido de lo previsto, y tal carencia provocará el regreso a las crisis precapitalistas de subproducción por la imposibilidad de mantener los ritmos frenéticos de despilfarro de petróleo en el mundo actual, como una expresión de la decadencia y parasitismo ya señalados. Por supuesto, esto también acarrea el aumento de guerras por el control de los últimos reductos de hidrocarburos, como ya se aprecia con los diversos conflictos que asolan a los territorios que tienen la desgracia de poseer

petróleo (Irak), que están cerca de las fuentes de petróleo o de gas (Afganistán) o se ubican en lugares estratégicos de la circulación mundial de mercancías (Somalia y el cuerno africano). Pero la reducción acelerada no es sólo del petróleo, puesto que los más recientes estudios indican que el carbón –del que hasta hace poco se anunciaba que iba a durar por varios siglos- también se acerca a su pico máximo, al cual se llegará en las próximas dos décadas. Lo mismo acontece con otros minerales estratégicos, cuyo agotamiento está próximo: uranio, 40 años; antimonio y plata entre 15 y 20 años; tantalio y zinc entre 20 y 30 años; indio entre 5 y 10 años; platino, 15 años; hafnio, menos de 10 años.[4]Lo verdaderamente crítico radica en que “el pico del petróleo será un punto de inflexión histórico, cuyo impacto mundial sobrepasará todo cuanto se ha visto hasta ahora, y eso pasará en la vida de la mayoría de las personas que viven hoy en el planeta”[5].

## **2. Crisis alimenticia: el regreso de los motines de subsistencia**

El capitalismo es una fábrica simultánea de riqueza y de miseria, productor constante de injusticia y desigualdad, en razón de lo cual la polarización de clase es una de sus características intrínsecas. Eso se manifiesta en los más diversos tópicos de la vida social, como sucede con la producción de alimentos. Que el capitalismo produzca hambrientos no es nuevo, puesto que su expansión mundial ha generado, de manera invariable, hambre a vasta escala, como resultado de la destrucción de las economías locales, sometidas a nuevas exigencias para que se “adaptan” a los requerimientos del mercado mundial, como reza la fórmula de los economistas ortodoxos. En la práctica, la mundialización del capital ha dado origen a una realidad profundamente injusta en términos alimenticios, porque al mismo tiempo unos pocos consumen hasta el hartazgo (como puede apreciarse en los “esbeltos cuerpos” de millones de estadounidenses, mofletudos y regordetes, que no pueden ni andar de tanto ingerir comida basura), mientras que en todos los continentes millones de seres humanos soportan la desnutrición o mueren de hambre.

En tal sentido, el hambre y la desnutrición actuales son un resultado directo de la destrucción de las economías campesinas por parte de las empresas agroindustriales, que monopolizan las mejores tierras, imponen costosos paquetes tecnológicos y controlan la producción de alimentos y materias primas de origen agrícola. Esto ha venido acompañado del despojo y expulsión de los campesinos e indígenas de sus territorios ancestrales por compañías transnacionales y empresarios locales, con lo que la producción agrícola y pecuaria es dominada por pocos países, unas cuantas empresas y algunos terratenientes, habiéndose liquidado la soberanía alimenticia de territorios antaño autosuficientes, en los cuales se siembran productos comerciales en sustitución de alimentos esenciales. Ese proceso anticampesino se fortalece con la llamada revolución genética, que pretende convertir, en el mejor de los casos, a algunos pequeños productores en empleados de las multinacionales para la producción de materias primas que forman parte de cadenas productivas, desde la generación de semillas hasta la venta de productos elaborados en los supermercados, que son controladas por esas empresas, proceso en el cual los alimentos ya no son la base de la producción agrícola. Justamente, la conversión de los alimentos en mercancías y la aplicación de los principios criminales del libre comercio destruyen los mecanismos de producción, distribución, comercialización y consumo que posibilitan la supervivencia de los pueblos de la periferia, entre los cuales sobresalían la ayuda mutua, la solidaridad, el don y la reciprocidad, mecanismos todos arrasados por el librecambio, que ha asesinado a millones de personas de inanición.

Las grandes empresas han despojado a los pequeños agricultores basándose en la retórica del libre comercio, falacia con la cual justifican la eliminación de los subsidios y los mecanismos proteccionistas por parte de los Estados, obligan a los países dependientes a especializarse en la producción de géneros agrícolas para el mercado mundial (los de siempre, café, banano, azúcar, o los nuevos, como palma aceitera, soja, colza o frutas exóticas), impulsan la conversión de las

mejores tierras en zonas ganaderas, de cultivos forestales y, últimamente, las destinan a la siembra de cultivos de los que se extraen *necrocombustibles* (combustibles de la muerte es su verdadero nombre, pues el de biocombustibles que se emplea frecuentemente es un embuste). Todo esto ha ocasionado la pérdida de la seguridad alimenticia en los países pobres, en los cuales ya no se producen los alimentos básicos, que deben ser comprados en el mercado mundial, a los precios que fijen las empresas multinacionales y los países imperialistas.

Este modelo agrícola capitalista es el responsable del hambre que se extiende por el mundo y que afecta a millones de seres humanos- se calcula que 1.200 millones de personas soportarán hambre crónica de aquí a 2025-, y que ha vuelto cotidianas las escenas de muerte de niños por inanición en Sudán, Argentina, Haití, Colombia y muchos otros países y también en todos ellos han reaparecido los motines de subsistencia en épocas de “capitalismo posmoderno”, cuando se suponía estaba solucionado el problema del hambre. En realidad, para el capitalismo actual la mejor forma de solucionar el problema del hambre es devorando a los pobres, como lo sugería Jonathan Swift en *Una modesta proposición* (1729), cuando en forma satírica proponía que los irlandeses pobres devoraran a sus propios hijos, con lo cual aparte de evitar la hambruna, le ahorrarían a los niños más sufrimientos; o, como gráficamente, lo decía un graffiti en la ciudad de Buenos Aires: “¡Combata el hambre y la pobreza! ¡Cómase a un pobre!”. Eso es lo que efectivamente sucede cuando el maíz o la caña se siembran para producir gasolina. Cuando a un automóvil se le está suministrando combustible, originado en los alimentos, se está devorando a un pobre, porque, por un antinatural metabolismo que sólo puede ser resultado del capitalismo, el alimento ya no tiene por destino saciar el hambre de los seres humanos sino el de las voraces máquinas de cuatro ruedas, la máxima expresión del “modo americano de muerte”.

Por otro lado, la crisis alimenticia se conecta con la crisis energética por múltiples vías: la industrialización de la agricultura la hace *petrodependiente* en todos los ámbitos, por el uso de fertilizantes, abonos y fungicidas y por la utilización de medios de transporte que requieren de combustibles fósiles para funcionar; el aumento en los precios del petróleo, una tendencia que cobrará más fuerza a medida que se agote el crudo, incide en la producción agrícola; los intentos de sustituir petróleo por agrocombustibles, originan un proceso de concentración de tierras para sembrar productos destinados a alimentar carros y aviones y no seres humanos y aumenta también los precios de los alimentos. Así, el arroz, azúcar, maíz, papa y otros productos esenciales se están convirtiendo en biomasa para producir combustibles y no para satisfacer las necesidades nutricionales de millones de seres humanos que viven en la periferia.

De igual forma, la crisis alimenticia está vinculada con las modificaciones climáticas en marcha puesto que estas últimas inciden en forma directa en la disminución de las cosechas, sobre todo en las zonas más pobres del mundo. Así, por los cambios en la temperatura y en el volumen de precipitaciones se calcula que en los próximos años caerán los rendimientos de los principales productos alimenticios en diversos lugares del mundo: la caña de azúcar en un 3 por ciento en los Andes; el arroz en un 10 por ciento en Asia Meridional; el maíz en un 47 por ciento en el sur de África; el trigo en un 3 por ciento en Asia oriental.[6]

### **3. Crisis hídrica: secando la fuente de la vida**

A la par de la crisis alimenticia discurre otra relacionada con la destrucción de los reservorios de agua, el agotamiento del agua dulce y la contaminación de ríos, lagos y mares, junto al arrasamiento de los humedales. Hasta no hace mucho tiempo se suponía que el agua era un recurso inagotable y no había ningún problema en garantizar su suministro de manera permanente. Hoy se sabe que el agua dulce es limitada y su agotamiento y escasez corre en paralelo al aumento demográfico, al crecimiento urbano, a la industrialización de la agricultura, a las modificaciones climáticas y a su derroche en la producción de mercancías. En esta dirección, la crisis hídrica es un

resultado de la expansión mundial del capitalismo porque el agua misma se ha convertido en una mercancía y ha dejado de ser un bien común y público, ya que conglomerados transnacionales (como Coca-Cola, Danone y otros) la han convertido en un nicho de mercado, con el que obtienen cuantiosas ganancias por diversos medios: la producción de agua embotellada, la privatización de los servicios de acueducto y cloacas y la apropiación de ríos y lagos por empresarios capitalistas.

A esto debe añadirse que la urbanización acelerada necesita de importantes cantidades de agua, aunque su distribución y calidad sigan los parámetros de clase propios del capitalismo, puesto que en las grandes urbes sólo una parte de la población tiene acceso a agua potable y suficiente, mientras que la mayoría no la disfruta y tampoco cuenta con redes cloacales. De la misma manera, los procesos tecnológicos más sofisticados requieren cantidades ingentes de agua, como la que precisa la producción de automóviles, computadores, celulares y televisores. Igual acontece con la producción de determinado tipo de cultivos, como las flores, que consumen enormes volúmenes de agua.

A la par con todo lo anterior, los procesos de industrialización, la urbanización desaforada, la agricultura industrial, los megaproyectos y la explotación de recursos minerales y energéticos han contaminado las más importantes fuentes de agua en el mundo. No sorprende que, casi sin excepción, junto a una gran ciudad se encuentre un río convertido en una fuente de aguas fétidas y malolientes, al lado del cual malviven los sectores más empobrecidos.

Tanto a nivel interno en los países como en el plano mundial existe una distribución injusta y desigual del agua, porque mientras sectores minoritarios tienen a su disposición agua de calidad que despilfarran sin vergüenza (para lavar autos, regar campos de golf, o surtir su propia piscina), la mayor parte de la sociedad carece del vital líquido, lo cual ocasiona la muerte diaria de miles de personas por problemas estomacales y produce la enfermedad de millones de ellos por consumir agua no potable. Esta desigual apropiación del agua también existe en el terreno mundial, ya que algunos países cuentan con importantes reservas hídricas o por su poder económico, militar y político pueden apropiarse del agua de sus vecinos, a los que dejan exhaustos y muriéndose de sed (el caso de Israel con los palestinos es emblemático al respecto), con lo cual se avizora una de las contradicciones determinantes de los conflictos del futuro inmediato que va a ocasionar *guerras por el agua*, con la misma frecuencia que las actuales guerras por el petróleo. Entre otras cosas, valga recordar, para mostrar las interrelaciones entre la explotación de hidrocarburos y el agua, que la extracción de los primeros conlleva siempre despilfarro de la segunda de múltiples formas: para extraer un barril de petróleo o de gas se precisan cientos o miles de barriles de agua; con todas las labores propias de la industria petrolera se contaminan las fuentes de agua; los derrames de crudo llegan inexorablemente a los cursos de agua, como nos lo recuerdan las tragedias de contaminación hídrica que han generado los numerosos accidentes de grandes buques petroleros en los mares del mundo.

Y el otro aspecto que debe mencionarse es el relativo a los nexos directos entre el trastorno climático y la crisis hídrica. Así, el trastorno climático se manifiesta en primera instancia con un aumento de la temperatura en diversos sitios del planeta, lo que ocasiona transformaciones bruscas e inesperadas: se producirá, y se está produciendo ya, el deshielo de glaciares, con lo que se reducirá la oferta hídrica en muchos países, pues las principales reservas de agua dulce están en los nevados y en los paramos. Al mismo tiempo, y como consecuencia de lo anterior, aumentará el caudal de muchos ríos mientras que otros se secarán, lo cual afectará a las poblaciones que viven gracias a esos cursos de agua. Esto generará inundaciones y sequías a un ritmo antes no conocido, como ya se evidencia en algunos continentes, como Europa, donde se han presentado en los últimos años inviernos más lluviosos y veranos más cálidos. De la misma manera, la transformación climática influye en el cambio de la cantidad y la calidad del agua disponible, ya

que al aumentar la temperatura del aire se altera la temperatura del agua, con lo cual se reduce su contenido de oxígeno, se afecta la distribución de los organismos acuáticos y se altera el ciclo de los nutrientes, entre otras muchas consecuencias nefastas. Igualmente, las modificaciones climáticas ocasionan la mezcla de agua salada con aguas dulces en los acuíferos litorales, afectando otra importante reserva de agua dulce en muchos lugares del planeta.

Adicionalmente, en la medida en que cambia el clima mundial se altera el régimen de lluvias en ciertas zonas del planeta lo que produce la sequía, la desertificación y la hambruna y genera las migraciones hídricas, cuando la gente huye de sus terrenos ancestrales, convertidos en lugares yermos y sin vida, donde han desaparecido las fuentes de agua que les posibilitaban la subsistencia, como es el caso de algunos países del Sahel en África.

#### **4. Crisis ambiental: la destrucción de las condiciones de producción y de vida**

Junto con todas las crisis antes nombradas, y como síntesis de las mismas, hay que considerar la crisis ambiental, hoy generalizada a todo el planeta. Son numerosos los componentes de la degradación medioambiental que hoy soportamos, en la que deben incluirse la destrucción de fuentes de agua, la desaparición de tierras y suelos aptos para la agricultura, el arrasamiento de selvas y bosques, la reducción de recursos pesqueros, la disminución de la biodiversidad, la extinción de especies animales y vegetales, la generalización de distintos tipos de contaminación, la reducción de la capa de ozono y la destrucción de ecosistemas.

Todos estos componentes de la catástrofe ambiental que ponen en riesgo la misma continuidad de la especie humana, se han originado en la lógica depredadora del capitalismo con su concepción arrogante de mercantilizar todo lo existente y de dominar la naturaleza a su antojo. Pretendiendo eludir los límites naturales, la expansión mundial del capitalismo ha transformado los paisajes del planeta, sometiendo a los recursos y a las especies a la férula de la valorización del capital, dando por sentado, en forma optimista, que la naturaleza es una externalidad que no tiene costo y que, al no contabilizarse en términos económicos, se puede destruir impunemente, y además es posible regenerarla muy rápido o sustituirla de manera artificial.

El resultado no podía ser más terrible, si se considera que nunca antes se había asistido a una situación como la actual con su cúmulo de desastres pretendidamente “naturales”, de lo cual tienen muy poco, como huracanes, tifones, inundaciones, maremotos, avalanchas, tsunamis y terremotos que año a año matan a miles de personas y hunden en mayor pobreza a los miserables del mundo. Esta es una clara manifestación del precio que debe pagarse por haber sometido a una transformación acelerada a la naturaleza, como parte del uso intensivo de combustibles fósiles y del uso descomunal de materiales y de recursos naturales para obtener ganancias. Esto se ha acentuado en las últimas décadas por el incremento en el consumo mundial de mercancías y por la apropiación subsecuente de los bienes naturales, considerados ahora como propiedad privada. Nada tiene de raro, en esa perspectiva, que se libere una guerra mundial por parte de los países imperialistas y sus compañías multinacionales para apoderarse de los recursos energéticos, naturales, forestales e hídricos en aquellas zonas que todavía los tienen, como se evidencia en el Congo, en Colombia, en Brasil, en México, en Indonesia y otros países. El consumo a vasta escala de ciertos artefactos electrónicos, viene acompañado del arrasamiento de ecosistemas y de guerras locales en países africanos, por ejemplo, para satisfacer la necesidad de suministrar materias primas (metales y minerales) a las empresas transnacionales que financian ejércitos estatales y privados con el fin de asegurarse el abastecimiento de esas materias primas y mantener la oferta de sofisticados instrumentos tecnológicos.[7]

De otra parte, una de las expresiones más críticas de la situación ambiental está relacionada con la reducción de la biodiversidad y con la extinción de especies, un fenómeno que ha alcanzado una escala nunca antes vista. En efecto, ahora se está presentando la sexta extinción

de especies, provocada no por causas naturales sino económicas y sociales, por acción de la lógica capitalista, si recordamos que la quinta extinción se presentó hace 65 millones de años, cuando desaparecieron los dinosaurios y gran parte de la vida existente en la tierra, por obra de un meteorito que se estrelló contra nuestro planeta. La extinción actual es producida de manera directa e indirecta por el capitalismo, al generalizar la mercantilización de la vida, lo que ha conducido a considerar a los animales y plantas como una fuente más de ganancia, sin importar su impacto destructor, como puede verse con el tráfico mundial de especies (la segunda actividad ilícita en el mundo por las ganancias económicas que genera) y la conversión de los animales en factorías de leche, carne o grasa, que ha desencadenado enfermedades como las de la vaca loca, la gripa aviar o la gripe porcina, tan de moda en estos días.

Algunos datos elementales son indicativos de las pérdidas de especies en curso: el Índice de Planeta Viviente, que pretende medir el estado de la biodiversidad mundial, muestra que se ha presentado un declive promedio del 30 por ciento entre 1970 y 2005 entre 3.309 poblaciones de 1.235 especies y ese mismo Índice pero aplicado a los trópicos constata que allí el declive ha sido más dramático, alcanzando un 51 por ciento en ese mismo período al considerar 1.333 poblaciones de 185 especies. De la misma manera, nuestra huella ecológica –con la que se establece la cantidad de recursos de la tierra y el mar, medido en hectáreas, que cada uno de nosotros necesita para vivir, incluyendo la destinada a absorber nuestros desechos- señala que la demanda humana sobre la biosfera aumentó más del doble entre 1961 y 2005, lo que indica en términos más concretos que en la actualidad, al ritmo de población y consumo existentes, es necesario algo así como 1,2 planetas tierra para vivir y que en el 2030 se necesitaran dos planetas, algo insostenible por supuesto. Como es obvio, la huella ecológica de todos los países y todos los seres humanos no es similar, puesto que el nivel de consumo de los países capitalistas del centro es sensiblemente mayor que la del resto del mundo, ya que Estados Unidos es el país que tiene una mayor huella ecológica, que de lejos supera su capacidad de carga. Así, esa huella es de un promedio de una hectárea en los países más pobres, mientras que en los Estados Unidos se acerca a las 10 hectáreas y en promedio para toda la población humana es de 2.1 hectáreas[8].

Así mismo, la desaparición de las selvas y bosques para extraer maderas y otros recursos o como parte de la expansión de la frontera agrícola para soportar el crecimiento demográfico y la concentración de suelos productivos en pocas manos, les reduce el espacio indispensable para subsistir a muchas especies animales y vegetales. De la misma forma, el modelo exportador, como mecanismo de vinculación al capitalismo mundial por parte de las clases dominantes de los países periféricos, destruye los ecosistemas para cumplir con las exigencias de los conglomerados multinacionales de extraer todos los recursos exigidos en zonas ecológicamente frágiles, como sucede en la Amazonia o en la costa pacífica colombiana. Esta última se ha convertido en una tierra de megaproyectos para explotar oro, maderas, platino o sembrar cultivos como el caucho o la palma aceitera, o para diseñar represas que garanticen el funcionamiento energético de tales engendros del capitalismo mundial.

Al final, sin embargo, la crisis ambiental influye sobre el funcionamiento económico del capitalismo, así éste intente escamotearla, en razón de que este sistema no puede eludir las leyes físicas de la materia y la energía y no puede producir a partir de la nada y tampoco lograr que los desechos, cada vez más abundantes, desaparezcan como por arte de magia. Como no es posible construir un capitalismo posmaterial (una de las falacias de los cultores de la información), la expansión mundial del modo de producción capitalista requiere, como un Dios devorador, de cantidades ingentes de recursos y energía. Sin embargo, como estos recursos son finitos (salvo el sol en términos de la temporalidad humana, pues va a existir durante otros cinco mil millones de años), el capitalismo tiene que enfrentar la dura realidad de estar sometido a ese límite, del agotamiento y carácter finito de los combustibles fósiles y la reducción acelerada de los recursos

naturales, así estos sean renovables. No es posible conciliar, en última instancia, una lógica de crecimiento ilimitado, propia del capitalismo, con la existencia limitada de recursos energéticos y materiales, si tenemos en cuenta que la tierra es un sistema cerrado en términos de materia.

### **5. Trastorno climático por el uso intensivo de combustibles fósiles**

Para completar el círculo perverso, todos los elementos anteriores influyen en otra modificación de dimensiones imprevisibles, como es el trastorno climático. Utilizamos este nombre para enfatizar que no puede seguir considerándose como un simple cambio, porque con ello se estaría indicando que es algo gradual y puramente natural. Aunque a lo largo de la historia del planeta tierra se hayan presentado incontables modificaciones climáticas, con bruscos cambios hacia épocas glaciales o calidas, todas las modificaciones anteriores tenían un origen natural. Ahora, existe un trastorno climático asociado de manera directa al uso de combustibles fósiles, especialmente del petróleo. No por casualidad, en la medida en que se llegaba al pico del petróleo han aumentado en forma proporcional las emisiones de CO<sub>2</sub> y su concentración en la atmósfera.

Algunos científicos han establecido que el clima es uno de los factores fundamentales para explicar la extraordinaria biodiversidad y, por lo mismo, sus modificaciones tienen efectos devastadores sobre variadas formas de vida. Aunque entre los climatólogos no exista consenso sobre la magnitud que tendrá el trastorno climático, muy pocos dudan que estamos asistiendo a una transformación brusca que es resultado de la acción antropica, ligada a la constitución de la moderna sociedad industrial desde finales del siglo XVIII. Esa transformación climática ya ha tenido sus primeras manifestaciones desde hace unos cuarenta años, cuando se detectó la destrucción de la capa de ozono en algunos lugares de la Antártida. En tiempos más recientes se ha incrementado el número de huracanes, cada vez más destructivos, en el Mar Caribe por el aumento de la temperatura del agua del océano, debido al efecto invernadero. Incluso, hace poco tiempo se presentó un primer huracán que azotó a las costas de España, un fenómeno nunca antes visto. En general durante el siglo XX la temperatura promedio del mundo se modificó en 0.6 grados centígrados, como consecuencia del uso de combustibles fósiles y de la producción de otros gases de efecto invernadero. Como no hay perspectivas reales en la actualidad de una reducción del empleo de esos combustibles –pese a su agotamiento irreversible–, puede predecirse con toda seguridad un aumento aún mayor de la temperatura del planeta, lo cual va a originar una catástrofe climática con efectos desastrosos, como ya se comienza a observar a nuestro alrededor.[9]

Eso se constata con los anuncios preocupantes sobre la desaparición de los páramos en Colombia, el deshielo de grandes nevados en diversos lugares de América del Sur (Argentina, Chile, Bolivia, entre otros) y el descongelamiento del casquete polar que cubre al Ártico. Hasta hace poco se predecía que este último suceso podría acontecer en 50 ó 100 años, pero los últimos estudios han indicado que eso puede ser posible en los próximos 5 ó 10 años, con devastadoras consecuencias no sólo para diferentes especies, empezando por el oso polar, sino para grandes comunidades humanas, porque el deshielo aumenta la cantidad de agua y el nivel del mar que de inmediato repercutirá en las zonas costeras habitadas, del norte de América. Al respecto, ciertos estudios anuncian que en un lapso de 50 años desaparecerán, como resultado de las modificaciones climáticas, unas 450 mil especies animales y vegetales, algo así como el 30 por ciento de todas las especies vivas actualmente existentes.

Como para sopesar el interés y las preocupaciones que esta transformación climática suscita en el capitalismo, ya hay quienes –en Estados Unidos, Rusia, Canadá y otros países– piensan que el descongelamiento del polo norte es una buena noticia porque propiciará negocios y nuevas oportunidades de obtener dividendos, al dejar un espacio libre para que por allí circulen

embarcaciones y se acorte la distancia entre ciertos lugares del norte (por ejemplo, se afirma que la distancia entre Róterdam y Yokohama se podría reducir en un 42 por ciento), al tiempo que será más barato realizar prospecciones petroleras y extraer los hidrocarburos que se encuentran en el subsuelo de esa zona ártica, congelada durante miles de años.[10] Finalmente, este optimismo cínico se sustenta en la falacia de que la economía puede crecer sin límites y superar todos los obstáculos que encuentre a su paso, incluyendo, las modificaciones climáticas.

## 6. El capitalismo y sus límites

Como acabamos de mostrar, la actual crisis es completamente distinta a todas las anteriores, en virtud de la sincronía de diversos factores, que hacen de la presente una *crisis civilizatoria*, que marca la frontera de una época histórica en la que se ha puesto en peligro la misma permanencia de la especie humana, conducida al abismo por un sistema ecocida y genocida, regido por el afán de lucro.

Sin embargo, el capitalismo pretende en forma arrogante que no existen ningún tipo de límite que impida su funcionamiento hacia el futuro inmediato, y por ello sus voceros más emblemáticos (jefes de Estado, banqueros, empresarios, economistas) proponen como recuperación de la economía más de lo mismo, es decir, un regreso a las pautas de crecimiento económico existente antes de que comenzara la crisis, esto es, más producción en gran escala de mercancías, con derroche de materia y energía, para que se sigan consumiendo y se reactive la economía en su conjunto. Efectivamente, el capitalismo no va a desaparecer en esta crisis, por la sencilla razón que, por lo menos por ahora, no se dibuja en el horizonte una fuerza alternativa que lo derrote, pero esto no quiere decir que vaya a seguir funcionando “armónicamente” como antes, porque debe afrontar límites infranqueables, que como nunca antes la crisis civilizatoria actual ha puesto al orden del día y no pueden eludirse.

Entre dichos límites debe mencionarse los siguientes:

- el *límite energético*, relacionado con el agotamiento del petróleo, el gas y el carbón y cuando no emerge a la vista una alternativa real a esos combustibles fósiles, lo cual indica que la sociedad del automóvil y de las ciudades iluminadas no tiene perspectivas de mantenerse en el largo plazo, aunque de seguro se va extender en los próximos años, con lo cual se estará metido con plena certeza, para usar una metáfora del mismo medio automovilístico, en un carro de alto cilindraje pero sin combustible para andar;
- el límite *científico y tecnológico*, que en la práctica supone reconocer el carácter restringido y relativo de cualquier solución basada en los desarrollos de la ciencia y la tecnología como panacea que va a solucionar cualquiera de los problemas creados por la sociedad capitalista, los cuales incluso, en muchos casos, son causados y agravados por los mismos inventos tecnológicos o los descubrimientos científicos, lo que se ejemplifica con el caso del automóvil, considerado hoy, con toda razón, como uno de los peores inventos de todos los tiempos;
- el *límite ambiental*, que resulta del hecho comprobado que los recursos naturales se encuentran en un momento crítico, en razón del ritmo desenfrenado de explotación a que han sido sometidos en los últimos decenios, junto con la extinción de miles de especies, y aunque esto último no parece preocupar al capitalismo, éste si debe enfrentar la perspectiva poco halagadora de mantener unos irracionales ritmos de producción y consumo que no pueden ser satisfechos ante la disminución real de los recursos materiales que posibilitan la producción;
- el *límite demográfico*, como producto del crecimiento de la población, que se apiña en grandes urbes de miseria, y cuya mayoría soporta deplorables condiciones de vida —mientras recibe mensajes ideológicos y propagandísticos de que las cosas van a mejorar para los exitosos y

triunfadores— y que deben luchar por participar en la repartición de un pedazo de la tarta, cada vez más concentrada en pocas manos, hace que tarde o temprano el capitalismo busque la reducción de población y para eso, como está demostrado hasta la saciedad, empezará por eliminar a los más pobres, como se ejemplifica hoy con las epidemias, hambrunas, guerras y otros mecanismos malthusianos de control demográfico;

- *límites sociales y laborales*, porque con la crisis se acentúan las diferencias de clases, la explotación y diversas formas de opresión que, de seguro, originarán resistencias, rebeliones, revoluciones y estallidos sociales, de los cuales no sabremos hacia donde conduzcan, pero si podemos decir que estarán presentes ante la confluencia de todas las crisis señaladas en este escrito.

En forma sintética el problema de los límites reales para el capitalismo puede expresarse con una fórmula elemental:  $I = C \times T \times P$  (*Impacto sobre la tierra = Consumo  $\times$  Tecnología  $\times$  Población*).[11] Aunque en teoría existirían varias posibilidades por parte del capitalismo para contrarrestar su impacto sobre la tierra y alargar su permanencia, en la práctica se está impulsando la reducción de la población más pobre del planeta, mientras se incrementan los niveles de consumo y el desarrollo tecnológico. Valga recordar los diferentes instrumentos de reducción demográfica en marcha en estos momentos, como las guerras, las epidemias, las nuevas enfermedades, la privatización de los servicios médicos y sanitarios, la conversión del agua en una mercancía, todos los cuales pueden considerarse como mecanismos neomalthusianos.

Con respecto a todos los elementos antes esbozados, el pensador brasileño Leonardo Boff ha entendido bien el sentido de los límites al capitalismo, resaltando la importancia decisiva de los aspectos ecológicos:

- Una naturaleza devastada y un tejido social mundial desgarrado por el hambre y por la exclusión anulan las condiciones para reproducir el proyecto del capital dentro de un nuevo ciclo. Todo indica que los límites de la Tierra son los límites terminales de este sistema que ha imperado durante varios siglos.
- El camino más corto hacia el fracaso de todas las iniciativas que buscan salir de la crisis sistémica es esta desconsideración del factor ecológico. No es una “externalidad” que se pueda tolerar por ser inevitable. O lo situamos en el centro de cualquier solución posible o tendremos que aceptar el eventual fracaso de la especie humana. La bomba ecológica es más peligrosa que todas las bombas letales ya construidas y almacenadas.[12]

Esta situación plantea la pregunta sobre la posibilidad de colapso de la civilización capitalista y con ella de la humanidad, pero esta última perspectiva sólo si no se admite la existencia de alternativas revolucionarias, imprescindibles para evitarlo. Como diría Walter Benjamin hoy la revolución es más actual que nunca para colocar los frenos de emergencia que detengan la caída rauda en el abismo e impida que el capital nos hunda en la locura mercantil que nos conduce hacia la muerte como especie y a la desaparición de diversas formas de vida.[13] Ahora bien, la posibilidad de un colapso para el sistema capitalista no quiere decir que los capitalistas del mundo vayan a renunciar a seguirlo siendo y vayan a optar por otra forma de organización social, pues está demostrado a través de la historia que el capitalismo no va a desaparecer gracias a sus propias crisis, sino por acción de sujetos colectivos, conscientes de la necesidad de superar esta forma de organización social y que actúan en consecuencia, como sucedió al estallar los procesos revolucionarios que se presentaron durante el siglo XX. Y, en ese sentido, la actual crisis no es diferente, puesto que, como modo de producción, el capitalismo va a reactivar el crecimiento por un breve tiempo, pero eso va a agravar tanto las condiciones de

reproducción del sistema como la vida de la mayor parte de la población mundial. Estas dos circunstancias son las que indican que la crisis actual, en la que confluyen todos los aspectos mencionados en este ensayo, no es otra más, pasajera y circunstancial, sino de repercusiones de largo plazo, porque su costo humano y ambiental va a incidir en la vida de millones de seres humanos, lo cual puede conducir o a un cambio revolucionario o a que se acentúen las tendencias más destructivas y criminales del capitalismo, cuyo funcionamiento se enfrenta a un límite insuperable, el fin del petróleo y el agotamiento de los recursos.

De igual forma, con la crisis civilizatoria ya no se presenta sólo un desplome económico al que sigue una rápida recuperación, sino que por el contrario se asiste, como ahora, a un deterioro incontrollable de las condiciones naturales y sociales de la producción, motivado por la acción del mismo capitalismo, aunque eso no impida que en el cortísimo plazo algunas fracciones del capital alcancen ganancias extraordinarias, como resultado del acaparamiento, la especulación o la inversión en actividades relacionadas con la misma crisis, tal como la compra de empresas petroleras o de automóviles. En pocas palabras, la crisis civilizatoria “es silenciosa persistente, caladora y su sorda devastación se prolonga por lustros o décadas, marcados por estallidos a veces intensos, pero no definitivos, que en la perspectiva de la cuenta larga configuran un periodo de crisis epocal”. [14]

Y este carácter insoluble de la *crisis civilizatoria* plantea la urgencia de un cambio revolucionario para sustituir al capitalismo si es que la humanidad quiere tener un mañana. Esto exige la construcción de otra civilización distinta al capitalismo que recobre los valores de la justicia, la igualdad, el valor de uso, la solidaridad, la fraternidad y otro tipo de relaciones con la naturaleza y que rompa con el culto al consumo, a la mercancía y al dinero. Eso supone reconocer la existencia de límites de diversa clase para los seres humanos: naturales, materiales, energéticos, económicos, tecnológicos y sociales que tornan imposible un crecimiento ilimitado, como el postulado por el capitalismo realmente existente, y que hoy se exalta como el milagro salvador que va a sacar al capitalismo de la crisis, y que pretende estar por encima de cualquier tipo de condicionamiento para sostener que no hay ningún tipo de barrera, ni natural ni social, que pueda impedir una expansión incontenible de la acumulación de capital.

Un movimiento anticapitalista en las actuales circunstancias de *crisis civilizatoria* debe plantearse una estrategia doble, que es complementaria y no antagónica: uno, impulsar todas las medidas indispensables para mejorar las condiciones de vida de la población pobre mediante la redistribución mundial y nacional de la riqueza que permitan romper con la injusticia y la desigualdad de clase, sin que esto se de por la órbita mercantil que privilegia el afán de lucro sino mediante la recuperación del valor de uso, la solidaridad y la fraternidad, todo lo cual sólo puede hacerse con una revolución que posibilite el control de los medios de producción por los productores asociados que, por supuesto, requiere como condición fundamental la “expropiación de los expropiadores”; y dos, replantear en forma radical la noción de progreso tecnológico, proponiendo un programa político y económico que cuestione la producción mercantil y todos sus efectos ambientales y energéticos.

Esto, desde luego, supone todo un reto ideológico y político para afrontar la crisis porque implica que las *izquierdas históricas* deben romper con su inveterado culto al progreso, a las fuerzas productivas y a los artefactos tecnológicos generados por el capitalismo, lo cual requiere de un nuevo tipo de educación y politización, porque “es imprescindible refundar un movimiento comunista rojo-verde, que ponga en el centro de su actividad política las medidas ambientalistas radicales”. [15]

En esta dirección, hoy ante la crisis civilizatoria se precisa complementar dos tipos de crítica: la de Marx a la explotación de los trabajadores y otra, más reciente del ecologismo anticapitalista, a la destrucción de las condiciones que permiten la reproducción de la vida. Y esta

doble crítica debería recobrar la indignación, aquella que Marx mostró cuando denunció que la búsqueda insaciable de plusvalía por parte de los capitalistas degrada las relaciones humanas y esa misma indignación se requiere para enfrentar las consecuencias de la crisis ambiental y la transformación climática, ya que “frente a esta posibilidad de una gran perturbación que pondría en peligro la base material de la reproducción social, los sectores dominantes de la burguesía han caído aún más bajo, en una degradación moral sin precedentes, que pone en peligro el futuro de la humanidad en su temerario intento de continuar las prácticas productivas que han creado esta situación”.[16]

Con relación a esta decadencia moral e histórica de las clases dominantes que representan a un régimen económico y social que puede catalogarse como un *capitalismo senil*, es imprescindible reivindicar otra ética, la de los límites y la de la autocontención, que deben llevar a plantear la urgencia del decrecimiento en algunos lugares del mundo (en los países altamente industrializados), junto con la redistribución económica allá y en el sur del mundo, como resultado de una modificación revolucionaria en las relaciones de propiedad, como un proyecto político, colectivo y urgente, que claramente reivindique la superación del capitalismo porque solamente una ruptura con su culto al crecimiento, su consumismo exacerbado y su productivismo sin límites, puede evitar la catástrofe. Porque, en pocas palabras, “la dinámica del capitalismo de consumo masivo desemboca en la aberración de un planeta para usar y tirar. Frente a esto el ecologismo es insurgente: ¡la Tierra no es desechable!”.[17] Por ello, como dicen Adolfo Gilly y Rhina Roux “en el mundo de hoy, razonar con lucidez y obrar con justicia conduce a la indignación, el fervor y la ira, allí donde se nutren los espíritus de la revuelta. Pues el presente estado del mundo es intolerable; y si la historia algo nos dice es que, a su debido tiempo, no será más tolerado”.[18]

En efecto, la historia está abierta y que se consolide otra forma de sociedad depende, en última instancia, de la capacidad de refundar un proyecto anticapitalista de tipo ecosocialista por todos los sujetos que creen que otro mundo es posible y necesario, y que tal vez podría expresarse de manera sintética en la actualización de una célebre máxima revolucionaria, de esta manera: “Ecosocialismo o barbarie tecnofascista”.

Artículo enviado por el autor para su publicación en *Herramienta*.

[1] Mike Davis, *Planeta de ciudades de la miseria*, Madrid, Editorial Foca, 2007.

[2] Richard C. Duncan, “La teoría de Olduvai. El declive final es inminente”, en [www.crisisenergetica.org/ficheros/TeoriaOlduvaiFeb2007.pdf](http://www.crisisenergetica.org/ficheros/TeoriaOlduvaiFeb2007.pdf)

[3] Juan Jesús Bermúdez, “Julio de 2008, cenit del petróleo” en *Rebelión*, junio 22 de 2009.

[4] Pedro Prieto y Manuel Talens, “Michael Moore y el caso de la General Motors: ¿Se avecina el fin del capitalismo?”, en *Rebelión*, junio 12 de 2009.

[5] Richard Duncan citado en Ramón Fernández Durán, *El crepúsculo de la era trágica del petróleo*, copia a máquina, pág. 1.

[6] Joel K. Bourne, “El fin de la abundancia. La crisis alimentaria mundial”, en *National Geographic en Español*, junio de 2009, págs. 44-45.

[7] Michael Klare, *Planeta sediento, recursos menguantes. La nueva geopolítica de la energía*, Barcelona, Ediciones Urano, 2008, págs. 207 y ss.

[8] Fondo Mundial por la Naturaleza, Informe de Planeta Vivo, 2006 y 2008, págs. 2-3; Edward O. Wilson, *El futuro de la vida*, Barcelona, 2002, Círculo de Lectores, pág. 54.

[9] Federico Velásquez de Castro, *25 preguntas sobre el cambio climático. Conceptos básicos del efecto invernadero y del cambio climático*, Le Monde Diplomatique, Buenos Aires, 2008.

[10] Ver al respecto Mckenzie Funk, “El Ártico en conflicto”, en *National Geographic en Español*, mayo de 2009, págs. 30 y ss.

[11] Susan George, *El informe Lugano*, Barcelona, Editorial Icaria, 2002.

[12] Leonardo Boff, “El camino más corto hacia el fracaso”, *Rebelión*, abril 26 de 2009.

[13] Cf. Jared Diamond, *Colapso*, Editorial Debate, Madrid, 2005, y Franz J. Broswimmer, *Extinción. Breve historia de la extinción en masa de las especies*, Pamplona, Laetoli, 2005.

[14] Armando Bartra, “Achicando la crisis. De la crisis múltiple a la recesión”, *La Jornada*, junio 28 de 2009.

[15] Mauricio Schoijet, *Límites del crecimiento y cambio climático*, México, Siglo XXI Editores, 2008, pág. 344.

[16]. *Ibid.*, pág. 341.

[17]. Jorge Riechmann, *Gente que no quiere viajar a Marte. Ensayos sobre ecología, ética y autolimitación*, Madrid, Ediciones La Catarata, 2004. pág. 113.

[18]. Adolfo Gilly y Riox, “Capitales, tecnologías y mundos de la vida. El despojo de los cuatro elementos”, en *Herramienta*, N° 40, marzo de 2009, pág. 38.

## Ecosocialismo: hacia una nueva civilización

### Löwy, Michael

Nació en Brasil en 1938, hijo de inmigrantes judíos vieneses. Se graduó en Ciencias Sociales en la Universidad de San Pablo en 1960, y se doctoró en la Sorbona, bajo la dirección de Lucien Goldmann, en 1964. Vive en París desde 1969. Es director de investigación emérito en el Centre National de la Recherche Scientifique (Centro Nacional de Investigación Científica); fue profesor en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales). Sus obras han sido publicadas en 24 idiomas. Entre sus libros más recientes se encuentran *Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa central* (1988); *Rebelión y melancolía. El romanticismo como contracorriente de la modernidad* (1992); *Walter Benjamin: aviso de incendio* (2001); *Kafka, soñador insumiso* (2004); *Sociologías y religión. Aproximaciones insólitas* (2009); Ediciones Herramienta y El Colectivo publicaron, en 2010, su libro *La teoría de la revolución en el joven Marx*. Es miembro del consejo editor de la Revista Herramienta, donde ha realizado numerosas contribuciones.

Herramienta 42

Las presentes crisis económica y ecológica son parte de una coyuntura histórica más general: estamos enfrentados con una crisis del presente modelo de civilización, la civilización Occidental moderna capitalista/industrial, basada en la ilimitada expansión y acumulación de capital, en la “mercantilización de todo” (Immanuel Wallerstein), en la despiadada explotación del trabajo y la naturaleza, en el individualismo y la competencia brutales, y en la destrucción masiva del medio ambiente. La creciente amenaza de ruptura del equilibrio ecológico apunta a un escenario catastrófico –el calentamiento global– que pone en peligro la supervivencia misma de la especie humana. Enfrentamos una crisis de civilización que demanda un cambio radical.[1]

*Ecosocialismo* es un intento de ofrecer una alternativa civilizatoria radical, fundada en los argumentos básicos del movimiento ecológico, y en la crítica marxista de la economía política. Oponer al *progreso destructivo* capitalista (Marx) una política económica basada en criterios no monetarios y extraeconómicos: las necesidades sociales y el equilibrio ecológico. Esta síntesis dialéctica, intentada por un amplio espectro de autores, desde James O'Connor a Joel Kovel y John Bellamy Foster, y desde André Gorz (en sus escritos juveniles) a Elmar Altvater, es al mismo tiempo una crítica de la “ecología de mercado”, que no desafía el sistema capitalista, y del “socialismo productivista”, que ignora la cuestión de los límites naturales.

Según James O'Connor, el objetivo del socialismo ecológico es una nueva sociedad basada en la racionalidad ecológica, en el control democrático, en la equidad social, y el predominio del valor de uso sobre el valor de cambio. Agregaría que este objetivo requiere: a) propiedad colectiva de los medios de producción –“colectiva” quiere decir propiedad pública, cooperativa o comunitaria–; b) planificación democrática que permita a la sociedad definir metas de inversión y producción; y c) una nueva estructura tecnológica de las fuerzas productivas. En otros términos: una transformación social y económica revolucionaria.[2]

El problema con las tendencias dominantes de la izquierda durante el siglo XX –la socialdemocracia y el movimiento comunista de inspiración soviética– fue la aceptación del modelo de fuerzas productivas realmente existente. Mientras la primera se limita a una versión reformada –a lo sumo keynesiana– del sistema capitalista, el segundo desarrolló una forma colectivista –o capitalista de Estado– de productivismo. En ambos casos, la cuestión del medio ambiente quedó descartada, o fue marginada.

Los propios Marx y Engels no ignoraban las consecuencias ambientales destructivas del modo de producción capitalista: hay varios pasajes en *El capital* y otros escritos que muestran esta comprensión.[3] Creían además que el objetivo del socialismo no era producir cada vez más mercancías, sino dar a los seres humanos tiempo libre para el pleno desarrollo de sus potencialidades. De modo que ellos tienen poco en común con el “productivismo”, esto es, con la idea de que la ilimitada expansión de la producción es un objetivo en sí mismo.

Sin embargo, hay algunos pasajes en sus escritos que parecen sugerir que el socialismo permitiría el desarrollo de las fuerzas productivas más allá de los límites impuestos a estas por el

sistema capitalista. Según este enfoque, la transformación socialista solo tendría que ver con las relaciones de producción capitalistas, convertidas en un obstáculo para el libre desarrollo de las fuerzas productivas existentes (se suele decir que las “encadena”); el socialismo significaría sobre todo la *apropiación social* de estas capacidades productivas, que las pondría al servicio de los trabajadores. Para citar un pasaje del *Anti-Dühring*, un trabajo canónico para varias generaciones de marxistas: el socialismo permitiría “que la sociedad, abiertamente y sin rodeos, tome posesión de esas fuerzas productivas que ya no admiten más dirección que la suya”.<sup>[4]</sup>

La experiencia de la Unión Soviética ilustra los problemas que se derivan de una apropiación colectivista del aparato de producción capitalista: desde el comienzo, predominó la tesis de la socialización de las fuerzas de producción existentes. Es cierto que, durante los primeros años tras la Revolución de Octubre, pudo desarrollarse una corriente ecológica y algunas (limitadas) medidas proteccionistas fueron tomadas por las autoridades soviéticas. Sin embargo, con el proceso de burocratización stalinista, las tendencias productivas, en la industria y la agricultura, fueron impuestas con métodos totalitarios, en tanto los ecologistas fueron marginados o eliminados. La catástrofe de Chernobil es un ejemplo extremo de las desastrosas consecuencias que tuvo la imitación de las tecnologías productivas de Occidente. Un cambio en las formas de propiedad que no sea seguido por la gestión democrática y la reorganización del sistema productivo solo puede llevar a un final terrible.

Los marxistas pueden inspirarse en lo que destacaba Marx en relación con la Comuna de París: los trabajadores no pueden tomar posesión del aparato del Estado capitalista y ponerlo a funcionar a su servicio. Deben “demolerlo” y reemplazarlo por una forma de poder político radicalmente diferente, democrático y no estatal.

Lo mismo es aplicable, *mutatis mutandis*, al aparato productivo: por su naturaleza, su estructura, no es neutral, sino que está al servicio de la acumulación de capital y de la ilimitada expansión del mercado. Está en contradicción con las necesidades de protección del ambiente y de la salud de la población. Es preciso, por lo tanto, “revolucionarlo”, en un proceso de transformación radical. Esto puede significar cancelar ciertas ramas de la producción: por ejemplo, las plantas nucleares, algunos métodos masivos/industriales de pesca (responsables por el exterminio de varias especies en los mares), la tala destructiva de selvas tropicales, etcétera (¡la lista es muy larga!). En cualquier caso, las fuerzas productivas, y no solo las relaciones de producción, deben ser transformadas profundamente, comenzando por una revolución del sistema energético, reemplazando los actuales recursos –esencialmente fósiles– responsables de la contaminación y envenenamiento del ambiente, por otros renovables, como el agua, el viento y el sol. Por supuesto, muchos logros científicos y tecnológicos modernos son valiosos, pero el sistema de producción debe ser transformado en su conjunto, y esto solo puede hacerse a través de métodos ecosocialistas, esto es, a través de una planificación democrática de la economía que tenga en cuenta la preservación del equilibrio ecológico.

El tema de la energía es decisivo para este proceso de cambio civilizatorio. Las energías fósiles (petróleo, carbón) son grandes responsables de la contaminación del planeta, como ocurre con el desastroso cambio climático; la energía nuclear es una falsa alternativa, no solo por el peligro de nuevos Chernobils, sino también porque nadie sabe qué hacer con las miles de toneladas de desperdicio radioactivo –tóxicos durante cientos, miles y en algunos casos millones de años– y las masas gigantescas de plantas obsoletas contaminadas. La energía solar, que nunca despertó mucho interés en las sociedades capitalistas, por no ser “rentable” ni “competitiva”, se convertiría en un objeto de investigación y desarrollo intensivo, y jugaría un papel central en la construcción de un sistema de energía alternativo.

Sectores enteros del sistema productivo deberían ser suprimidos o reestructurados, y otros nuevos deben desarrollarse, bajo la necesaria condición de pleno empleo para toda la fuerza

laboral, en iguales condiciones de trabajo y salario. Esta condición es esencial, no solo porque es un requerimiento de la justicia social, sino para asegurar el apoyo de los trabajadores al proceso de transformación estructural de las fuerzas productivas. Proceso que es imposible sin el control público sobre los medios de producción y planificación, es decir, sin decisiones públicas sobre inversión y cambio tecnológico, que deben tomarse de los bancos y empresas capitalistas para ponerlos al servicio del bien común de la sociedad.

La sociedad misma, y no un pequeño grupo de propietarios oligárquicos –ni una élite de tecno-burócratas– deben poder elegir, democráticamente, qué líneas productivas han de privilegiarse, y cuántos recursos deben invertirse en educación, salud o cultura. Los precios de los propios bienes no deben quedar librados a las “leyes de oferta y demanda” sino, hasta cierto punto, determinados de acuerdo con opciones políticas y sociales, así como con criterio ecológico, imponiendo impuestos a ciertos productos y precios subsidiados para otros. En términos ideales, a medida que avance la transición hacia el socialismo, cada vez más productos y servicios se distribuirían libres de cargo, de acuerdo con el deseo de los ciudadanos. Lejos de ser algo “despótico” en sí misma, la planificación es el ejercicio, por la sociedad toda, de sus libertades: libertad de decisión, y liberación de las alienantes y cosificadas “leyes económicas” del sistema capitalista, que determina la vida y muerte de los individuos, y los encierra en una “jaula de hierro” económica (Max Weber). La planificación y la reducción de las horas de trabajo son los dos pasos decisivos de la humanidad hacia lo que Marx llamó “el reino de la libertad”. Un incremento significativo del tiempo libre es una condición para la participación democrática del pueblo trabajador en la discusión democrática y el manejo de la economía y la sociedad.

La concepción socialista de planificación no es más que la radical democratización de la economía: si las decisiones políticas no deben ser dejadas en manos de una pequeña élite de gobernantes, ¿por qué no aplicar el mismo principio a las decisiones económicas? Estoy dejando de lado el tema de la proporción específica entre planificación y mecanismos de mercado: durante los primeros pasos de una nueva sociedad, los mercados mantendrían ciertamente un lugar importante, pero al avanzar la transición hacia el socialismo, la planificación se volvería cada vez más predominante, a expensas de la ley del valor de cambio.

En tanto en el capitalismo el valor de uso es solo un medio, a veces un engaño, al servicio del valor de cambio y la ganancia –lo que explica, dicho sea de paso, por qué tantos productos en la sociedad son sustancialmente innecesarios–, en una economía socialista planificada el valor de uso es el único criterio para la producción de bienes y servicios, con consecuencias económicas, sociales y ecológicas de largo alcance. Como observó Joel Kovel: “El acrecentamiento de los valores de uso y la correspondiente reestructuración de las necesidades se convierten ahora en los reguladores sociales de la tecnología, en lugar de ser esta, como bajo el capital, conversión de tiempo en plusvalía y dinero”.<sup>[5]</sup>

En una producción racionalmente organizada, el plan concierne a las principales opciones económicas, no a la administración de restaurantes, verdulerías y panaderías, negocios pequeños, empresas de artesanos o servicios. Es importante enfatizar que la planificación no es contradictoria con la autogestión por los trabajadores de sus unidades de producción: mientras que la decisión de transformar una planta automotriz en una que produce colectivos y tranvías es tomada por la sociedad como un todo mediante el plan, la organización interna y el funcionamiento de la planta estarán democráticamente manejados por sus propios trabajadores. Mucho se ha discutido sobre el carácter “centralizado” o “descentralizado” de la planificación, pero puede decirse que la cuestión es realmente el control democrático del plan a todos los niveles, local, regional, nacional, continental y, esperemos, internacional: temas ecológicos como el calentamiento global son planetarios y solo pueden ser tratados a escala global. Se podría llamar esta propuesta “*planeamiento democrático global*”; y es bastante opuesta a lo que usualmente se describe

como “planificación central”, dado que las decisiones económicas y sociales no son tomadas por algún “centro”, sino democráticamente decididas por la población en cuestión.

Una planificación ecosocialista está basada entonces en un debate pluralista y democrático, en todos los niveles donde las decisiones deben ser tomadas: las diferentes propuestas son sometidas a la gente en cuestión, bajo la forma de partidos, plataformas, o cualquier otro movimiento político, y de acuerdo con esto se eligen delegados. Sin embargo, la democracia representativa debe ser completada –y corregida– por una democracia directa, donde la gente directamente elige –nivel local, nacional y, por último, global– entre grandes opciones sociales y ecológicas: ¿el transporte público debe ser gratis? ¿Deben impuestos especiales los dueños de autos privados pagar para subsidiar el transporte público? ¿Debe la energía solar ser subsidiada para que compita con la energía fósil? ¿Deben reducirse las horas de trabajo semanal a 30, 25 o menos horas, aunque esto signifique la reducción de la producción? La naturaleza democrática de planificación no es contradictoria con la existencia de expertos, pero el papel de estos no es decidir, sino presentar sus puntos de vista –a veces distintos, si no contradictorios– a la población y dejar que esta elija la mejor solución.

¿Qué garantía hay de que la gente vaya a tomar decisiones ecológicas correctas, al precio de dejar de lado algunos hábitos de consumo? No existe una “garantía” que no sea apostar a la racionalidad de las decisiones democráticas, una vez que el poder del fetichismo de la mercancía esté roto. Por supuesto, existirán errores en las opciones populares, pero ¿quién cree que los expertos mismos no cometen errores? Uno no puede imaginar el establecimiento de dicha nueva sociedad sin que la mayoría de la población haya logrado, por sus luchas, su propia educación, y experiencia social, un alto nivel de conciencia socialista/ecológica; y esto hace razonable suponer que los errores, incluyendo decisiones que son inconsistentes con las necesidades del medio ambiente, van a corregirse. De cualquier modo, ¿no son acaso las alternativas propuestas –el mercado ciego, o una ecológica dictadura de “expertos”. mucho más peligrosas que el proceso democrático, con todas sus contradicciones?

El pasaje del “progreso destructivo” capitalista al ecosocialismo es un proceso histórico, una transformación permanentemente revolucionaria de la sociedad, de la cultura y de las mentalidades. Esta transición debe llevar, no solo a un nuevo modo de producción y a una sociedad igualitaria y democrática, sino también a un *modo de vida* alternativo, a una nueva *civilización* ecosocialista, mas allá del reino del dinero, mas allá de los hábitos de consumo artificialmente producidos por la publicidad, y mas allá de la producción sin límites de mercancías innecesarias y/o nocivas para el medio ambiente. Es importante enfatizar que semejante proceso no puede comenzar sin una transformación revolucionaria en las estructuras sociales y políticas, y el apoyo activo, por una vasta mayoría de la población, a un programa ecologista. El desarrollo de la conciencia socialista y la preocupación ecológica es un proceso, donde el factor decisivo es la propia experiencia de lucha popular, desde confrontaciones locales y parciales al cambio radical de la sociedad.

¿Hay que promover el desarrollo, o se debe elegir el “decrecimiento”? Me parece que ambas opciones comparten una concepción meramente cuantitativa del “crecimiento” –positivo o negativo– o de desarrollo de las fuerzas productivas. Hay una tercera postura, que me parece más apropiada: una *transformación cualitativa* del desarrollo. Esto significa poner fin al monstruoso despilfarro de recursos del capitalismo basado en la producción a gran escala de productos innecesarios y/o nocivos: las industrias de armamentos de son un buen ejemplo de esto, pero una gran parte de los “bienes” producidos en el capitalismo –con sus inherentes obsolescencias– no tienen mas utilidad que generar ganancias para las grandes corporaciones. La cuestión central no es el “consumo excesivo” en abstracto, sino el prevaleciente *típo* de consumo, basado como está en la apropiación ostentosa, el desperdicio masivo, la alienación mercantilista, la obsesiva

acumulación de bienes, y la compulsiva adquisición de seudonovedades impuestas por la “moda”. Una nueva sociedad orientaría la producción hacia la satisfacción de bienes auténticos, comenzando con aquellos que podrían describirse como “bíblicos” –agua, comida, ropa, hogar– pero incluyendo también servicios básicos: salud, educación, transporte, cultura.

Obviamente, los países del Sur, donde estas necesidades están lejos de ser satisfechas, van a necesitar de un nivel de “desarrollo” mucho mayor que los países avanzados industrialmente: construcción de rutas, hospitales, sistemas de cloacas, y otras infraestructuras. Pero no hay razón por la cual esto no pueda llevarse a cabo con un sistema productivo que sea amigable con el ambiente y que esté basado en energías renovables. Estos países necesitarán cultivar grandes cantidades de comida para nutrir su población hambrienta, pero esto puede ser mucho mejor alcanzado –como los movimientos campesinos organizados en el mundo en la red *Via Campesina* han estado reclamando por años– por una agricultura campesina biológica basada en unidades familiares, granjas cooperativas o colectivistas, mas que por los métodos destructivos y antisociales de empresas industriales/ganaderas, basadas en el uso intensivo de pesticidas, químicos y OGMs (Organismos Genéticamente Modificados). En vez del monstruoso sistema actual de endeudamiento y de explotación imperialistas de los recursos del Sur por parte de los países capitalistas/industriales, debería haber una corriente de ayuda tecnológica y económica desde el Norte hacia el Sur, sin que sea necesario –como algunos puritanos y ascéticos ecologistas parecen creer– que la población en Europa o Norteamérica “reduzca su calidad de vida”: solo deberán privarse del consumo obsesivo, inducido por el sistema capitalista, de mercancías inútiles que no corresponden a ninguna necesidad real.

¿Cómo distinguir las necesidades auténticas de las artificiales, falsas y provisionales? Las últimas son introducidas por la manipulación mental, esto es, la publicidad. El sistema publicitario ha invadido todas las esferas de la vida humana en las sociedades capitalistas modernas: no solo en cuanto al alimento y la ropa, sino también a los deportes, la cultura, la religión y la política que son moldeadas de acuerdo con sus reglas. Ha invadido nuestras calles, casillas de correo electrónico, pantallas de televisión, periódicos, paisajes, de un modo permanente, agresivo e insidioso que definitivamente contribuye a hábitos de consumo indudables y compulsivos. Además, desperdicia una cantidad astronómica de petróleo, electricidad, tiempo de trabajo, papel, químicos, y otras materias primas -todas pagadas por los consumidores- en una rama de producción que no es solo innecesaria desde el punto de vista humano, sino directamente contrapuesta a las necesidades reales de la sociedad. Mientras la publicidad es una dimensión indispensable de la economía de mercado capitalista, no tendría lugar en una sociedad en transición al socialismo, donde sería reemplazada por información sobre bienes y servicios facilitados por asociaciones de consumo. El criterio para distinguir una necesidad auténtica de una artificial, es su persistencia después de la supresión de la publicidad (¡Coca-Cola!). Por supuesto, durante algunos años, los hábitos de consumo persistirán; y nadie tiene el derecho de decirle a la gente cuáles son sus necesidades. El cambio en los patrones de consumo es un proceso histórico, así como un desafío educativo.

Algunas mercancías, como el auto individual, implican problemas más complejos. Los autos particulares son un problema público: matan y lesionan anualmente a miles de personas a escala mundial, contamina el aire en las grandes ciudades –con directas consecuencias para la salud de los niños y ancianos– y contribuyen de manera significativa al cambio climático. Sin embargo, responden a necesidades reales, al transportar a la gente a sus trabajos, casas o actividades de ocio. Experiencias locales en algunas ciudades europeas con administraciones con cuidados ecológicos muestran que es posible –con aprobación de la mayoría de la población– limitar progresivamente el porcentaje de automóviles individuales en circulación a favor de colectivos y tranvías. En un proceso de transición al ecosocialismo, donde el transporte público –

subterráneo o no— estaría ampliamente extendido y sería gratuito para los usuarios, y donde los peatones y ciclistas tendrían sendas protegidas, el auto privado tendría un papel mucho menor que en la sociedad burguesa, donde se ha convertido en una mercancía fetiche —promovida con una incisiva y agresiva publicidad—, un símbolo de prestigio, un signo de identidad (en los Estados Unidos, la licencia de conducir es un documento de identidad reconocido) central en la vida personal, social y erótica.

El ecosocialismo está basado en una apuesta que ya había promovido Marx: el predominio, en una sociedad sin clases y liberada de la alienación capitalista, del “ser” por encima del “tener”; vale decir, de *tiempo libre* para la realización personal mediante *actividades* culturales, deportivas, lúdicas, científicas, eróticas, artísticas y políticas, en lugar del deseo de poseer una infinidad de productos. La adquisición compulsiva es inducida por el fetichismo de la mercancía inherente al sistema capitalista, por la ideología dominante y por la propaganda: no existe ninguna prueba de que esto sea parte de la “eterna naturaleza humana”, como el discurso reaccionario quiere hacernos creer. Como Ernest Mandel enfatizó:

La continua acumulación de cada vez más mercancías (con una “utilidad marginal” decreciente) no es de ninguna manera una característica universal o incluso predominante de la naturaleza humana. El desarrollo de talentos e inclinaciones por su propio bien; la protección de la salud y la vida; el cuidado de los niños; el desarrollo de ricas relaciones sociales [...]; todos estos factores se convierten en motivaciones fundamentales una vez que las necesidades materiales básicas han sido satisfechas.[6]

Esto no significa que no surgirán conflictos, particularmente durante el proceso de transición, entre los requerimientos de la protección del ambiente y las necesidades sociales, entre los imperativos ecológicos y la necesidad de desarrollar infraestructuras básicas, particularmente en los países pobres, entre los hábitos de consumo populares y la escasez de recursos. ¡Una sociedad sin clases no es una sociedad sin contradicciones ni conflictos! Estos son inevitables: resolverlos será la tarea de una planificación democrática, en una perspectiva ecosocialista, liberada de los imperativos del capital y la obtención de ganancias, mediante una discusión abierta y pluralista, que desemboque en la toma de decisiones por la misma sociedad. Esta democracia arraigada y participativa es el único camino, no de prevenir errores, sino de permitir la autocorrección, por parte de la colectividad social, de sus propios errores.

¿Es esta una utopía? En su sentido etimológico —“algo que existe en ningún lado”—, ciertamente lo es. ¿Pero no son las utopías visiones de un futuro alternativo, imágenes deseadas de una sociedad diferente, un aspecto necesario de cualquier movimiento que quiere desafiar el orden establecido? Como explicó Daniel Singer en su testamento literario y político, *Whose Millenium?*, en un intenso capítulo titulado “Utopía realista”:

si el *establishment* ahora se ve tan sólido, a pesar de las circunstancias, y si el movimiento obrero o la izquierda en general están tan incapacitados, tan paralizados, es por la inaptitud para ofrecer una alternativa radical. [...] La regla básica del juego es que no se cuestione ni lo fundamental del argumento ni los fundamentos de la sociedad. Solo una alternativa global, que rompa con esas reglas de resignación y abdicación, puede dar al movimiento emancipatorio un impulso genuino.[7]

La utopía socialista y ecológica es solo una posibilidad objetiva, no el inevitable resultado de las contradicciones del capitalismo, o de las “leyes de hierro de la historia”. No es posible predecir el futuro sino en términos condicionales: ante la ausencia de una transformación ecosocialista, de un cambio radical en el paradigma civilizatorio, la lógica del capitalismo llevará al planeta a desastres ecológicos dramáticos, amenazando la salud y la vida de billones de seres humanos, y tal vez hasta la supervivencia de nuestra especie.

\* \* \* \*

Soñar y luchar por una nueva civilización no significa que no se pelee por concretas y urgentes reformas. Sin ninguna ilusión en un “capitalismo limpio”, uno debe tratar de ganar tiempo, y de imponer, a los poderes existen, algunos cambios elementales: la prohibición de HCFCs que están destruyendo la capa de ozono, una moratoria general en organismos genéticamente modificados, una drástica reducción en la emisión de gases con efecto invernadero, el desarrollo del transporte público, los impuestos para autos contaminantes, el reemplazo progresivo de camiones por trenes, una regulación severa de la industria pesquera, así como del uso de pesticidas y químicos en la producción agroindustrial. Estos y otros temas similares están en el corazón de la agenda del *Global Justice Movement* y el Foro Social Mundial, que han permitido, desde Seattle en 1999, la convergencia de movimientos sociales y ambientales en una lucha común en contra del sistema.

Estas urgentes demandas ecosociales pueden llevar a procesos de radicalización, a condición de no aceptar que se limiten sus objetivos conforme a los requerimientos del “mercado (capitalista)” o de la “competitividad”. De acuerdo a la lógica de lo que los marxistas llaman “un programa transicional”, cada pequeña victoria, cada avance parcial puede llevar inmediatamente a una demanda mayor, a un objetivo más radical.

Dichas luchas alrededor de temas concretos son importantes, no solo porque las victorias parciales son bienvenidas en sí mismas, sino también porque contribuyen a aumentar la conciencia social y ecológica, y porque promueven la actividad y autoorganización desde abajo: ambos son precondiciones decisivas y necesarias para una transformación radical del mundo, es decir, revolucionaria.

No hay razón para el optimismo: las entrelazadas élites gobernantes del sistema son increíblemente poderosas y las fuerzas radicales de oposición aún son chicas. Pero constituyen la única esperanza de que el catastrófico curso del “crecimiento” capitalista sea detenido. Walter Benjamin no definió la revolución como la locomotora de la historia, sino como el acto por el cual la humanidad acciona los frenos de emergencia del tren antes de caer al precipicio...

Artículo enviado por el autor, traducido del inglés para *Herramienta* por María Luján Veiga.

[1] Un notable análisis de la lógica destructiva del capital puede encontrarse en Joel Kovel, *The Enemy of Nature. The End of Capitalism or the End of the World?*, N.York,; Zed Books, 2002. [Edición en castellano: *El enemigo de la naturaleza. ¿El fin del capitalismo o el fin del mundo?*, Buenos Aires, Asociación Civil Tesis 11, 2005.]

[2] John Bellamy Foster usa el concepto de “revolución ecológica”, pero argumenta que “una revolución ecológica global merecedora del nombre solo puede ocurrir como parte de una más amplia revolución social; y, yo insistiría, socialista. Dicha revolución [...] demandaría, como insistía Marx, que los productores asociados regulen racionalmente la relación metabólica del hombre con la naturaleza. [...] Debe inspirarse en William Morris, uno de los mas originales y ecologistas seguidores de Karl Marx, de Gandhi, y de otras figuras radicales, revolucionarias y materialistas, incluyendo a Marx mismo, llegando tan lejos como a Epicuro”. (“Organizing Ecological Revolution”, *Monthly Review* 57.5 (octubre de 2005), pp. 9-10).

[3] Ver John Bellamy Foster, *Marx's Ecology. Materialism and Nature*, Nueva York, Monthly Review Press, 2000.

[4] F.Engels, *Anti-Dühring*, París, Ed. Sociales, 1950, p. 318. [Hay muchas ed. en castellano; cf.: México, Ediciones Fuente Cultural, 1945, p. 284.

[5] Joel Kovel, *Enemy of Nature*, p. 215 [ed. en castellano: p. 222]

[6] Ernest Mandel, *Power and Money. A Marxist Theory of Bureaucracy*, Londres, Verso, 1992, p. 206. [Hay edición en castellano: *El Poder y el Dinero. Contribución a la teoría de la posible extinción del estado*, México, Siglo Veintiuno, 1994, p. 294.

[7] D. Singer, *Whose Millenium? Theirs or Ours?*, Nueva York, Monthly Review Press, 1999, pp. 259-260.



## **La predación de la naturaleza y el territorio como acumulación\***

**Galafassi, Guido**

Doctor por la Universidad de Buenos Aires (con orientación en Antropología), además es Especialista en Cooperación y Desarrollo (Universidad de Barcelona) y Licenciado en Ecología (Universidad Nacional de La Plata). Investigador del CONICET y Profesor Asociado en la Universidad Nacional de Quilmes. Es director del Proyecto "Modos de acumulación y conflictos sociales en la Argentina Contemporánea" y Director de la Revista *Theomai*, Estudios sobre Sociedad y Desarrollo. Ha sido profesor invitado por las Universidades de Bologna, Bari, Ancona, Padova, Zacatecas, Autónoma de México y por la Universidad de Veracruz. Fue director del Programa de Extensión Nexos de Trabajo con Movimientos Sociales. Trabaja actualmente en temas vinculados con el análisis teórico y empírico de la relación entre conflictos sociales y modelos de acumulación y desarrollo.

### **Naturaleza y modernidad**

La historia del desarrollo capitalista ha estado primariamente definida por la ecuación capital-trabajo pero también por aquella otra, casi ignorada, relación capital-recursos naturales. La expansión del capitalismo es a su vez la expansión de la sociedad occidental originada en Europa, proceso que estuvo signado por la conversión de los territorios ocupados y colonizados de la periferia en dadores predominantes de materias primas que se inyectaron al proceso de acumulación de las áreas centrales. La particular conjunción entre tecnología, trabajo y territorio representa la expresión concreta para plasmar la ecuación mencionada en el ámbito de la producción social de la existencia, teniendo siempre en cuenta que en la tecnología están implicados la producción, la reproducción, el trabajo y las relaciones sociales presentes en ambas. Esta conjunción se inserta de una manera cada vez más profunda en las definiciones que atañen a la competencia internacional y constituyen pilares fundamentales en el proceso de construcción de hegemonía.

La producción siempre renovada de paradigmas tecnológicos interactúa de manera estrecha con el proceso de diseño de nuevas geografías y la transformación-creación de nuevos espacios en donde el capital puede ejercer libremente sus capacidades de dominio. Estos nuevos espacios, si bien se expresan primariamente desde un punto de vista territorial, implican obviamente un entramado de relaciones políticas, económicas, socioculturales e ideológicas, que definen un determinado patrón de apropiación de recursos que determinan el nivel de participación de los sectores dominantes en la distribución de los beneficios. Así, las disputas internas al capital se expresan cada vez más fuertemente en los terrenos relativos a la carrera por el desarrollo tecnológico y a la búsqueda de espacios, tanto en la extracción de los recursos-insumos como en la construcción de mercados en donde colocar los nuevos productos. De esta manera, mientras la naturaleza continúa constituyendo la fuente fundamental para la obtención de las materias primas, los territorios libres (liberados) para el capital (es decir, "cercados" para aquellos intereses y sectores no ligados al capital) constituyen el soporte físico-espacial indispensable para localizar la extracción de naturaleza (transformándose así la ecosistémica y biodiversa naturaleza en nada más que "recursos naturales"). Sin estos insumos indispensables, la explotación del trabajo para la obtención de la plusvalía (poniendo en marcha así el proceso de producción y reproducción de la vida moderna) sería imposible.

Es esta definición de vida moderna centrada en la sociedad industrial de mercado la que se ha encargado de eliminar cualquier objetivo más allá de la satisfacción inmediata de necesidades, haciendo que los elementos materiales de confort sean los únicos fines que quedan por conseguir, olvidándose absolutamente de que sólo son medios. El mundo que surge como resultado de esta razón pragmática es aquél en donde todo sirve para algo y tiene que ser útil para ser reconocido como real. Sólo los medios tienen un racional derecho a existir, *"la transformación total del mundo en un mundo más de medios que de fines es en sí consecuencia del desarrollo histórico de los métodos de producción"* (Horkheimer, 1969:111).

Métodos de producción basados en un predominio tal de la técnica, que tiene como resultado la instrumentalización universal del mundo, tanto de los hombres como de la naturaleza,

desechando de él todo lo que se vincule con algún fin último y que se origine en una particular comprensión de la razón que la define como un esquema pragmático de carácter instrumental. Esta sociedad industrial, al convertir los medios en fines, lo que hace es transferir el centro de gravedad de todo valor desde el acto a la potencia, de la forma a la materia, del valor añadido al material. Este materialismo se sustenta en el contrasentido de valorar los materiales por encima de la forma final cuya realización en ellos les daría su verdadera riqueza. Es decir, cosas que no tienen otro valor que el instrumental. Es esta racionalidad instrumental la que pone de manifiesto el proceso de alienación social y socio-ecológico de la sociedad moderna. Así, racionalidad instrumental es sinónimo de alienación. Es la misma razón ilustrada la que por la regresión ontológica del egoísmo individualista moderno se transforma en razón instrumental, perdiendo así todo su potencial liberador (Horkheimer y Adorno, 1969). En este contexto, al dejar la naturaleza de ser algo diferente, temido y reverenciado, se convierte en el medio de la propia realización del hombre, que usa a la naturaleza para su propia autoafirmación bajo la premisa de un progreso material sostenido hacia el infinito (Galafassi, 2006).

Razonar se convierte en conocer para dominar. La naturaleza es el refugio que el hombre encuentra y transforma para guarecerse de ella misma. La naturaleza le brinda los elementos que le aseguran al hombre mayor libertad frente a las fuerzas naturales que hasta el momento no era capaz de controlar. Pero esta transformación de la naturaleza que no tiene límites se vuelve contra sí misma y contra el hombre, pasando de una primera imagen comfortable (una naturaleza que entrega todos sus recursos al servicio del confort humano) a una segunda aterradora (una naturaleza, que degradada por la propia acción humana, ya no puede brindar confort y se vuelve hostil), todo inscripto en un mismo proceso autoalimentado y construido sobre el mismo fundamento ontológico: la mediatización del mundo a través de una razón que lo instrumentaliza para la dominación constante del hombre sobre la naturaleza. Y este dominio absoluto es el límite de la razón ilustrada que lleva indefectiblemente a la catástrofe, en donde la razón se niega a sí misma y se hace instrumento de su propio proceder.

Esta instrumentalización de la razón emergió y evolucionó dialécticamente con el gran proceso de transformación material dado en la modernidad, posible gracias a los cambios importantes que se dieron en la organización del trabajo, al pasarse de un trabajo artesanal simple a una alta especialización con la incorporación de los correspondientes cambios tecnológicos, e incrementarse, así, los niveles de explotación tanto de la propia fuerza de trabajo como de la naturaleza. Esto, a su vez, se articula con un aumento en la utilización de energía no humana, lo que ha permitido aumentar la productividad y a partir de allí generar un excedente por sobre lo necesario para reproducir la fuerza de trabajo. Este excedente ha favorecido la acumulación de instrumentos de producción que incorporan el cambio tecnológico y un creciente insumo energético, lo que a su vez vuelve a aumentar la productividad del trabajo, que permite una nueva expansión del excedente, y así sucesivamente.

Pero es esencialmente Marx (1988) quien, además de haber descrito profundamente la relación capital-trabajo, ha vislumbrado la articulación hombre-naturaleza en el proceso de trabajo y producción (aunque sin hacer ver los mecanismos de alienación presentes), inscribiéndolo dentro de la lógica de dominación de elementos tanto del mundo natural como social.

Precisamente para este autor,

"el trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza. El hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida. Al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformarla,

transforma a la vez su propia naturaleza. Desarrolla las potencias que dormitaban en ella y sujeta a su señorío el juego de fuerzas de la misma" (Marx, 1988:215).

El trabajo, entonces, es el nexo material en donde se reúnen y sintetizan el dominante accionar del hombre con el funcionamiento de la naturaleza. Es una relación fuertemente dinámica, de permanente intercambio e interacción. La sociedad modifica y es modificada, la naturaleza sufre cambios, pero a la vez reacciona transmitiendo esos cambios. El hombre administra un intercambio de materias con la naturaleza. Asimila lo que la naturaleza le brinda a través de la puesta en juego de sus capacidades corporales, su fuerza y habilidad, su intelecto e imaginación, con herramientas o máquinas, apropiándose y transformando materia para convertirla en un objeto útil a sus necesidades. Esta naturaleza modificada, a su vez, configura un nuevo entorno que actúa sobre el hombre creando nuevas condiciones. El trabajo es entonces el conjunto de acciones que ejerce el hombre con su capacidad física e intelectual, en forma directa o mediada por instrumentos, sobre la materia, cuyos efectos a su vez lo modifican. Pero esta definición abstracta del trabajo como nexo con la naturaleza debe ser contextualizada para cada situación particular. Es necesario hacer referencia a la variedad de formas que adquiere el trabajo de acuerdo con las sociedades, las culturas, las civilizaciones y los procesos de producción. El proceso de trabajo es desarrollado por individuos que se mueven en un tejido social que dicta normas y valores. De aquí la división del trabajo en la sociedad capitalista moderna en donde la especialización lleva a muy diferentes maneras de mediación entre sociedad y naturaleza. Las maneras de desenvolverse y proceder en la apropiación de los recursos naturales seguirán pautas acordadas al grupo social y al contexto económico y político en que se efectúa la acción.

Con el desarrollo de las formas productivas los procesos de mediación fueron creciendo y haciéndose más complejos. La separación de la naturaleza se hizo cada vez más intensa, creándose un ambiente humano predominantemente configurado por estructuras de origen socio-cultural.[1] La producción y reproducción en la sociedad se escalonó en diversos mecanismos interconectados. La producción material en la sociedad moderna consiste en una cadena de procesos de trabajos sucesivos y/o simultáneos, en donde los componentes de la naturaleza intervienen como tales sólo en algunos eslabones de la cadena, generalmente en el inicio. Es así que el "extrañamiento" de la naturaleza parece estar a la orden del día y es así que aparecen diferentes "servicios" para reencontrarse (vía los mecanismos del mercado, obviamente) con el mundo natural.

### **Naturaleza, producción y territorios extractivos**

El proceso de producción basado en el reinado del capital insume más que ningún otro no sólo a la naturaleza en forma de recursos naturales sino el territorio mismo, en tanto sostén complejo de todas las actividades de extracción, producción, intercambio y reproducción de la vida social. Es la propia "lucha civilizatoria" la que se despliega en la construcción y uso de este "territorio moderno", dando lugar a una conjunción dialéctica de variables, es decir a un territorio complejo en tanto necesariamente debe romper con una definición mecanicista que privilegia sólo el espacio físico desplegado como soporte inmanente de las actividades. Así, espacio material y espacio simbólico son dialécticamente sostén y creación de la historia y la cultura, al mismo tiempo que de ellos emana también el proceso de construcción de utopías colectivas y alternativas societales. En estos territorios complejos, incluso la histórica división entre lo rural y lo urbano se va desdibujando cada vez más, por cuanto a medida que crece la capacidad de aporte de capital, la posibilidad de transformación territorial es mayor así como la "fricción del espacio" disminuye sus costos. Lo urbano es relativamente cada vez más rural (vía desconcentración y acercamiento a una naturaleza más o menos construida) y lo rural asume cada vez más ciertos parámetros de lo

urbano, especialmente en lo referente a la abrumadora aportación de tecnología compleja que imprime un alto proceso de modificación del paisaje, de los ritmos de vida, y que fundamentalmente define un patrón de desarrollo cuyo eje lo marcan los grandes centros de concentración del capital mundial, actuando por tanto los territorios periféricos fundamentalmente como soporte complejo del proceso extractivo-productivo de insumos para las economías de alto nivel de consumo.

Es entonces que la historia del desarrollo de los países latinoamericanos ha sido definida primariamente por la ecuación capital-recursos naturales, por cuanto emergieron al mundo moderno con un papel predominante de dadores de materias primas, ya sea recursos minerales o agropecuarios. La particular conjunción entre tecnología y territorio constituye un eje clave de la actual competencia internacional a la vez que pilar fundamental en el proceso de construcción de hegemonía. Las disputas internas al capital, disputas por el grado de participación en la distribución de los beneficios, se expresan cada vez más fuertemente, tanto por el desarrollo tecnológico como en la carrera por la búsqueda de espacios, ya sea para la extracción de los recursos-insumos como para la construcción de mercados de consumo.

Si la propia acumulación originaria se basó en el proceso de apropiación de tierras y recursos para convertirlos en la matriz esencial de arranque del sistema capitalista de producción, su evolución posterior no estuvo tampoco ajena a esta ecuación apropiatoria. Es que la acumulación basada en la predación y la violencia sin disimulo son una de las claves del desarrollo moderno que permiten expandir en un crecimiento incesante el espacio del mercado moderno de tal manera de avanzar en el proceso de mundialización, es decir de instrumentalización de la existencia. Esta acumulación en un sector (clase social y territorio), mediada por la desposesión de otro adquiere entonces en la actualidad una evidente visibilidad, cuando el agotamiento de muchos recursos está llamando la atención incluso al propio capital[2]. Todo el tercer mundo entonces, incluida América Latina obviamente, se reconvierte una vez más (luego de los fallidos intentos de industrialización y liberación nacional de los '50 y '60) en casi nada más que oferente de espacios y territorios rurales para la extracción de hidrocarburos, minerales, biodiversidad y alimentos bajo la clásica fórmula de la división internacional del trabajo, enunciada oficialmente como el aprovechamiento de las oportunidades en base a las ventajas comparativas.

Es así que se viene definiendo toda una serie diversa de recursos estratégicos que se relacionan dialécticamente, por cuanto por un lado son aquellos que la dinámica global del capital define como recurso demandado en un momento histórico determinado y por otro como aquellos que las condiciones ecológicas regionales determinan como aptos para ser producidos o extraídos en cada lugar. El caucho es un ejemplo histórico en la América Tropical. Más contemporáneo, la explotación de los hidrocarburos y de minerales no deja de generar conflictos socio-políticos y territoriales, donde entran en juego intereses geoestratégicos norteamericanos, capitales multinacionales de base europea y gobiernos con orientación popular-reformista.[3] Sin ir más lejos, es importante no dejar pasar los importantes conflictos geopolíticos derivados por la posesión de los yacimientos de gas y petróleo en las recientes historias de Venezuela y Bolivia,[4] más la llamada Guerra del Agua, también en Bolivia,[5] o las más recientes disputas en torno a la potencial energía hidroeléctrica de los ríos patagónicos, los cuales muestran de forma elocuente lo central de esta cuestión. Primordial es también mencionar el proceso creciente de sojización de América del Sur, que arrasó con ecosistemas, agrosistemas y culturas, constituyéndose no sólo en la extracción de un recurso en base a su "oportunidad" en términos de su demanda por las naciones más industrializadas (alimento de ganado y biodiesel) sino que también en la aplicación de la tecnología más concentrada y asociada a fuertes niveles de dependencia. Alienación socio-ecológica e instrumentalización de la razón están en la base y las consecuencias de todos estos procesos.

### **Acumulación, nuevos cercamientos y naturaleza**

Resultará entonces útil retomar y rediscutir las tesis sobre la acumulación primitiva del capital (acompañando tendencias contemporáneas que se tratan más abajo), por cuanto en ésta está fuertemente presente la estrategia de la apropiación salvaje y por la fuerza tanto de las vidas humanas como del territorio y sus recursos -aunque esto siempre vaya acompañado por un proceso de legitimación ideológico, político y hasta jurídico-. En sus formas más clásicas se situaría en un supuesto “estado originario” o en todo caso como algo “externo” al sistema capitalista. De esta manera, en Marx, la acumulación “primitiva” u “original” ya tuvo lugar en los inicios de la era capitalista, siendo la propia actividad minera una de sus aristas más notables.

“El descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborigen, la conquista y saqueo de las Indias Orientales, la transformación de África en un coto reservado para la caza comercial de pieles-negras, caracterizan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos constituyen *factores fundamentales de la acumulación originaria*” (K. Marx, *El Capital*, cap. XXIV)

Su preocupación fundamental fue entonces la acumulación bajo la forma de reproducción ampliada, con un mercado consolidado en donde reinan la propiedad privada y la igualdad jurídica que aseguran una “paz de mercado”, según el credo, tanto de los economistas clásicos como de los actuales neoliberales. Pero para Marx este proceso sólo llevaría a una mayor explotación social, una mayor desigualdad y a reiteradas crisis de sobre-acumulación.

Para Rosa Luxemburgo a su vez, el curso histórico del capital se nutre de dos procesos ligados orgánicamente. Por un lado, “paz, prosperidad e igualdad” que son el reino de la producción de plusvalía y del mercado de mercancías que esconden su verdadero ser de apropiación de lo ajeno, explotación y dominio de clase, y por el otro, la relación entre el capital y las formas de producción no capitalistas, en donde reinan -ya sin disimulo- la política colonial, la guerra, la opresión y la rapiña. Y la segunda es funcional y absolutamente necesaria para la primera. “Mientras sólo consideremos, como hace Marx en el libro II del Capital, una sociedad exclusivamente compuesta de capitalista y asalariados, no encontraremos solución. Pero semejante sociedad no existe; sabemos que la producción capitalista no es la única que existe en el mundo. Tanto en el interior de las naciones capitalistas como en los países atrasados existen productores independientes -artesanos y campesinos- que no son ni asalariados ni capitalistas. Toda la historia del capitalismo se reduce a la historia de las relaciones entre la producción capitalista y el medio no capitalista que la rodea. El capitalismo necesita este medio para colocar en él sus productos, para sacar de él materias primas y para transformar a sus trabajadores en asalariados del capital, en proletarios, en carne de ganancias” (Luxemburgo, 2007:112).

Transcurrido todo el siglo XX, es fácil entonces advertir que varios de los componentes esenciales de la llamada acumulación originaria siguen vigentes de tal manera de conjugar incluso tanto las características de los inicios del capitalismo así como los mecanismos presentes en las áreas periféricas que permitieron el posterior desarrollo de aquel. El desenvolvimiento de la economía de mercado moderna (ya sea de signo conservador, liberal, social-demócrata o populista), nos ha enseñado que la acumulación basada en la predación y la violencia sin disimulo, con sus matices y variaciones, ha ido mucho más allá de sólo un “estado originario” o de sólo “algo exterior”. Y esta permanencia en la forma de construir el proceso de intercambio se ha hecho mucho más evidente con la crisis del Estado Benefactor y la emergencia, sin tapujos, de los más arraigados principios del liberalismo. Es así que asistimos a la continuación de varios aunque

renovados procesos integrantes de lo que se llamó la acumulación primitiva en tanto el mercado se expande sin cesar por el mundo.

La separación de las poblaciones respecto de sus medios históricos de producción, la aparición del trabajo asalariado y la constante reproducción de los mecanismos de acumulación, son tres de los procesos que reaparecen en forma permanente en los diversos lugares que el capital va colonizando o re-colonizando (es decir re-ocupando los espacios con renovadas formas de economía de mercado, en correlación con la evolución mundial de éste y con el progreso tecnológico) y así son mayoritariamente tratados por la bibliografía actual que rescata el análisis de la acumulación originaria (o primitiva) para el estudio de la sociedad contemporánea:

“...acumulación primitiva es una reproducción constante de la acumulación, sea en términos de la renovada separación de las nuevas poblaciones respecto a los medios de producción y subsistencia, sea en términos de la reproducción de las relaciones asalariados dentro de las establecidas relaciones del capital” (Bonefeld, 2001:11).

Son bien conocidas las consecuencias negativas que estos violentos -en la mayoría de los casos- procesos de separación causaron y siguen causando sobre las personas y comunidades asentadas en la tierras conquistadas (o re-conquistadas) por el capital. Este proceso de apropiación y separación fue y sigue siendo un mecanismo esencial para el desarrollo del capitalismo, por cuanto provee el soporte necesario tanto en fuerza de trabajo como en libertad de usufructo de los recursos espacio-territoriales presentes:

“el brutal proceso de separación de la gente respecto a sus medios de auto-provisión, conocido como acumulación primitiva, causó enormes sufrimientos materiales a la gente común. Esta misma acumulación primitiva proveyó las bases para el desarrollo capitalista” (Perelman, 2000: 13).

El hecho de que los procesos constitutivos de la acumulación primitiva no sean considerados sólo la etapa inicial del capitalismo constituye una apreciación cada vez más abundante; y es precisamente en este escrito en donde me propongo comenzar a indagar sobre la presencia de estos mecanismos de separación y usurpación en actividades contemporáneas, tomando el auge actual de la explotación minera como un ejemplo de este proceso. Es que estos mecanismos de separación y usurpación constituyen el corpus central del desarrollo de la sociedad de mercado y de su expansión, aún en las áreas conquistadas previamente por relaciones sociales de tipo capitalista pero que actualmente son reconfiguradas a partir de cambios e innovaciones en el entramado regional y mundial de las relaciones de producción y consumo. Así,

“la acumulación primitiva entonces, no es solo un período a partir del cual emergieron las relaciones sociales capitalistas. Más bien, es el acto histórico constitutivo de las relaciones sociales capitalistas como un todo. Como Marx puntualizó, esta separación ‘determina la concepción del capital’. La separación del trabajo respecto a sus condiciones y la concentración de estas en las manos de ‘no trabajadores’ postula al capital como a una forma pervertida de una práctica social humana en donde el proceso de producción domina al hombre, en lugar de ser controlado por él” (Bonefeld, 2001: 7).

Pero esta separación y apropiación no hubiera podido darse de esta manera sin el proceso de cercamiento de los bienes comunes. Efectivamente, era indispensable para las clases capitalistas nacientes desposeer de sus bienes -más bien de los bienes “comunes” que usufructuaban, más que poseían- a las clases previas, para que ellas mismas pudieran constituirse como clases propietarias y erigir a la propiedad privada como pilar fundamental e inamovible de la nueva sociedad. Este proceso de “cercamiento” de tierras de usufructo común, largamente tratado en una extensa bibliografía, fue el arranque inicial en las regiones de origen de la sociedad capitalista, la cual debió

obviamente refrendar esta expropiación construyendo un nuevo marco de justificaciones y legitimaciones de la nueva situación, es decir, construyendo un marco jurídico y un centro de poder (Estado) capaz de aplicarlo.

“El cercamiento de los bienes comunes fue la técnica mejor conocida de la acumulación primitiva. Los miembros ricos de la alta burguesía demandarían como propiedad privada, tierras que grupos de personas habían compartido previamente. Varios denunciaron esta expropiación. Marx reprodujo como eco este sentimiento, enfatizándolo, `la expropiación de los productores directos fue logrado por medio del más impiadoso barbarismo, y bajo el estímulo del más infame, el más sórdido, la más baja y la más odiosas de las pasiones. Más aún, fue legal en algún sentido. Después de todo, los campesinos no poseían derechos de propiedad en sentido estricto. Ellos solo tenían derechos tradicionales. En la medida que el mercado fue evolucionando, los más bajos de la gentry primero y los burgueses más tarde usaron el Estado para crear una estructura legal con el objetivo de abolir estos derechos tradicionales” (Perelman, 2001: 14)

Pero este proceso de cercamiento, tan característico del capitalismo en sus inicios, es uno de los componentes y procesos anunciados más arriba, que continúan sosteniéndose hasta la actualidad y se manifiestan en diversas formas de acuerdo a las particulares conjunciones de tiempo y espacio; es que “*todas las características mencionadas por Marx se mantuvieron muy presentes en la geografía histórica del capitalismo*” (Harvey, 2005:10). A estos procesos, más predominantes pero no exclusivos en áreas periféricas del sistema dominante y en buena medida correlacionados en las últimas décadas con el endeudamiento externo,[6] se los viene identificando precisamente como “nuevos cercamientos”:

“... el mayor método de los Nuevos Cercamientos es otra vez similar a los Viejos: embargando tierra por deuda. Precisamente como durante el reinado de los Tudor fueron vendidas porciones de monasterios y tierras comunales a sus acreedores; así también en el África el Asia modernos, los gobiernos acuerdan en capitalizar y racionalizar tierras de cultivo en orden de satisfacer los auditores del Fondo Monetario Internacional quienes solo concederán prestamos bajo esas condiciones. Justo como en el ochocientos, los jefes de los clanes de las tierras altas de Escocia, endeudados con comerciantes locales y banqueros, hicieron la vista gorda ante la táctica de estos de ‘limpiar’ las tierras de hombres y mujeres de sus propios clanes; los jefes locales en África y Asia intercambian los derechos a las tierras comunales por deudas insalvables. El resultado ahora como entonces son los cercamientos: la destrucción tanto interna como externa de los derechos tradicionales de subsistencia. Este es el secreto oculto en el ruido de la crisis de la deuda” (Midnight Notes Collective, 1990:4).

Pero es entonces importante advertir una diferencia sustancial entre los viejos y los nuevos procesos de cercamientos, en cuanto a qué los primeros se constituían conjuntamente con la creación -y eran el soporte inicial- de la nueva legalidad y legitimación de la sociedad de mercado, mientras que los actuales se construyen a partir de una legalidad ya constituida que no cambia en sus formas sustanciales sino solamente en sus variantes. Así mientras en los primeros cercamientos de lo que se trataba justamente era de fundar la propiedad privada como pilar fundamental de la sociedad, en la actualidad de lo que se trata es de expandir los espacios alcanzados por la propiedad privada o recuperarse en aquellos ámbitos en los cuales había tenido que ceder cierto terreno. Fueron justamente las políticas neoliberales las encargadas explícitas de llevar adelante estos objetivos en el mundo entero, avanzando más en aquellas regiones o países en donde las condiciones socio-políticas así se lo permitieron. De más está decir que Argentina fue uno de los países más adelantados en la implementación de estas recetas neoliberales en la década de los noventa (Galafassi, 2002 y 2004).

“Las formas modernas de la acumulación primitiva se desarrollan en contextos bastante diferentes de aquellos en los cuales se dieron los cercamientos ingleses o el comercio de esclavos. Más aún, para enfatizar

el carácter en común, nos permitimos interpretar los nuevos sin olvidarnos de la dura lección de los viejos. Títulos y derechos socio-económicos son en la mayoría de los casos el resultado de batallas pasadas. Las instituciones estatales han desarrollado e intentado acomodar varios de estos derechos y títulos de acuerdo a las prioridades del sistema capitalista. Los títulos y derechos garantizados por el estado de bienestar de posguerra por ejemplo, pueden ser entendidos como la institucionalización en cierta forma de bienes comunes. En conjunto con políticas de alto crecimiento, la implementación del pleno empleo y la institucionalización de acuerdos de productividad, el estado de bienestar constituyó el ajuste necesario ante las exigentes expectativas de la población luego de la segunda posguerra, la revolución rusa y el crecimiento internacional de los movimientos obreros y sindicales. Estos ‘bienes comunes’ creados en el período de posguerra fueron, por lo tanto, el objetivo en tanto modernas formas de cercamiento, del presente proyecto global neoliberal, siendo apodadas por algunos como ‘nuevos cercamientos’” (De Angelis, 2001:19).

Junto al nuevo debate sobre la acumulación originaria, la relación capital-naturaleza (inscrita claro está en el proceso de instrumentalización de la razón) constituye el otro componente clave a la hora de comprender la problemática. La teoría de la segunda contradicción del capitalismo ayuda a entender esta cuestión. Se sostiene en ella que el capital tiende a socavar sus propias bases de sustentación, por cuanto en su lógica de maximización de las ganancias no tiene en cuenta (no puede tener en cuenta, por cuanto aumentaría sus costos) la tasa de reproducción de los recursos (en el caso de recursos renovables) o el ciclo de agotamiento o perjuicio sobre el ambiente (O’Connor, 2001). Es entonces que en esta sociedad industrial y capitalista existe, además de la ya clásica primera contradicción, una segunda que hace referencia explícitamente a la explotación instrumental de la naturaleza. La muy conocida “primera contradicción” se refiere a la explotación capitalista del trabajo, al hecho de que la producción capitalista no es sólo producción de mercancías sino también explotación capitalista del trabajo (y generadora de alienación), que lleva a crisis recurrentes de realización o de “sobreproducción de capital”, por la tendencia inherente del capital de aumentar su tasa de explotación sobre el trabajo y la consecuente disminución que provoca esto sobre la demanda de productos.

Este enfoque tradicional de la crisis económica se concentra en las contradicciones inherentes a la valorización del capital, es decir al valor de cambio. De esta manera, los impactos ambientales generados por la producción y reproducción del capital no interesan, salvo en contados casos cuando entra en juego justamente el valor de cambio. Por esto, para analizar las relaciones entre sociedad, naturaleza y desarrollo es necesario considerar una de las tendencias básicas del capital que es la de debilitar y destruir sus propias condiciones de producción. Esto es justamente lo que se intenta resaltar con la teoría de la segunda contradicción. Mientras la primera contradicción del capitalismo es interna del sistema; no tiene nada que ver con las condiciones de producción, la segunda contradicción del capitalismo relacionada directamente con el valor de uso hace referencia al tamaño y contenido en valor de la canasta de consumo y la canasta de capital fijo, los costos de los elementos naturales que intervienen en el capital constante y variable, la renta de la tierra como una deducción del plusvalor, y externalidades negativas de todas clases (por ejemplo los costos de congestión en las ciudades, o de utilización de territorios y recursos contaminados, etc.) (O’Connor, 1988).

La apropiación y el uso económico autodestructivos que ejerce el capital por sobre el espacio y la infraestructura regional y por sobre el medio natural o ambiente constituyen la causa básica de la segunda contradicción. Son nítidamente autodestructivos, porque la tendencia histórica capitalista a resolver la crisis se recuesta siempre sobre los mecanismos regulatorios ejercidos por “fuera del mercado” aumentando así los costos para el conjunto. Los costos para extraer de la naturaleza los recursos necesarios, con las implicancias negativas que conlleva su agotamiento, pasan rápidamente de ser costos privados a “costos sociales”.

*La primera contradicción le pega al capital desde el lado de la demanda:* Los capitales individuales bajan costos con el fin de restablecer o defender los beneficios, el efecto involuntario que se genera es reducir la demanda de mercancías en el mercado (pues desciende el poder adquisitivo del salario, Argentina en la segunda mitad de los noventa es un intachable ejemplo) y, de esta manera descienden las utilidades realizadas. *La segunda contradicción golpea desde el lado del costo:* Cuando los capitales individuales bajan sus costos -por ejemplo cuando externalizan costos en las condiciones de producción (la naturaleza, la infraestructura regional y territorial)- con el objetivo también de restablecer o defender los beneficios, se genera, otra vez, un efecto no previsto que consiste en elevar los costos de otros capitales (y, en el caso extremo, del capital en su conjunto), reduciendo nuevamente los beneficios producidos y pasando los costos, por la degradación ambiental y el agotamiento de los recursos al conjunto de la sociedad. Las externalidades negativas (diferentes y variadas formas de contaminación hídrica y aérea, remoción de subsuelos, drástica y amplia transformación del paisaje y territorio, etc.) generadas por la minería a cielo abierto son un ajustado ejemplo de las consecuencias sobre el conjunto social generadas por la segunda contradicción.

### **Entre la desposesión y el despojo como modo de acumulación**

Vemos entonces que proceso de producción /trabajo, razón instrumental, acumulación originaria y cercamientos más el proceso de contradicción capital-naturaleza, constituyen un conjunto de elementos fundamentales para el sostén del entramado complejo en el mecanismo de saqueo y desposesión que muchos “nuevos movimientos sociales” vienen denunciando. Es que el tantas veces anunciado agotamiento de los recursos comienza a vislumbrarse como cada vez más cerca. Entender entonces el proceso de acumulación, basado en la instrumentalización de la razón, como un proceso en donde la “desposesión” ocupa un papel primordial nos permite captar más cabalmente los procesos de extracción-producción-reproducción descriptos, y se proyecta además como una categoría aglutinadora en tanto su propia enunciación refiere al acto del despojo.[7] Entendiendo por despojo al proceso por el cual las renovadas definiciones del capital avanzan por sobre las formas previas de desarrollo regional (sean estas de base capitalistas o no) recolonizando territorios y redefiniendo la explotación de sus recursos,[8] dada la persistencia y continuación de las prácticas depredatorias. Las políticas neoliberales han hecho mucho más evidente todavía este proceso.

Rescatar los procesos de la acumulación originaria implica reafirmar el carácter de proceso por el cual se produce la separación del trabajador de sus medios de producción para generar así las bases antagónicas de la sociedad capitalista. Así, por ejemplo, la ocupación y conquista gradual de las tierras más allá del Río Salado en la colonia, que se continuó con la Conquista al Desierto (asimilando desierto con Patagonia), como “tierras ganadas al indio” se identifica justamente con este proceso originario. Pero lo novedoso de la teorización actual lo constituye el hecho de remarcar que esta condición es considerada como constitutiva del modo de producción dominante, en lugar de ser solamente, o principalmente, la etapa inicial. Central será entonces resaltar el permanente y siempre renovado proceso de creciente mercantilización y cosificación de la sociedad que lleva al proceso de “fetichización de la mercancía”, en donde no sólo los productos sino también la fuerza de trabajo y la tierra funcionan como una mercancía. A su vez, pero estrechamente relacionado, la cosificación y mercantilización de la actividad productiva humana como fuerza de trabajo-salario significa que la práctica social humana se enfrenta a sus condiciones de existencia como condiciones extrañas, condiciones de explotación, por cuanto ya no le pertenecen; y por tanto se aparecen y existen como condiciones entre cosas.

“El hombre es enfrentado por las cosas, el trabajo es enfrentado por sus propias condiciones materializada en su carácter de sujetos ajenos, independientes, autónomos (que no necesita de nadie más), personificaciones, es decir, como propiedad de otro...” (Marx, 1972).

El rescatar los procesos de cercamiento característicos de las etapas clásicas del desarrollo del capitalismo y volver a situarlos en procesos actuales conceptualizándolos como nuevos cercamientos es también un elemento esencial para explicar los rumbos actuales del proceso de acumulación por desposesión y reproducción de la sociedad de mercado. Esto último, sin dudas, constituye un elemento clave a la hora de comprender más profundamente los renovados procesos de construcción de “cotos de caza” de recursos naturales y de revalorización de tierras otrora consideradas más allá de las fronteras de la rentabilidad (como lo hacen las leyes mineras arriba descriptas), que genera en consecuencia un proceso más gradual o más abrupto de degradación espacio-ambiental.

La separación mencionada entre trabajador y medios de producción, asociada a la cosificación y fetichización mercantilista, implica por lo tanto una separación, un extrañamiento cada vez mayor respecto a la naturaleza y a los valores no instrumentales de una comunidad. Es que los hombres comienzan a ser ajenos en su propia tierra; los recursos, la naturaleza y el territorio que todavía funcionaba de alguna manera como un bien común, ya deja también de serlo para convertirse, de hecho, en un nuevo bien expropiado para pasar a ser propiedad privada del capital. Más que numerosos son ya los casos (tanto en América Latina como en el resto del mundo) en los que los permisos de exploración y hasta explotación minera avasallan con las tierras en común de diversas comunidades originarias o sobre áreas de reserva de biodiversidad y hasta incluso sobre Parques Nacionales, generando además graves consecuencias indirectas a partir tanto de la destrucción directa de paisaje y territorio como por la contaminación que se esparce y expande por sobre las regiones aledañas afectando los cursos de agua (de dominio público), tierras fiscales y tierras en áreas de protección ambiental.

Cercamientos implica entonces el despojar a los hombres de su tierra, implica reconocer sólo el derecho del capital sobre la tierra y los recursos, cercando estas porciones de territorio al uso común para transformarlos en productos (mercancías). Será el capital, por lo tanto, el único en apropiarse y aprovecharse, por cuanto tierra y recursos son cada vez más una cosa, una mercancía; y las cosas en una sociedad capitalista se controlan solo a través del mercado, es decir a través del proceso de compra-venta. No está de más recalcar entonces que las tierras de las cuales son despojados o negados a asentarse los pueblos originarios, o las parcelas, fiscales o privadas que son invadidas para sojización, deforestación, exploración y explotación minera o hidrocarburífera, etcétera, o las aguas, aire y tierras que terminan siendo contaminadas por los diversos procesos extractivos-productivos representan claramente ejemplos de la validez actual de los procesos de la llamada acumulación originaria.

Separación y cercamientos son las herramientas puestas en juego en este nuevo movimiento del capital por sobre territorios que sin estar necesariamente afuera de la sociedad de consumo sí lo estaban en muchos casos fuera de los carriles centrales del mercado internacional, es decir que funcionaban en cierto sentido como territorios periféricos, lo que les permitía pasar relativamente inadvertidos frente a los procesos centrales de realización (o capitalización) de la plusvalía y les otorgaba cierto margen de libertad. La redefinición a partir de la imposición del modelo neoliberal de la Argentina como fundamentalmente un país exportador de materias primas, reconvierte a las tierras hasta hace poco consideradas “improductivas” en un nuevo foco de sumo interés para circuitos internacionales de extracción de recursos, incluido el paisaje, que está llevando a una fuerte especulación inmobiliaria sobre las tierras.

La legislación, por ejemplo, en tanto permiso, promoción y legitimación del Estado hacia los emprendimientos privados, es clara respecto al dominio y usufructo del territorio (y el subsuelo) para la exploración y explotación minera. Ya desde el Código de Minería, o la actual ley 24.196 o el Tratado Argentino-Chileno son claros a la hora de delimitar el territorio “cercado”, otorgando en concesión absoluta (con expresa prohibición hacia el Estado de intervenir) los recursos espaciales y ambientales, con el solo objetivo de facilitar la tasa incremental de ganancias. La libertad de exploración en cualquier porción del territorio, las facilidades múltiples para la extracción y comercialización, la liberación del recurso agua para su utilización indiscriminada en el procesamiento del mineral, más las facilidades para contaminar -al permitirse el uso de sustancias altamente tóxicas- son formas no del todo directas, pero sí altamente efectivas de constituir cercamientos al despojar, en beneficio del capital, vastas áreas de territorio y de recursos naturales para su uso depredatorio. Hasta las prerrogativas clásicas de un Estado-Nación son borradas, creando un supra-territorio independiente de los propios estados que delegan sus responsabilidades en pos de la “libertad de extracción y comercio”,<sup>[9]</sup> dado que, entre otras cosas, la utilidad social o pública de los recursos naturales comunes explotados no entra en juego en ningún momento, siendo de exclusiva decisión de las empresas mineras el destino dado a los metales obtenidos. Se trata claramente de un renovado diseño de cercamiento espacial (indirecto en ciertos aspectos) que desconoce los derechos de sus antiguos ocupantes, socava las bases del desarrollo territorial existente y otorga permisos y facilidades de usufructo a una actividad económica depredatoria y predominantemente concentrada en grandes capitales.

La naturaleza, de la cual el hombre es parte por su origen, se viene transformando cada vez más en un ente ajeno y dejan de ser un medio de producción y de vida en estrecha relación con el habitante-trabajador; siempre además tratada como un simple insumo, como materia prima del proceso de valorización de capital, y como un simple repositorio también de sus desperdicios y sobras. Es el proceso de maximización de ganancias lo que determina el particular papel a cumplir por cada porción de naturaleza, pero un papel contradictorio pues a la vez que constituye un elemento esencial para el inicio del proceso, se constituye también en un limitante importante, debido al inevitable socavamiento que el capital ejerce sobre sus propias bases de sustentación al no poder tener en cuenta la tasa de reproducción de los recursos o el ciclo de agotamiento o perjuicio sobre el ambiente. Esto termina generando impactos, en muchos casos irreversibles, cuyos costos los paga la sociedad en su conjunto, y a veces también el propio capital. Las actividades extractivas en general poseen la particularidad, al ser actividades de corto o mediano plazo, de generar fuertes impactos nocivos sin que el capital que lleva adelante la extracción se vea perjudicado directamente por los mismos, ya que una vez terminada la apropiación se retira a nuevos espacios a reiniciar el ciclo.

Todas las consecuencias negativas repercuten entonces en las sociedades locales y en el ambiente regional. Esto facilita el uso de procesos intensos de extracción en pos de la maximización de las ganancias, y genera el fuerte carácter de saqueo y depredación del cual es acusado por las distintas organizaciones y movimientos sociales regionales. Es así que las actividades extractivas constituyen una actividad en la cual no está presente ninguna consideración hacia la ecuación “tecnología de bajo impacto / preservación de la explotación en el tiempo” (fórmula presente en las tácticas empresariales de desarrollo sustentable), por cuanto esto implicaría aumentar los costos y disminuir las ganancias.

Y no nos olvidemos que, bajo la lógica dominante, lo primero a ser sustentable debe ser la tasa de ganancia. Por lo tanto, no es posible ninguna clase de desarrollo real y profundamente sustentable si antes no se cambia radicalmente la lógica instrumental que sostiene a toda la sociedad de mercado, porque mercado capitalista es sinónimo irremediablemente de predación y despojo.

## Bibliografía

- Bonefeld, Werner: "The Permanence of Primitive Accumulation: Commodity Fetishism and Social Constitution", en, *The Commoner* n° 2, September 2001, <http://www.thecommoner.org>.
- Chaunu, Pierre: *Historia y decadencia*. Madrid, Granica, 1991.
- De Angelis, Massimo: "Marx and primitive accumulation: The continuous character of capital's 'enclosures'", en, *The Commoner*, n° 2, September 2001, <http://www.thecommoner.org>.
- Dorfless, G.: *Naturaleza y artificio*. Barcelona, Lumen, 1972.
- Escobar de Pavón, Silvia: "Ajuste y liberalización, las causas del conflicto social", en *OSAL* n° 12, págs. 47-56, 2004.
- Federici, Silvia: "The debt crisis, Africa and the New Enclosures". *Midnight Notes* n° 10, págs. 10-17, New York, 1990.
- Galafassi, Guido: "Argentina on Fire: People's Rebellion Facing the Deep Crisis of the Neoliberal Market Economy". *Democracy & Nature*, Vol.8, N° 2, 2002, págs. 331-336 (London, UK).
- Galafassi, Guido: "Argentina: neoliberalismo, utilitarismo y crisis del Estado-nación capitalista". *Herramienta* n° 26, pp. 52-78, (Buenos Aires, Argentina, 2004).
- Galafassi, Guido: *Naturaleza, Sociedad y Alienación. Ciencia y proceso social en la modernidad*. Montevideo, Nordan-Comunida, 2006.
- Gaudin, Thierry: *Les métamorphoses du futur*. Paris, Économica, 1988.
- Gimpel, Jean: *La revolución industrial en la Edad Media*. Madrid, Taurus, 1982.
- Harvey, David: "El nuevo imperialismo. Acumulación mediante desposesión". *Herramienta* n° 29, junio 2005, págs. 7-21.
- Horkheimer, M. Y Th. Adorno: *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires, Sur, 1969.
- Horkheimer, M.: *Crítica de la razón instrumental*. Buenos Aires, Sur, 1969.
- <http://www.radiomundoreal.fm/rmr/?q=node/10102> (agosto 2008)
- Kneen, Brewster: "The geo-politics of Genetic Modified Organisms", en *Revista Theomai* n° 5, primer semestre 2002, <http://revista-theomai.unq.edu.ar>
- Kruse, Thomas: "La guerra del agua en Cochabamba, Bolivia: terrenos complejos, convergencias nuevas"; en, Enrique de la Garza Toledo (comp.), *Sindicatos y nuevos movimientos sociales en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2005.
- Lander, Edgardo: "Venezuela: proceso de cambio, referéndum revocatorio y amenazas territoriales", en *OSAL*, n° 13, págs. 57-66, 2004.
- Levidow, Les: "Holding the Green Line, Israeli Ecological Imperialism". *Midnight Notes* n° 10, págs. 23-27, New York, 1990.
- Luxemburgo, Rosa: *La acumulación del Capital*. Terramar, La Plata, 2007.
- Marx, K.: *El capital*, tomo 1. México, Siglo XXI, 1998.
- Marx, Karl & Friedrich Engels: *La ideología alemana*. Barcelona, L'Enia Editorial, 1988 (1845).
- Marx, Karl: *Theories on Surplus Values* (addenda part III), Lawrence & Wishart, London, 1972.
- Midnight Notes Collective: "Introduction to the New Enclosures". *Midnight Notes*, n° 10 (1990), págs. 1-9.
- O'Connor, James: "Capitalism, nature, socialism: a theoretical introduction". En, *Capitalism, Nature, Socialism*, n° 1, otoño de 1988.
- O'Connor, James: *Causas naturales. Ensayos de marxismo ecológico*. México, Siglo XXI, 2001.
- Perelman, Michael: *The Invention of Capitalism. The Secret History of Primitive Accumulation and Classical Political Economy*. Durham & London, Duke University Press, 2000.
- Perelman, Michael: "The Secret History of Primitive Accumulation and Classical Political Economy", en, *The Commoner* n° 2, September 2001 (<http://www.thecommoner.org>).
- Riker, David: "The struggle against enclosures in Jay, Maine", *Midnight Notes* n° 10, págs. 42-53, New York, 1990.
- Rulli, Javiera (coord.): *Repúblicas Unidas de la Soja. Realidades sobre la producción de soja en América del Sur*. Buenos Aires, GRR, 2007.
- Villegas Quiroga, Carlos: "Rebelión popular y los derechos de propiedad de los hidrocarburos", en *OSAL* n°12, págs. 27-34, 2003.

## Notas

- [1] Ya en la década del 70, G. Dorfless (1972) hablaba de los espacios sociales como un ambiente artificial, de los objetos artificiales y de una naturaleza artificializada como el ámbito que envolvía la vida urbana, llegando incluso a definir aquel momento como un período de anti-naturalidad.
- [2] Vale aclarar que este proceso de crecimiento y desarrollo basado en la desposesión, el saqueo y el pillaje no es privativo del capitalismo, aunque el ritmo y la eficiencia del actual proceso de predación es inhallable en cualquier ejemplo del pasado. De diversas formas y expresiones, se lo registra en reiteradas oportunidades en la historia de occidente. Vale citar solo algunos ejemplos, la conquista sucesiva de círculos concéntricos como nuevas zonas de pillaje en el período de la decadencia romana (cfr. Chaunu, Pierre: *Historia y decadencia*, Madrid, Granica, 1991); o la llamada "revolución industrial en la baja edad media", asentada, entre otras cosas, en otro proceso de pillaje colonial motorizado por las Cruzadas (cfr, Gimpel, Jean: *La revolución industrial en la Edad Media*. Madrid, Taurus, 1982; Gaudin, Thierry: *Les métamorphoses du futur*. Paris, Économica, 1988); o las llamadas crisis de subproducción que terminan agotando los recursos naturales, características de economías con alta predominancia del sector agrícola.
- [3] Importante aquí refrescar algunos datos. El 25% del crudo comercializado a nivel internacional en 2005 era comprado por EEUU, quien sólo representaba el 9% de la producción mundial de petróleo. La Unión Europea importa el 80% del petróleo que consume y Japón compra al exterior casi el 100%. Entre las tres potencias producen sólo el 12% del total a nivel mundial, aunque en su consumo se va el 50% del producido a nivel mundial e importan el 62% del comercio internacional (cfr., Beinstein, Jorge: "Estados Unidos en el centro de la crisis mundial", en, *Enfoques Alternativos*, n° 27, Buenos Aires, noviembre de 2004). Más concretamente, vale lo dicho por el ahora presidente saliente de los EEUU: "...America is now more dependent on foreign oil than a time in its history. In 1973, the country imported 36 percent of its oil needs. Today, the U.S. imports 56 percent of its crude oil (...) The U.S. bill for foreign oil has more than doubled from last year..." (Bush, G.W.: *On The Issues Energy*, 4president.org, <http://www.4president.org/issues/bush2000/bush2000energy.htm> 2000)
- [4] Cfr. Villegas Quiroga, Carlos: "Rebelión popular y los derechos de propiedad de los hidrocarburos", en *OSAL* n°12, pp. 27-34, 2003; Escobar de Pavón, Silvia: "Ajuste y liberalización, las causas del conflicto social", en *OSAL* n° 12, pp. 47-56, 2004; Lander, Edgardo: "Venezuela: proceso de cambio, referéndum revocatorio y amenazas territoriales", en *OSAL*, n° 13, pp. 57-66, 2004.
- [5] Kruse, Thomas: "La guerra del agua en Cochabamba, Bolivia: terrenos complejos, convergencias nuevas"; en, Enrique de la Garza Toledo (comp.), *Sindicatos y nuevos movimientos sociales en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2005.
- [6] Cfr. Riker, 1990; Federici, 1990; Levidow, 1990.
- [7] Precisamente David Harvey sostiene: "Una reevaluación general del papel continuo y persistente de las prácticas depredadoras de la acumulación primitiva u originaria a lo largo de la geografía histórica del capitalismo está, por tanto, más que justificada, como varios comentaristas

han señalado últimamente. Puesto que parece desafortunado referirse a un proceso vigente como 'primitivo' u 'original', en lo que sigue se sustituirán estos términos por el concepto de 'acumulación mediante desposesión'".

[8] Vale aclarar que este proceso de avance y reemplazo no es tampoco ninguna novedad del siglo XXI, Rosa Luxemburgo (2007) por ejemplo se refería ya a la lucha del capitalismo contra la economía natural primero y la mercantil después en términos bien parecidos.

[9] Inserto en el mismo contexto de políticas orientadas a la exportación de materias primas se encuentra el caso de la soja, en el cual varios autores también se vienen refiriendo a realidades territoriales supra-nacionales (cfr, Kneen, 2002; Rulli et al, 2008). Para ser más precisos, la multinacional biotecnológica Syngenta publicitaba sus servicios con el explícito slogan de "República Unida de la Soja" acompañado con un mapa de esta "nueva república" que abarcaba las superficies cultivadas con dicho vegetal de Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay y Bolivia ( mapa disponible en: <http://www.agropecuaria.org/analisis/RepublicaSoja.jpg> )



## Capitalismo en el País de las Maravillas

Bellamy Foster, John.

Editor del *Monthly Review*. Autor de *Marx's Ecology: Materialism and Nature* y *The Vulnerable Planet*, y co-editor de *Hungry for Profit: The Agribusiness Threat to Farmers, Food and the Environment*, todos publicados por Monthly Review Press.

Clark, Brett.

Profesor asistente de sociología en la Universidad Estatal de Carolina del Norte.

York, Richard.

Profesor asociado de sociología en la Universidad de Oregon. Es coeditor de la revista *Organization & Environment*.

En un ensayo reciente, “Economics Needs a Scientific Revolution” publicado en *Nature*, una de las principales revistas científicas, el físico Jean-Philippe Bouchaud, investigador para un banco de inversión, preguntó retóricamente “¿Cuál es el logro distintivo de la economía?” y respondió: “Sólo la recurrente incapacidad de predecir y advertir las crisis.” [1] Aunque su discusión se centra en la actual crisis financiera mundial, la observación se aplica igualmente bien a los enfoques económicos predominantes respecto del medio ambiente -según los cuales, por ejemplo, selvas antiguas son vistas como bienes no productivos a ser liquidados, y el aire limpio y el agua son bienes de lujo para que el adinerado compre indiscriminadamente.

El campo de la economía en los Estados Unidos ha sido dominado por pensadores que aceptan acriticamente el *status quo* del capitalismo y, por consiguiente, valoran al mundo natural sólo en términos de cuánto beneficio puede generar su explotación en el corto plazo. Como resultado, la incapacidad de economía establecida para hacer frente o percibir la crisis ecológica global es alarmante en su alcance y consecuencias.

Bouchaud observa con agudeza que “La supuesta omnisciencia y perfecta eficacia de un mercado libre como impulsor del funcionamiento económico, según se creía en 1950 y 1960, en retrospectiva se ve mas como propaganda anticomunista que como ciencia verosímil”. La ideología capitalista que subyace a lo económico en Estados Unidos, ha llevado a que la profesión se aleje de la realidad, volviéndose incapaz de entender muchas de las crisis que el mundo enfrenta. La obsesión de la corriente económica dominante con el crecimiento sin fin del PBI — una medida del “valor agregado”, no del bienestar humano o el bien intrínseco de ecosistemas y otras especies— y su incapacidad para reconocer el fundamental sustrato ecológico de la economía, ha provocado más que una mera incapacidad de percibir el deterioro del medioambiente global. De hecho, el problema es mucho más profundo. La economía ortodoxa, tal como el sistema capitalista al que sirve, lleva a un “*Après moi le déluge!*” [2], filosofía que es cualquier cosa menos una orientación sustentable. Como Naomi Klein ha dicho, hay algo perversamente “natural” en el *capitalismo del desastre*. [3]

### Economistas en el País de las Maravillas

En los Estados Unidos el mejor ejemplo de la inherente incapacidad de la economía ortodoxa o neoclásica para tomar en cuenta los costos ecológicos y sociales fue tal vez el trabajo de Julian Simon. En artículos e intercambios en *Science* y *Social Science Quarterly* y en su libro *The Ultimate Resource* publicado a comienzos de 1980, insistía en que no había problemas ambientales serios, que no había limitaciones ambientales a la economía o al crecimiento de la población, y que no habría falta de recursos a largo plazo. Por ejemplo, proclamaba que el Cobre podría hacerse a partir de otros metales y que sólo la masa del Universo y no la de la Tierra ponía un límite teórico a la cantidad de cobre que podría ser producido. Si el libre mercado no es encadenado —sostiene— aseguraría el progreso continuo hasta el futuro lejano. Estas y otras dudosas aseveraciones llevan

al ecologista Paul Ehrlich a referirse a Simon como “un economista en el País de las Maravillas”. [4]

Los apologistas del capitalismo siguen residiendo en el País de las Maravillas, porque sólo en el País de las Maravillas los problemas ambientales no existen realmente o pueden ser solucionados por el capitalismo, el cual también puede mejorar la calidad de vida de las masas. Bjørn Lomborg, un científico político y estadístico danés (actualmente profesor adjunto en la Copenhagen Business School), tomó la antorcha de Simon, publicando sus disparos contra el ambientalismo, *The Skeptical Environmentalist*, en 2001. Lomborg argumenta, por ejemplo, que tratar de prevenir el cambio climático podría ser más costoso y dañino que dejar que ocurra. El libro de Lomborg fue inmediatamente elogiado por los medios, a la búsqueda de una cruzada anti-ambientalista. Después de la publicación de *The Skeptical Environmentalist*, científicos ambientalistas documentaron innumerables errores (no todos involuntarios) en el razonamiento y las evidencias de Lomborg. *Scientific American* dedicó parte de su publicación a cuatro artículos de científicos de primera línea que criticaban duramente a Lomborg. Como resultado de sus serias falencias, el libro fue rechazado por la comunidad científica. Sin embargo, a despecho del firme rechazo a *The Skeptical Environmentalist* por parte de los investigadores dedicados a las ciencias naturales, todo esto sólo pareció aumentar la celebridad de Lomborg en el seno del corporativo sistema de medios audiovisuales. *The Economist* intentó promocionar el libro y sus conclusiones, proclamándolo como “uno de los libros más valiosos en la política pública” que disciparía la idea de “desastres ambientales amenazadores” y “la convicción de que el capitalismo es autodestructivo”. [5] La revista *Time* en 2004 designó a Lomborg como una de las 100 personas más influyentes en el mundo; en tanto que el diario británico *Guardian* lo etiquetó en 2008 como una de las “50 personas que podrían salvar al planeta.”

En 2003 Lomborg organizó lo que llamó el “Consenso de Copenhague” para hacer un *ranking* de los problemas más importantes del mundo. Esto se hizo mediante la redacción de una serie de informes sobre las diversas prioridades globales por un selecto grupo, en su mayoría reconocidos economistas, y el subsiguiente ordenamiento de estos problemas llevado a cabo por ocho “expertos” —todos economistas, dado que los economistas fueron declarados los únicos expertos en “priorización económica”, es decir, las decisiones referidas a dónde destinar los recursos de la sociedad. Los ocho economistas del Consenso de Copenhague, previsiblemente, ubicaron al cambio climático en o casi al final de la agenda mundial, respaldando la posición de Lomborg. [6]

El libro de Lomborg de 2007 *Cool It: The Skeptical Environmentalist's Guide to Global Warming* fue un amplio ataque al Protocolo de Kyoto y todos los intentos de llevar a cabo reducciones substanciales en las emisiones de gas invernadero. Para Lomborg el punto esencial era que “todos los principales modelos económicos revisados acuerdan en justificar una pequeña reducción de las emisiones.” El confiaba particularmente en el trabajo del economista de Yale William Nordhaus, un prominente economista que opinó en la discusión del calentamiento global oponiéndose a cualquier reducción drástica de gases y argumentando, en cambio, a favor de un lento proceso de reducción de emisiones, sobre la base de que sería económicamente más justificable. [7]

### **Economistas vs. Científicos Naturales.**

No hace falta decir que los economistas del *establishment*, casi por definición, tienden a ser ambientalistas escépticos. Pero tienen una gran influencia en la política climática como representantes del fin dominante de la sociedad capitalista, frente al cual los otros fines están subordinados. Otros científicos sociales coinciden con los economistas en aceptar la acumulación como el correcto objetivo de la sociedad o bien son en su gran mayoría excluidos del debate. En

marcado contraste, los científicos naturales y físicos están cada vez más interesados en la degradación del medioambiente del planeta, pero tienen menos influencia directa en las respuestas de la política social.

Los economistas de la corriente dominante están entrenados para la promoción de las ganancias privadas como la gran “causa principal” de la sociedad, incluso a expensas de asuntos más importantes como el bienestar humano y el medioambiente. El mercado controla todo, incluso la naturaleza. Para Milton Friedman el medioambiente no era un problema dado que tenía una respuesta simple y clara. En sus palabras: “los valores ecológicos pueden encontrar su espacio natural en el mercado, como cualquier otra demanda de consumo”. [8]

Quienes se dedican a las ciencias naturales, a diferencia de los economistas, generalmente enraizan sus investigaciones en una concepción materialista de la naturaleza y están comprometidos con el estudio de algún determinado nivel del mundo natural, cuyas condiciones están mucho más dispuestos a tomar seriamente. Están, por ello mucho menos inclinados a subestimar los problemas ambientales.

El conflicto entre economistas y científicos naturales sobre calentamiento global surge como resultado de un artículo de Nordhaus que apareció en la revista *Science*, en 1993. Nordhaus estimó que la pérdida del producto bruto mundial en 2100 a causa de la continuidad del calentamiento global tendería a ser insignificante (alrededor del 1% del PBM en 2100). Su conclusión claramente chocaba con los resultados de las ciencias naturales ya que de mantenerse la tendencia, de acuerdo con los escenarios de la *UN Intergovernmental Panel on Climate Change* (IPCC) podría llevar a un incremento de hasta el 5,8°C (10,4°F) en la temperatura global promedio, lo que para los científicos era nada menos que catastrófico para la civilización y la vida misma. Nordhaus concluía su artículo sosteniendo que intentar estabilizar las emisiones podría ser más dañino que no hacer nada. Esto provocó muchas y duras respuestas de destacados científicos naturales (en cartas a *Science*), considerando que el análisis de Nordhaus era evidentemente absurdo.

Nordhaus luego defendió sus puntos de vista entrevistando a algunos economistas y científicos influyentes, preguntándoles sobre sus mejores cálculos aproximativos y publicando los resultados en *American Scientist* en 1994. Los economistas que eligió consultar coincidían con él en que el cambio climático tendría un efecto pequeño en la economía. Sin embargo, los científicos naturales consideraron que las consecuencias eran potencialmente catastróficas. Un físico respondió afirmando que, de mantenerse las tendencias presentes había un 10 % de probabilidades de destrucción total de la civilización —y visiones semejantes serían más comunes hoy. Nordhaus señaló que los que más sabían de economía eran optimistas. Stephen Schneider, un biólogo y científico climático de Stanford (y crítico de Lomborg y Nordhaus) le contestó que quienes más conocían sobre el medioambiente estaban preocupados. Como Schneider resumió el debate en 1997 en su *Laboratory Earth*:

los economistas más convencionales (...) pensaban que este gigantesco cambio climático [un aumento en la temperatura global promedio de 6°C] —equivalente a la escala de cambio de una era de hielo a una época interglaciar en unos cien años, en lugar de miles de años— tendría sólo un pequeño impacto en la economía mundial. En esencia consideran que el paradigma de que la sociedad es casi independiente de la naturaleza”. [9]

Los economistas ortodoxos, en verdad, usualmente calculan que los costos económicos del calentamiento global en 2100 van a ser sólo unos pocos puntos porcentuales y por lo tanto casi insignificantes, incluso a niveles de cambio climático que pondría en riesgo la mayoría de las

especies “elevadas” en el planeta y la civilización humana misma, costando cientos de millones, si no billones, de vidas humanas.

El fracaso de los modelos económicos para dar cuenta de los costos humanos y ecológicos del cambio climático no debería sorprendernos. La economía burguesa tiene una cuidadosamente cultivada insensibilidad a la tragedia humana (para no hablar de la catástrofe natural) que se ha convertido casi en la definición de “la inhumanidad del hombre hacia el hombre”. Thomas Schelling, que recibiera el *Nobel Memorial Prize in Economic Sciences* del Banco de Suecia y fue uno de los ocho expertos de Lomborg en el Consenso de Copenhague, es conocido por argumentar que, como los efectos del cambio climático van a recaer desproporcionadamente en las naciones más pobres del Sur, es discutible cuántos recursos deben asignar las naciones ricas del Norte a la mitigación de la tendencia climática. Schelling, en su evaluación en el Consenso de Copenhague, ubicó al cambio climático bien al final del ranking mundial de prioridades.[10] Aquí uno no puede dejar de recordar a los planificadores del *Hudson Institute* que cuando proponían la construcción de una inmensa represa en el Amazonas a comienzos de 1970 respondieron que en efecto “si la inundación ahoga [como un crítico dijo en ese momento] algunas tribus que no fueron evacuadas porque se suponía que debían estar en un terreno más alto, o se exterminan algunas especies de la selva, ¿a quién le importa?”.[11] De igual modo, el entonces Jefe de economistas del Banco Mundial, Lawrence Summers, y ahora el más importante consejero económico de Obama, escribió un memo interno del Banco Mundial en el cual declara: “la lógica económica que está por detrás del verter una carga de desecho tóxico en el país con salarios más bajos es impecable y es algo que debemos enfrentar”. Y lo justificó argumentando: La medida de los costos de la contaminación que daña la salud depende de la pérdida de los ingresos ocasionados por el incremento de la morbilidad y mortalidad. Desde este punto de vista, una determinada cantidad de contaminación que afecta la salud debe hacerse en el país con los costos más bajos, que será el país con los menores salarios.[12]

### Descontando el Futuro

Nordhaus —hoy clasificado como uno de los más influyentes economistas de la corriente principal de calentamiento global, superando a figuras como Simon y Lomborg— ha propuesto, en su libro de 2008 *A Question of Balance: Weighing the Options on Global Warming Policies*, una estrategia de avance lento para combatir las emisiones de gas invernadero.[13] Nordhaus evidenció aquí que, a pesar de sus impresionantes títulos, cojea por la misma ideología que ha paralizado otros economistas de la corriente dominante. En esencia esto se deriva de la creencia en que el capitalismo ofrece la respuesta más eficiente a las cuestiones referidas al uso de recursos y, de hecho, una respuesta suficiente a los problemas del mundo.

*A Question of Balance* presenta un argumento económico bastante estándar sobre cómo enfrentarse al cambio climático global, aunque sea apoyado por el característico análisis de Nordhaus empleando sofisticadas técnicas de modelización. Reconoce que el cambio climático global es un problema real, y es generado por el hombre, y argumenta que es necesario alejarse lentamente de las fuentes de energía que emiten carbón. No obstante, las fallas centrales de su enfoque residen en que asigna valor al ambiente natural y al bienestar humano utilizando medidas económicas estándar que son fundamentalmente inadecuadas para semejante propósito, y no logra incorporar debidamente la posibilidad de que un colapso ecológico puede socavar completamente la economía y de hecho el mundo tal como lo conocemos. Estos fracasos, que son los de la corriente dominante de la economía, son muy evidentes en su enfoque del descuento para estimar cuánto esfuerzo debe dedicarse a reducir las emisiones de carbón. En líneas generales, Nordhaus propone que debemos invertir sólo una modesta cantidad de esfuerzo en reducir las

emisiones de carbón en el corto plazo e incrementarlo lentamente en el tiempo, porque acuerda con una alta tasa de descuento.

El asunto del descuento debe parecer esotérico para la mayoría, pero no para los economistas, y merece cierta revisión. El descuento trata básicamente de cómo valoramos el futuro en relación al presente —como si tuviera algún sentido atribuir números a dichas valuaciones. La “tasa de descuento” puede ser pensada como operando en relación inversa al interés compuesto. En tanto “el interés compuesto mide cuánto valdrán las inversiones presentes en el futuro, la tasa de descuento mide cuánto valen los beneficios futuros hoy”.<sup>[14]</sup> La estimación de la tasa de descuento está basada en dos cuestiones morales. En primer lugar, está la cuestión de cuánto valoramos el bienestar de generaciones futuras en relación a las actuales (el tiempo de tasa de descuento). Como dice Nordhaus,

Una tasa de descuento cero significa que todas las generaciones en el futuro indefinido son tratadas como iguales; una tasa de descuento positiva significa que el bienestar de generaciones futuras es reducido o “descontado” en relación con generaciones más cercanas. Una catástrofe que afecte a la humanidad dentro de 50 años, dada una tasa de descuento del 10 %, tendría un “valor presente” menor al 1 % de su costo futuro. En segundo lugar, está la cuestión de considerar cual será la riqueza de las generaciones futuras en comparación con las presentes y si es apropiado desplazar los costos del presente al futuro. Si suponemos una alta tasa de crecimiento económico en el futuro indefinido, nos inclinaremos a evitar invertir en la resolución de los problemas ahora, porque suponemos que las generaciones futuras van a ser más ricas que lo que somos hoy y eso les podría permitir abordar mejor estos problemas, aún si los problemas se tornaran sustancialmente peores.<sup>[15]</sup>

El problema de la tasa de descuento, como ha escrito el economista ambiental Frank Ackerman, es que:

es de hecho un elección; la tasa de descuento apropiada para decisiones de política económica que alcanzan a tantas generaciones no puede ser deducida de las decisiones del mercado privado hoy, o desde una teoría económica. Una tasa de descuento más baja otorga una importancia mayor a las vidas futuras y a las condiciones de vida. Para muchos, parece éticamente necesario tener una tasa de descuento cercana a cero, para respetar a nuestros descendientes y crear un futuro sustentable.<sup>[16]</sup>

De hecho, la idea de sustentabilidad es la de mantener el medioambiente *para futuras generaciones*.

El teórico de crecimiento económico Roy Harrod sostuvo en 1940 que descontar el futuro basándose en una “pura preferencia temporal” (la preferencia miope del consumo hoy dejando de lado todas las otras consideraciones) era una “denominación cortés de la rapacidad”. Una tasa de descuento alta tiende a alentar los gastos en políticas/proyectos con beneficios a corto plazo y costos a largo plazo, en oposición a otros con un alto costo inicial y una rentabilidad a largo plazo. Con el se alientan los enfoques “esperar y ver” y “ir despacio” para impedir catástrofes como el cambio climático, en vez de estimular una fuerte acción preventiva.<sup>[17]</sup>

Nordhaus, como la mayoría de los economistas de la corriente dominante, con el apoyo a una alta tasa de descuento, otorga un valor bajo al bienestar de las futuras generaciones en relación a las presentes, y asume, a pesar de una considerable incertidumbre en este sentido, que las generaciones futuras van a ser mucho más ricas que las presentes. Esto lo lleva a argumentar en contra de las grandes inversiones inmediatas para reducir el cambio climático. Es partidario de poner un impuesto al carbón de \$30 a \$50 por tonelada y aumentarlo a aproximadamente a \$85 dentro de medio siglo. Poner un impuesto al carbón a \$30 la tonelada incrementaría el precio de la gasolina a sólo 7 centavos el galón, lo cual dará un sentido al bajo nivel de importancia que Nordhaus otorga a reducir el cambio climático así como también al futuro de la humanidad y el

medioambiente. Nordhaus ha triplicado su estimación de la pérdida económica de producción global debido al cambio climático en 2100, modificando la estimación previa del 1 % al 3 % en su último estudio.[18] Aún así, dichas pérdidas son consideradas insignificantes dada una alta tasa de descuento, en comparación a los costos que hubiera ocasionado cualquier intento de reducir drásticamente el cambio climático hoy, lo que lleva a que Nordhaus defienda una respuesta débil. Nordhaus está particularmente interesado en contrarrestar los argumentos presentados en *The Economics of Climate Change* (comúnmente conocido como *The Stern Review*), el reporte escrito por Nicholas Stern (primer economista del Banco Mundial) para el gobierno británico, que defiende substanciales e inmediatas inversiones enfocados a la reducción de las emisiones de carbón. Stern, desviándose de las prácticas de los economistas más ortodoxos, utiliza una tasa de descuento baja, argumentando que es moralmente inexcusable otorgar un valor bajo al bienestar de generaciones futuras e imponer los costos de los problemas que generamos a nuestros descendientes. Nordhaus descuenta el futuro aproximadamente al 6 % anual; Stern al 1,4 %. Esto significa que para Stern tener un trillón de dólares dentro de un siglo vale \$247 billones hoy, mientras que para Nordhaus solo vale \$2.5 billones.[19] Debido a esto, Stern apoya la imposición de impuestos al carbón en más de \$300 por tonelada y el incremento a casi \$1.000 antes del fin de siglo.[20] Lomborg en el *Wall Street Journal* caracterizó el *Stern Review* como atemorizante y se refirió a él en *Cool It!* como un “informe radical,” comparándolo desfavorablemente con respecto al trabajo de Nordhaus.[21]

### El economista ingenuo

Es importante advertir que la diferencia expuesta aquí entre Nordhaus y Stern es fundamentalmente moral, no técnica. Donde primordialmente difieren no es en las concepciones científicas sobre el cambio climático, sino en las valoraciones que asumen sobre lo correcto de transferir las cargas a generaciones futuras. Esto desnuda la ideología embebida en la economía neoclásica ortodoxa, un campo que regularmente se presenta a sí mismo como usando métodos objetivos, hasta incluso naturalistas, para la modelización de la economía. Sin embargo, más allá de todas las ecuaciones y la jerga tecnológica, el paradigma económico dominante se construye sobre un sistema de valores que premia la acumulación del capital en el corto plazo, en tanto subvalúa todo lo demás en el presente *y absolutamente a todo en el futuro*.

Algunas anteojeiras son comunes en distinto grado en Nordhaus y Stern. Nordhaus propone lo que llama un “sendero óptimo” en términos económicos, dirigido a desacelerar el crecimiento de emisiones de carbón. In su “*climate policy ramp*” la reducción de emisiones comenzaría lentamente al principio para acelerarse después, pero sin embargo, eventualmente llevaría (en el próximo siglo) a una concentración atmosférica de carbón cercana a 700 ppm. Esto implica la posibilidad de que la temperatura global promedio se incremente hasta 6°C (10,8°F) por encima de los niveles preindustriales — un nivel que Mark Lynas en su *Six Degrees* compara con el sexto círculo en el *Infierno* de Dante.[22]

De hecho, con un nivel de concentración de carbón mucho menor que este, 500 ppm (asociado con un calentamiento global del orden de 3,5°C o 6,3°F), los efectos sobre la diversidad biológica mundial y sobre los seres humanos sería desastrosa. “Una estimación conservadora del número de especies que serían exterminadas (o condenadas a la extinción)” con este nivel, de acuerdo a James Hansen, director de *Goddard Institute for Space Studies* de la NASA, “es un millón.” Además, el crecimiento del nivel del mar, el derretimiento de los glaciares y otros efectos podrían afectar drásticamente cientos de millones, probablemente billones, de personas. Hansen, el climatólogo más famoso del mundo, sostiene que para evitar un cambio catastrófico, es necesario *reducir* el carbón de la atmósfera a un nivel del 350 ppm.[23]

Pero el *Stern Review*, a pesar de ser señalado como un informe “radical” y “atemorizante” por Lomborg, fija como objetivo un nivel de concentración de carbón atmosférico estabilizado en

480 ppm (550 ppm en equivalente de carbón), el cual —aunque no alcanza el pico de Nordhaus de 700 ppm (mas de 900 ppm equivalentes de carbón) — seguramente será desastroso, si se aceptan el análisis de Hansen y la mayoría de los principales climatólogos.[24] ¿Por qué un objetivo tan alto de carbón atmosférico?

La respuesta esta dada explícitamente por *Stern Review*, argumentando que la experiencia pasada muestra que una reducción de apenas el 1 % anual de las emisiones de carbón en países industriales tendría un significativo efecto negativo en el crecimiento económico. O como el *Stern Review* dice, “es difícil asegurar la reducción de emisiones mas rápido que al 1% anual excepto en momentos de recesión”. [25] Es decir que el umbral de carbón atmosférico esta determinado no de acuerdo a lo que es necesario para la sustentabilidad del medioambiente global, proteger las especies, y asegurar la civilización humana, sino por lo requerido para mantener la vitalidad de la economía capitalista.

El punto de partida que llevó a la conclusión de Summers en el memo del Banco Mundial de 1992 es de hecho el mismo que orienta los análisis tanto de Nordhaus como de Stern. Esto es, la vida humana en efecto vale solo la contribución de cada persona a la economía medida en términos monetarios. Entonces, si el calentamiento global aumenta la mortalidad den Bangladesh, lo que probablemente ocurra, esto solamente será reflejado en los modelos económicos en la medida en que las muertes de los bengalíes dañe la economía. Dado que Bangladesh es muy pobre, los modelos económicos del tipo de Nordhaus y Stern no estimarían que valga la pena prevenir muertes allí, dado que tales pérdidas aparecerían minúsculas en las mediciones. Nordhaus, de acuerdo con su análisis, iría un paso más allá que Stern y atribuiría un valor aun menor a la vida de las personas si se pierde dentro de varias décadas. Esta ideología económica, por supuesto, se extiende mas allá de la vida humana, porque todos las millones de especies en la tierra están valuadas solo si contribuyen al PBM. Así, las cuestiones éticas relacionadas con el valor intrínseco de la vida humana y de la vida de otras criaturas son completamente invisibles en los modelos económicos estándar. La creciente mortalidad humana y la aceleración de la tasa de extinciones, para la mayoría de los economistas solo son un problema si amenazan la “cuestión decisiva”. Fuera de esto son invisibles: como lo es el mundo natural como un todo.

Desde cualquier perspectiva racional, es decir, que no sea dominada exclusivamente por el objetivo económico de la acumulación de capital, estas visiones parecerían ser enteramente irracionales, si no patológicas. Para resaltar este modo de pensar en el trabajo es necesario citar un pasaje de Lewis Carroll *Through the Looking Glass*:

“¡Las mas bellas están siempre mas adelante!” (Alicia) dijo al final, con un suspiro a la obstinación de las flores de crecer tan lejos, y con sonrojadas mejillas y los cabellos y las manos empapadas, se ubico en su lugar, y comenzó a arreglar su nuevo tesoro encontrado.

¿Qué le importaba entonces que las flores hubieran comenzado a desteñirse, y a perder toda su esencia y belleza, desde el primer momento que ella los recogió? Incluso su perfume, tu sabes, duran muy poco tiempo — y estos, siendo de sueño, se derretían como la nieve, mientras se amontonaban en sus pies—pero Alicia casi no lo notaba, habían tantas otras cosas curiosas sobre las que pensar.[26]

Una sociedad que valora por sobre todo la adquisición de valores agregados abstractos, y con esa perspectiva derrama desperdicios a la naturaleza, en una búsqueda sin fin de mayor acumulación, es en definitiva una sociedad irracional. ¿Qué hace que deje desperdicios a sus pies y gire en cualquier dirección en una búsqueda sin fin por mas? La economía de la corriente dominante, irónicamente, nunca ha sido una ciencia materialista. No hay una concepción materialista de la naturaleza en lo que Joseph Schumpeter llamó su “visión preanalítica”. [27] Existe una ignorancia casi completa de la física (constantemente contradice la

segunda ley de la termodinámica) y de la degradación de la biosfera. Ve al mundo simplemente en términos de relaciones económicas en un “flujo circular” ampliado y sin fin.

La ceguera ecológica de la economía neoclásica, que excluye al planeta mismo de su visión, está bien ilustradas por un debate que se llevó a cabo en el seno del Banco Mundial, relatado por el economista ecológico Herman Daly. Según lo cuenta Daly, en 1992 (cuando Summers era el jefe de economistas del Banco Mundial y Daly trabajaba para el banco) el *World Development Report* anual estaba centrado en el tema *Desarrollo y el Medioambiente*.

Un borrador inicial contiene un diagrama titulado “La Relación entre la Economía y el Medioambiente.” Consiste de un cuadro llamado “economía,” con una flecha hacia adentro etiquetada como *inputs* y otra que flecha hacia fuera llamada *outputs* — nada más. Sugerí que la figura fallaba en mostrar el ambiente, y que hubiera estado bien incluir una caja más grande que contenga la descripta, para representar el medioambiente. De ese modo, la relación entre el medioambiente y la economía estaría más clara — específicamente, la economía es un subsistema del medioambiente, tanto como fuente de materias primas (*inputs*) y como “pileta” de residuos (*outputs*).

El siguiente borrador incluía el mismo diagrama y texto, pero con una caja sin etiqueta dibujada alrededor de la economía, como un portarretrato. Comenté que la caja más grande debía ser llamada “medioambiente” o sino era meramente decorativa, y que el texto debía explicar que la economía esta relacionada como un subsistema dentro de un ecosistema mayor y es dependiente tal como antes se dijo. El siguiente borrador omitía completamente el diagrama.[28] Por supuesto, no toda la economía es tan decididamente de otro mundo como la que acabamos de considerar. Nicholas Georgescu-Roegen, un economista crítico de la orientación anti-ecológica de la economía -y el fundador de la tradición heterodoxa conocida como economía ecológica, que construye dentro de su visión pre-analítica la noción de que la economía es de hecho materialmente limitada por la física y la ecología- explicó que el empuje continuo hacia el bienestar social y las ganancias económicas aumentaron las demandas ecológicas dirigidas a la naturaleza, expandiendo la escala de degradación ecológica. El destacó lo erróneo de la pretensión de que la economía estuviese separada de la ecología. Otros, como Herman Daly y Paul Burkett en la tradición marxista, impulsaron esta noción de economía ecologista.[29] Sin embargo, estos economistas ecológicos fueron marginados, excluidos de las grandes decisiones políticas y de la influencia académica.

### El monstruo del capital

Los economistas de la corriente dominante consideran que ellos son los que se ocupan de la ciencia del crecimiento económico. Sin embargo, el supuesto del crecimiento económico infinito, como si ese fuera el propósito de la sociedad y la vía para satisfacer las necesidades humanas, resulta ser completamente *naïf*. Como dice Daly, “una economía siempre en crecimiento es biofísicamente imposible.”[30] Que dicho supuesto es propio del País de las Maravillas resulta particularmente obvia desde que se comprende que en el basamento de la economía el medioambiente natural mismo está comprometido.

Marx no le quitó importancia a esta relación socio-económica. Puntualizó que los humanos son dependientes de la naturaleza, dado que ésta provee la energía y materiales que hacen la vida posible. En tanto el centro de los capitalistas está en el intercambio de valores y las ganancias de corto plazo, Marx explicó que la tierra es en definitiva la fuente de todas las riquezas materiales, y que necesitaba ser sostenida para “generaciones venideras”. La “conquista de la naturaleza” a través de la infinita carrera del capital que requiere la constante explotación de la naturaleza, alteró los ciclos y procesos naturales, socavando ecosistemas y causando grietas metabólicas. Engels advirtió que dichas acciones humanas dejaron una particular “estampa...

sobre la tierra” y podían causar cambios imprevistos en las condiciones naturales que exigen la “venganza” de la naturaleza. [31]

Hoy en día el dióxido de carbono está siendo añadido a la atmósfera a una velocidad acelerada, mucho más rápidamente de lo que los sistemas naturales pueden absorber. Entre el 2000 y 2006, de acuerdo con Josep G. Canadell y sus colegas en los artículos del *Proceedings of the National Academy of Sciences*, la tasa de crecimiento de las emisiones aumentaba mientras la economía global crecía y se volvía más intensiva en carbón, esto significa que las sociedades emitieron más carbón por unidad de actividad económica al principio del nuevo milenio de lo que lo hicieron en el pasado. Al mismo tiempo, la capacidad de los receptores naturales para absorber el dióxido de carbono ha decaído, dada la degradación ambiental como la deforestación. Esto contribuyó a una más dramática alza en la acumulación de carbón en la atmósfera de lo que fue anticipado.[32] El monstruo del capital sobreexplota tanto los recursos clave como los resumideros del medioambiente, socavando su capacidad para operar y proveer servicios naturales que mejoren la vida humana.

Hay muchas razones valederas para pensar que los patrones y procesos sostenidos durante el siglo pasado -por ejemplo, el crecimiento económico- no podría sostenerse durante la próxima centuria, un punto hacia el cual la actual crisis económica debería tal vez enfocar nuestra atención. La justificación del traslado de costos del presente al futuro, en base al supuesto de que las generaciones futuras serán más ricas que las presentes, es altamente dudosa. En lo referente a la economía tanto como a la ecología el futuro es altamente incierto, y las tendencias actuales claramente apuntan al desastre. Si el clima global cambia, para no mencionar otros muchos problemas ambientales interconectados que enfrentamos, planteando algunos de los efectos más catastróficos que los científicos predijeron, no sólo puede resultar obstaculizado el crecimiento, sino que la economía entera puede ser socavada, sin mencionar las condiciones de la naturaleza de las que dependemos. Por lo tanto, las generaciones futuras podrían ser mucho más pobres que las presentes y aún menos capaces de solucionar los problemas que estamos actualmente creando. Además, la creciente manía por el crecimiento de los economistas neoclásicos se centra en un tipo de cosas, principalmente bienes privados que reflejan intereses individuales, incluyendo el PBI, mientras que los bienes colectivos y los recursos comunes globales están comparativamente devaluados. Así alienta un enfoque de burbuja económica para los recursos del mundo que desde una perspectiva más profunda y duradera es insostenible.

Por todas estas razones, el actual orden económico tiende a medir mal el bienestar humano y de la tierra. En muchos aspectos, el capitalismo ha devenido un sistema fracasado en términos de ecología, economía y estabilidad mundial. Difícilmente es capaz de suministrar los bienes esenciales, y en su proceso de desenfundada adquisición socaba las perspectivas a largo plazo de la humanidad y la tierra.[33]

Si no podemos confiar en los economistas ortodoxos para prevenir las crisis en los mercados financieros, un área que está supuestamente en el centro de sus conocimientos, ¿por qué debemos confiar en ellas para prevenir crisis ecológicas, cuyo comprensión requiere de un conocimiento del medioambiente natural normalmente que no está incluido en su formación? Y que tampoco es compatible con la visión capitalista que impregna la economía establecida. Ehrlich señaló que, “la mayoría de los economistas son totalmente ignorantes de las constricciones que actúan sobre el sistema económico debido a factores físicos y biológicos” y son incapaces de “reconocer que el sistema económico está completa e irreparablemente incorporado al medioambiente” y no a la inversa. Debido a estos problemas, expresó directamente que “parece justo decir que la mayoría de los ecologistas ven, al sistema económico orientado al crecimiento y a los economistas que promocionan dicho sistema, como la más grave amenaza enfrentada por la humanidad hoy.” Más aún, “la disociación de lo económico con las

realidades medioambientales puede verse en la noción de que el mecanismo del mercado elimina completamente la necesidad de preocuparse por los recursos decrecientes a largo plazo.”[34]

### Plan B: El País de las Maravillas Tecnológico

El evidente fracaso de la economía establecida en ofrecer una solución al problema ambiental compatible con la economía capitalista ha resultado recientemente en un Plan B para salvar el sistema con la proliferación de balas de plata tecnológicas que llevarían a cabo una “revolución verde” sin alterar las relaciones sociales y económicas del sistema. Esto suele ser presentado en términos de una “estrategia de inversión” eslabonada con innovaciones *neo-schumpeterianas* de naturaleza medio-ambiental que salvarían de algún modo la situación, tanto para la economía como para la ecología, mientras se reestablece el imperio U.S. Los economistas ortodoxos asumen que el problema de los recursos de hoy va a forzar altos precios mañana y que estos precios altos van a forzar la creación de una nueva tecnología. La nueva arma propuesta por los tecnócratas ambientales es que las nuevas innovaciones que solucionarán todos los problemas están simplemente allí esperando ser desarrolladas —a condición de que se cree un mercado, usualmente con la ayuda del estado.

Dichas visiones han sido promovidas en los últimos años por figuras como Thomas Friedman, Newt Gingrich, Fred Krupp de la *Environmental Defense Fund*, y Ted Nordhaus y Michael Shellenberger del *Breakthrough Institute*. Krupp y Miriam Horn presentan esto como una cuestión de carrera competitiva entre naciones para ser los primeros en las tecnologías verdes y mercados que salvarán al mundo. “La cuestión” escriben “ya no es únicamente prevenir los impactos catastróficos del cambio climático, sino como estas naciones pueden producir, y exportar, las tecnologías verdes del siglo XXI.”[35] Estos análisis tienden a basarse en las maravillas de la tecnología y el mercado, dejando de lado las cuestiones de la física, la ecología, las contradicciones de la acumulación y las relaciones sociales. Ellos asumen que la cuestión reside en terminar con la caída de eficiencia energética, sin entender que en un sistema capitalista el crecimiento de la eficiencia normalmente lleva a un incremento de escala en la economía (y a más grietas en los sistemas ecológicos) que niega cualquier beneficio ecológico logrado (problema conocido como la paradoja de Jevons).[36]

Al igual que el *establishment* de economistas, con los que se aliaron, los tecnócratas prometen solucionar todos los problemas manteniendo las relaciones sociales intactas. Los esquemas más ambiciosos incluyen propuestas de geoingeniería masiva para combatir el cambio climático, generalmente apuntados a mejorar la reflectividad de la tierra. Estos proyectos suponen usar aviones de alto vuel, armas navales, o gigantescos globos para lanzar materiales reflexivos (aerosoles de sulfato o polvo de óxido de aluminio) en la estratosfera para refractar los rayos del sol. Hay hasta propuestas de crear “partículas diseñadas” que van a ser “auto-levitantes” y “auto-orientadas” que se desplazarán por la atmósfera sobre los polos para proveer “sombrillas” a la región polar.[37] Estos tecnócratas viven en un País de las Maravillas donde la tecnología soluciona todos los problemas, y donde nunca escucharon nada sobre el Aprendiz de Hechicero. Todo esto está diseñado para extender la conquista de la tierra más que para hacer las paces con el planeta.

### Revolución ecológica

Si es que existe un comienzo nítido para la revolución ecológica moderna, éste puede ser rastreado en el *Silent Spring* de Rachel Carson. Intentando contar lo que ella llama “estéril preocupación con cosas que son artificiales, la alienación de las fuentes de nuestra fuerza” que ha llegado a caracterizar el capitalismo del País de las Maravillas, Carson insistía que era necesario cultivar un renovado *capacidad de maravillarse* ante el mundo y los seres vivos. Pero, como ella lo

demostró a través de sus acciones, no basta con meramente *contemplar* la vida. Es necesario también *sostenerla*, lo que significa oponerse activamente a los “dioses de la ganancia y la producción” -y sus fieles mensajeros, los economistas dominantes de nuestro tiempo.

## Notas

- [1] Jean-Philippe Bouchaud, “Economics Needs a New Scientific Revolution,” *Nature* 455 (October 30, 2008): 1181.
- [2] “Después de mí, el Diluvio”. La frase se atribuye al último Rey de Francia, antes de la Revolución de 1779.
- [3] Ver Naomi Klein, *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*. Nueva York, Henry Holt, 2007. [La doctrina del Shock. El auge del capitalismo del desastre. Hay versiones en castellano]
- [4] Paul R. Ehrlich, “An Economist in Wonderland” *Social Science Quarterly* 62 (1981): 44-49; Julian L. Simon, “Resources, Population, Environment: An Oversupply of False Bad News,” *Science* 208 (June 27, 1980): 1431-37, “Bad News: Is It True?” *Science* 210 (December 19, 1980): 1305-8, “Environmental Disruption or Environmental Improvement?” *Social Science Quarterly* 62 (1981): 30-43, *The Ultimate Resource* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1981), “Paul Ehrlich Saying It Is So Doesn’t Make it So,” *Social Science Quarterly* 63 (1982): 381-5. Para las restantes discusiones entre Ehrlich y sus colegas, ver: Ehrlich, “Environmental Disruption: Implications for the Social Sciences,” *Social Science Quarterly* 62 (1981): 7-22, “That’s Right—You Should Check It For Yourself,” *Social Science Quarterly* 63 (1982): 385-7, John P. Holdren, Paul R. Ehrlich, Anne H. Ehrlich, and John Harte, “Bad News: Is It True?” *Science* 210 (December 19, 1980): 1296-1301.
- [5] Bjørn Lomborg, *The Skeptical Environmentalist*, Cambridge: Cambridge University Press, 2001; Stuart Pimm and Jeff Harvey, reseña de *The Skeptical Environmentalist*, *Nature* 414 (noviembre 8, 2001): 149-150; Stephen Schneider, John P. Holdren, John Bogaars, and Thomas Lovejoy in *Scientific American* 286, no. 1 (enero 2002), 62-72; “Defending Science,” *The Economist*, enero 31, 2002, 15-16.
- [6] Bjørn Lomborg, *Global Crises, Global Solutions*, Cambridge: Cambridge University Press, 2004, 6.
- [7] Bjørn Lomborg, *Cool It: The Skeptical Environmentalist’s Guide to Global Warming*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 2007, 37. Ver también Frank Ackerman, “Hot, It’s Not: Reflections on *Cool It*,” by Bjørn Lomborg,” *Climatic Change* 89, 2008, 435-46.
- [8] Milton Friedman en Carla Ravaioli, *Economists and the Environment*, Londres, Zed Press, 1995, 32, 64-65.
- [9] Stephen H. Schneider, *Laboratory Earth*, Nueva York: Basic Books, 1997, 129-35; William D. Nordhaus, “An Optimal Transition Path for Controlling Greenhouse Gases,” *Science* 258, noviembre 20, 1992: 1318; Stephen Schneider, “Pondering Greenhouse Policy,” *Science* 259, March 5, 1993: 1381. Tomamos esta discusión de la introducción a John Bellamy Foster, *The Ecological Revolution*, Nueva York: Monthly Review Press, 2009, 24-25.
- [10] Thomas C. Schelling, “The Greenhouse Effect”, *The Concise Encyclopedia of Economics*, <http://www.econlib.org/library/Enc1/GreenhouseEffect.html>; Schelling in Lomborg, *Global Crises, Global Solutions*, 630. Frecuentemente Schelling es “reconocido” por su colaboración con los “estrategas” de la Guerra de Vietnam.
- [11] Gordon Rattray Taylor, *The Doomsday Book*, Greenwich: Fawcett Publications, 1970, 32-33.
- [12] Luego de que el memo fuera conocido, Summers dijo que había querido ser “irónico” pero el hecho es que su posición se ajusta a lo que tanto los análisis económicos dominantes como otras declaraciones sostienen explícita y públicamente. Ver el memorandum de Summers y su crítica en John Bellamy Foster, *Ecology Against Capitalism*, Nueva York: Monthly Review Press, 2002, 60-68.
- [13] William Nordhaus, *A Question of Balance: Weighing the Options on Global Warming Policies*, Nueva Haven: Yale University Press, 2008.
- [14] Coastal Services Center, National Oceanic and Atmospheric Association, “Restoration Economics: Discounting and Time Preference,” <http://www.csc.noaa.gov/coastal/economics/discounting.htm>.
- [15] William Nordhaus, “Critical Assumptions in the Stern Review on Climate Change,” *Science* 317 (2007): 201-202; Coastal Services Center, National Oceanic and Atmospheric Association, “Restoration Economics.”
- [16] Ackerman, “Hot, It’s Not,” 443.
- [17] Roy Harrod, *Towards a Dynamic Economy*, Nueva York: St. Martin’s Press, 1948, 40; Stern, *The Economics of Climate Change*, 35-36; William Cline, “Climate Change,” in Lomborg, *Global Crises, Global Solutions*, 16.
- [18] Nordhaus, *A Question of Balance*, 13-14.
- [19] John Browne, “The Ethics of Climate Change: The Stern Review,” *Scientific American* 298, n° 6, junio 2008: 97-100.
- [20] Nicholas Stern, *The Economics of Climate Change: The Stern Review* (Cambridge: Cambridge University Press, 2007).
- [21] Bjørn Lomborg, “Stern Review: The Dodgy Numbers Behind the Latest Warming Scare,” *Wall Street Journal*, noviembre 2, 2006, and *Cool It!*, 31.
- [22] Nordhaus, *A Question of Balance*, 13-14; Simon Dietz and Nicholas Stern, “On the Timing of Greenhouse Gas Emissions Reductions: A Final Rejoinder to the Symposium on “The Economics of Climate Change: The Stern Review and its Critics,”” *Review of Environmental Economics and Policy* 3, n° 1 (invierno 2009), 138-40; Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC), *Summary for Policymakers in Climate Change 2007: Mitigation*, Cambridge: Cambridge University Press, 2007, 15; Mark Lynas, *Six Degrees*, Washington, D.C.: National Geographic, 2008, 241.
- [23] James and Annie Hansen, “Dear Barack and Michelle: An Open Letter to the President and the First Lady from the Nation’s Top Climate Scientist,” *Gristmill*, enero 2, 2009. IPCC, *Summary for Policymakers in Climate Change 2007*, 15; Stern, *The Economics of Climate Change*, 16.
- [24] IPCC, *Summary for Policymakers in Climate Change 2007*, 15; Dietz and Stern, “On the Timing,” 139; Stern, *The Economics of Climate Change*, 16. En lugar de utilizar la concentración en la atmósfera del dióxido de carbono, como Hansen y Nordhaus, el *Stern Review* pone en foco en la concentración de equivalentes del dióxido de carbón, que incluyen los seis gases invernadero de Kyoto (dióxido de carbono, metano, óxido nítrico, hidrofluorocarbónicos, perfluorocarbonados y sulfuro hexafluorídrico) expresados todos en término de cantidades equivalentes de dióxido de carbono. Para mayor claridad, aquí presentamos la concentración de dióxido de carbono y entre paréntesis la concentración correspondiente de los equivalentes del dióxido de carbono).
- [25] Stern, *The Economics of Climate Change*, 231. Ver John Bellamy Foster, Brett Clark, and Richard York, “Ecology: Moment of Truth—An Introduction,” *Monthly Review* 60, n° 3, julio-agosto 2008, 1-11.
- [26] Lewis Carroll, *The Annotated Alice: The Definitive Edition*, ed. Martin Gardner, Nueva York: Norton, 2000, 204.
- [27] Joseph A. Schumpeter, *A History of Economic Analysis*, Nueva York: Oxford University Press, 1951, 41-42.
- [28] Herman Daly, *Beyond Growth*, Boston: Beacon Press, 1996, 5-6. Daly agrega que el mismo Summers posteriormente negaba que la economía pudiera ser considerada como un subsistema de la biosfera.
- [29] Además del libro de Daly antes citado, ver Paul A. Burkett, *Marxism and Ecological Economics*. Boston: Brill, 2006.
- [30] Herman Daly, “Economics in a Full World,” *Scientific American* 293, n° 3, septiembre 2005, 102.

- [31] Karl Marx, *Capital*, vol. 1, Nueva York, Vintage, 1976, 134, 637-638 and *Capital*, vol. 3, Nueva York: Vintage, 1981, 754; Frederick Engels, *The Dialectics of Nature* Moscú: Progress Publishers, 1966, 179-180. Ver también John Bellamy Foster, *Marx's Ecology* Nueva York: Monthly Review Press, 2000, 141-77.
- [32] Josep G. Canadell, Corinne Le Quéré, Michael R. Raupach, Christopher B. Field, Erik T. Buitenhuis, Philippe Ciais, Thomas J. Conway, Nathan P. Gillett, R. A. Houghton, and Gregg Marland, "Contributions to Accelerating Atmospheric CO<sub>2</sub> Growth from Economic Activity, Carbon Intensity, and Efficiency of Natural Sinks" *Proceedings of the National Academy of Sciences* 104, n° 47 (2007): 18866-18870.
- [33] Ver John Bellamy Foster, "A Failed System," *Monthly Review* 60, n° 10 marzo 2009: 1-23.
- [34] Paul Ehrlich, "Environmental Disruption," 12-14.
- [35] Fred Krupp y Miriam Horn, *Earth: The Sequel* Nueva York: W.W. Norton, 2009, 261. Con respecto a los puntos de vista de Friedman, Gingrich, y el Breakthrough Institute ver la introducción de Foster, *The Ecological Revolution*.
- [36] Ver Brett Clark and John Bellamy Foster, "William Stanley Jevons and *The Coal Question*: An Introduction to Jevons's 'Of the Economy of Fuel,'" *Organization and Environment* 14, n° 1, marzo 2001: 93-98; Brett Clark y Richard York, "Rifts and Shifts: Getting to the Root of Environmental Catastrophe," *Monthly Review* 60, n° 8, noviembre 2008: 13-24.
- [37] David G. Victor, M. Granger Morgan, Jay Apt, John Steinbruner, y Katharine Ricke, "The Geoengineering Option," *Foreign Affairs* 88, n° 2 marzo-abril 2009, 64.

## Orígenes comunes de la crisis económica y la crisis ecológica

### Chesnais, François

Profesor emérito en la Universidad de París 13-Villetaneuse. Destacado marxista, es parte del Consejo científico de ATTAC-Francia, director de Carré rouge, y miembro del Consejo asesor de Herramienta, con la que colabora asiduamente. Es autor de *La Mondialisation du capital* y coordinador de *La finance mondialisée, racines sociales et politiques, configuration, conséquences. La finance capitaliste*, último libro bajo su dirección, acaba de ser publicado por Ediciones Herramienta. E-mail: chesnaisf@free.fr

1. Uno de los rasgos más importantes de la situación que se abrió en el 2007, es la conjunción entre la crisis económica mundial y la profundización de la crisis climática con gravísimos efectos sociales de impacto mundial. Se suma la crisis alimenticia, en gran medida provocada directamente por las políticas comerciales que se pusieron en marcha hace ya 20 años. La rapidez con que avanza la crisis climática, afectando a las poblaciones de los países más pobres y vulnerables, nos indica sufrirán los impactos combinados de la recesión mundial, del calentamiento y de los efectos de las políticas agrícolas que se impusieron a muchos países. Todo esto implica un cuestionamiento a la civilización en cuanto tal, pero es seguro que los gobiernos lo abordarán como si se tratase de mantener el orden, tanto a nivel nacional como internacional (véanse las medidas de la Unión Europea contra la inmigración). Los efectos de los cambios climáticos, así como también la resistencia popular que ellos provocarán en algunas partes del mundo, pueden ser tan fuertes que indudablemente repercutirán sobre la economía y agravarán la recesión.

2. La conjunción entre la crisis económica mundial y el avance de la crisis climática (con toda su gravedad) no es algo fortuito. Las raíces de ambas crisis son las mismas: la naturaleza del capital y de la producción capitalista. Pero esto es algo que sólo pudo verse claramente con la liberalización y la desreglamentación del capital y, consecuentemente, su completa mundialización y exacerbada financiarización. Estos son los procesos los que explican, por un lado los rasgos originales de la crisis (en la que la subproducción de mercancías y la sobreacumulación de capacidades de producción, se combinan con el desmoronamiento de un monto gigantesco de capital ficticio), y por el otro lado la aceleración de las emisiones mundiales de CO<sub>2</sub>, después y a despecho de que los efectos de esto sobre el clima fueran claramente establecidos.

3. Los tiempos del cambio climático a consecuencia de las emisiones de CO<sub>2</sub> (que éstas sean la única causa, o que vengan desde hace algunas décadas acelerando y agravando cualitativamente un ciclo climático multiseccular, no modifica en nada la naturaleza del hecho) son muy diferentes al tiempo de la acumulación a largo plazo del capital, que es también el de la acumulación de sus contradicciones internas hasta que ya no pueden ser contenida. Puede considerarse que la larga acumulación a la que puso fin la crisis comenzó a fines de los años 1950, mientras que a la producción de gas de efecto invernadero y su concentración en la atmósfera, se los hace remontar generalmente al momento de difusión internacional de la revolución industrial y la utilización de carbón a muy grande escala, a fines del siglo XIX. Son tiempos de maduración muy distintos.

4. Pero cabe hacer dos observaciones. En primer lugar, las emisiones comenzaron a incrementarse hacia el fin de los “30 gloriosos”, en los años 1970. Y sobre todo a partir de los años 1990. Precisamente cuando se publicó el primer informe del Grupo Intergubernamental de Expertos en el Cambio climático (en adelante, GIEC) comenzó esta especie de “carrera hacia el abismo” a nivel del cambio climático, cuyas consecuencias son cada vez más evidentes. Y fue también desde el comienzo de los años 1990 cuando comenzaron a utilizarse cada vez más sistemáticamente todos los mecanismos dirigidos a mantener la acumulación y detener la crisis financiera: los mecanismos que retardaron la crisis hasta su estallido en agosto de 2007 y que explican ahora su

profundidad. Volveremos sobre esto más adelante, señalando sus implicaciones a nivel ecológico (*Nota Bene*: en este artículo no abordaremos específicamente la pesada contribución que hicieron la URSS y los países del “socialismo real” del centro y este de Europa al daño ecológico. Con Claude Serfaty hemos escrito un capítulo sobre esto, en el libro colectivo coordinado por Michael Löwy y J-M. Harribey, *Capital contre nature*, Actuel Marx Confrontations, París, 2003).

### **Dos crisis con raíces comunes y consustanciales al capital**

5. Las raíces están en lo que se puede considerar “la esencia” del capital. El dinero que deviene capital debe crecer, reproducirse con ganancias, aumentar, en un movimiento que no puede tener ni fin ni límites. Recordemos a Marx, que en los *Manuscritos de 1857-58* (los *Grundrisse*) escribió que “el capital, en tanto representa la forma universal de la riqueza -el dinero-, es la tendencia sin límite y sin medida de sobrepasar su propio límite. Si no dejaría de ser capital, dinero que se produce a si mismo”. O también en *El Capital* cuando insiste en decir que “la producción no es más que la producción para el *capital* y no a la inversa, los medios de producción no se amplían en beneficio de la *sociedad* de los productores” (subrayados de Marx). Para crecer, el capital debe producir y apropiarse indefinidamente del valor y de la plusvalía. Lo que también significa que debe sacar los recursos del suelo y el subsuelo ilimitadamente, tal y como ha hecho desde que se constituyó como modo de producción abarcando países enteros y, más aún, cuando comenzó su expansión mundial.

6. La expresión “producción por la producción” que ahora se escucha con frecuencia, requiere algunas precisiones. Para poner fin al “productivismo”, en primer lugar hay que comprender bien su naturaleza y resortes. Está en la esencia del capital apropiarse de la plusvalía. Lo que supone primero reunir trabajadores en empresas, organizar la actividad productiva lo mas eficazmente que se pueda y aumentar la productividad, al mismo tiempo que se limita al máximo la suba de los salarios. Y supone luego vender el producto en de mercancía, haciendo todo lo posible por convencer a la gente para que las compre. El “productivismo” se asienta en muy fuertes mecanismos que buscan la “aprobación” social:

- Algunos de estos mecanismos tienen que ver con la venta y la compra de la fuerza de trabajo, con el hecho de que son las empresas (y más allá de ellas, el funcionamiento general del capitalismo) las que deciden quien tiene o no trabajo, con qué grado de seguridad y con qué nivel salarial. La mejor manera de obtener la “aprobación” a este nivel, vale decir, de garantizar la docilidad de los trabajadores, siempre fue actuar de modo tal que las empresas entren en competencia, en lo posible aguda. Mientras más compitan las empresas, más en competencia estarán también los trabajadores por los puestos de trabajo. Efectivamente, para cada núcleo diferenciado de producción y de apropiación de plusvalía, para cada empresa, la competitividad pasa por la reducción de lo que se llama “costo del trabajo”. Y la mayor garantía de que estos dos niveles interconectados de competencia “funcionen bien” es liberalizar los intercambios. Esto es lo que el capital viene haciendo desde hace 40 años en el marco de la Unión Europea y a nivel mundial con el tratado de Marrakech y la cooptación de China a la Organización Mundial de Comercio.
- Los otros mecanismos de creación de “aprobación” (aprobación forzada) tienen que ver con el acondicionamiento de los asalariados y de toda la población para que compren. Es preciso que las mercancías que encierran la plusvalía sean vendidas y lanzadas al mercado en la mayor cantidad posible. Para eso deben ser “cosas útiles”: pueden ser auténticamente útiles para quienes las compran, mercancías que responden a sus necesidades... Pero es preciso que sean

“útiles” por sobre todo en el sentido de que permitan la realización de la plusvalía. En realidad, un conjunto de factores (simplificando, digamos la repartición desigual de los ingresos entre clases sociales y países y también sencillamente la saturación) hacen que la dimensión del mercado tenga límites. Es preciso entonces que el capitalismo haga de todo para correrlos. Lo que le importa es que las mercancías que contienen plusvalor tengan *la apariencia* de “cosas útiles”, pues para el capital la “utilidad” es lo que permite obtener ganancias y proseguir el proceso infinito de valorización. Las empresas se han convertidos en maestras en el arte de demostrar (a quienes tienen poder de compra) que las mercancías que les proponen son “útiles”.

7. Ya avanzamos bastante en la comprensión de las raíces comunes de la crisis en tanto crisis de sobreacumulación y sobreproducción y del agotamiento de los recursos del planeta. Y de todo lo que acabamos de explicar se desprende que el movimiento de acumulación, cuyo motor es la necesidad de valorización infinita e ilimitada del capital conduce *simultáneamente*:

- a la sobreacumulación de medios de producción (la sobre inversión) y a la resultante superproducción de mercancías;
- a la existencia de una situación de desocupación endémica;
- a un inmenso desperdicio de recursos no renovables, desperdicio continuado porque es tan consustancial al capitalismo como la superproducción.

8. La racionalidad propia del capital conduce a distintas expresiones de profunda irracionalidad social y ambiental entre las cuales se conforman procesos interactivos agravantes. Citemos uno. Cada empresa ve a los asalariados como un costo que es preciso reducir, pero al hacerlo “serruchan la rama” en la que estas empresas están colectivamente sentadas. Mucho antes que Keynes, Marx escribió:

Cada capitalista sabiendo que no ocupa frente a su obrero la posición del productor frente al consumidor, busca limitar al máximo su capacidad de cambio, su salario, pero desea naturalmente que los trabajadores de los otros capitalistas consuman tanto como sea posible su mercancía. El movimiento del capital agrava el problema de la realización de la plusvalía y simultáneamente debe acentuar los esfuerzos para hacer que quienes tienen sus necesidades saturadas, compren productos socialmente inútiles. Esta contradicción alojada en el corazón de la relación entre el capital y el trabajo, es una de las expresiones del hecho de que “la verdadera barrera de capital es el capital mismo”. Quienes son las personificaciones del capital no pueden comprenderlo, mucho menos aceptarlo en caso de llegar a presentirlo. Tampoco pueden sacar la conclusión de que un sistema cuyo corazón es la ilimitada valorización del dinero, es un sistema mortífero.

### **Aspectos específicos de la configuración del capital y el “crecimiento” desde los años 1990**

El primer informe del GIEC es de 1990. Planteó una constatación y formuló una serie de previsiones, que no fueron posteriormente desmentidas. Confirmó las informaciones sobre cambio climático ya conocidas por los científicos desde hacía varios años. En 1992 las Naciones Unidas adoptaron una “Convención sobre los cambios climáticos”, que entró en vigor en marzo de 1994. Posteriormente, cada nuevo informe del GIEC no hizo más que confirmar las conclusiones de los precedentes y achicar los límites temporales. Sin embargo, poco o nada se hizo. Y los hechos que vinieron a “desmentir” las previsiones de los científicos, lo hicieron siempre en el sentido de la aceleración de los procesos, sobre todo en lo relativo al derretimiento de los glaciares africanos y andinos, y de la banca ártica y antártica. A pesar de las advertencias,

ninguna medida de alcance real fue adoptada e implementada por los gobiernos ni, por supuesto, los grupos industriales y financieros con mayor responsabilidad directa en las decisiones económicas que influyen en la intensidad y estructura del consumo energético. Esto se explica parcialmente por el fuerte interés de estos grupos en prolongar sus actuales fuentes de ganancia. Pero la explicación más profunda de la “carrera hacia el abismo” está dada por los desarrollos que vinieron a exacerbar los procesos básicos que acabamos de presentar.

10. Es obligatorio considerar la esencia de el capital al nivel de abstracción que antes utilizamos. Pero es preciso también aprehenderlo en las configuraciones organizativas que en cada momento esboza. En el actual estadio del capitalismo, estas configuraciones son por supuesto los grandes grupos de la energía, la industria y la gran distribución: todas son sociedades transnacionales (SNT). Sin embargo, desde hace 30 años, son también y sobre todo las sociedades financieras, los grandes bancos, las sociedades de seguros, los fondos de pensión por capitalización y los fondos de colocación financiera (*Mutual funds* o SICAV), los llamados “inversores institucionales”. Su poderío está basado en la centralización de dinero que busca valorizarse con la forma de préstamos y colocaciones, la forma llamada “capital con interés”. Una parte de tal dinero proviene de ganancias no invertidas, otra de las ventas (la más importante de las cuales es la renta petrolera) y finalmente de obligaciones institucionales, como es el caso de los fondos de pensión por capitalización. Sea cual fuere su origen, el dinero centralizado se confía a los gestores de fondos. Se convirtieron en un componente central del capital contemporáneo gracias a un conjunto de instituciones, en primer lugar los mercados financieros y especialmente la Bolsa, y gracias también a mecanismos tales como la “gobernanza de empresas” en provecho de los accionistas. Es preciso ver lo que esto implica.

11. El punto de partida del ciclo de valorización del capital es el dinero  $D$  y su punto de llegada es más dinero  $D'$ . Quienes por así decirlo personifican  $D$  (el dinero en toda su “pureza”) fueron siempre quienes lo poseían, lo centralizaban o lo “creaban” mediante el crédito. Luego de un paréntesis de aproximadamente 40 años (entre mediados de los años 1930 y mediados de los 1970), se volvió a esa situación. El poder capitalista decisivo pasó nuevamente a manos de los financistas, de los poderosos gestores de los fondos de pensiones y de colocación financiero. La liberalización, la desreglamentación y la mundialización contemporánea les abrieron un espacio de valorización planetaria. Los fondos son la materialización de un capital que posee, más que en cualquier momento anterior, los atributos de una fuerza impersonal dirigida exclusivamente hacia su auto valorización y su auto reproducción. Extrema movilidad de los flujos de capital, gran flexibilidad en las operaciones de valorización, exterioridad en relación a las constricciones de producción y venta que opera el capital industrial. Y también una radical indiferencia en cuanto a los mecanismos políticos y sociales para la producción y apropiación de la plusvalía o a sus consecuencias sociales y ecológicas.

12. Los gestores financieros ocupan gran parte de los puestos de mando del capitalismo “occidental”. En el caso de los Estados Unidos, que no lo oculta, sus nombres son muy conocidos, comenzando por los PDG de Goldman Sachs, Robert Rubin y Henry Paulson: el primero fue Secretario del Tesoro de Clinton, el segundo de G.W. Bush. Ellos personifican un capitalismo que creyó haber desplazado “sus límites inherentes” por mucho tiempo, y lo hicieron como siempre recurriendo a “medios que levantan nuevamente estas barreras frente a ella, a una escala aún más formidable”. La burguesía alineada detrás de los Estados Unidos durante los últimos 30 años trató de superar los límites inherentes al capital esencialmente a través de tres medios: a) la liberalización de los flujos financieros, del comercio y de las inversiones directas; b) el recurso en

una escala jamás vista a la creación de capital ficticio en su forma más vulnerable, el crédito, sobre todo hipotecario; *c)* finalmente y como respuesta a la penuria de plusvalía creada por la pérdida de velocidad de la inversión en los países centrales del sistema, un nuevo e importante salto en las inversiones exteriores, cuyo destino principal fue China.

13. La creación de capital ficticio en dimensiones desconocidas y también con la forma de crédito al consumo, tuvo el objetivo de ampliar artificialmente el mercado doméstico de los países que recurrieron a este procedimiento. Especialmente después del 2001, y durante algún tiempo este artilugio construido mediante la constante extensión de las técnicas de “titulización” fue capaz de contrarrestar los efectos de una demanda insuficiente. Así ocultó entonces situaciones de superproducción crónica, como en el caso de la industria automotriz. Un monto extraordinariamente importante de acreencias insolventes “escondidas” en títulos fue asentado en el activo de capital de los bancos, de la sociedad de seguros y los fondos de colocación. Después de agosto del 2007 (de hecho después de julio), todo el edificio comenzó a hundirse, pedazo por pedazo, a través de sucesivos episodios cada vez más espectaculares.

14. La crisis financiera desgarró el velo que ocultaba la superproducción en los Estados Unidos, en Europa y de rebote en el Japón, que es terriblemente dependiente de las exportaciones. Lo que ahora está en juego es si la extensión de la crisis de sobreacumulación y de superproducción se producirá de modo tal que alcance o no a China. Desde comienzos de los años 1990, el flujo del capital productor de plusvalor hacia el exterior no tomó solamente la forma de una extensión de las relaciones imperialistas de apropiación-expropiación de recursos básicos de los países subordinados o de producción monopólica en esos países para la venta en sus mercados domésticos, como ocurriera en las fases precedentes. Ahora se trató, particularmente en lo que concierne a China, de la extensión de relaciones de producción entre capital y trabajo en el sentido fuerte, es decir, relaciones cuyo objetivo es la creación de valor y plusvalor en la industria manufacturera. China no es solamente un mercado. Es “*the factory of the world*”, una de las más importantes bases de producción manufacturera del mundo, sino la principal. Esto implica que es una base productiva que exige una esfera de realización, es decir un mercado, de dimensión proporcional al monto de las mercancías producidas. La extensión de las relaciones productoras de valor y plusvalor fue alentada por la dirección del Partido Comunista Chino, que convocó al capital extranjero a participar y hacer ganancias. Las empresas extranjeras, encabezadas por las estadounidenses y japonesas, se desplazaron desde mediados de los años 1990 hacia China, para aprovechar una mano de obra disciplinada, bien formada y barata. El incremento de la capacidad productiva debido al flujo de inversiones extranjeras fue acentuado por mecanismos político-económicos específicos que propiciaron la súper acumulación. Por todas estas razones, China es el terreno en el que se decidirán la dimensión y duración de la crisis, y tal vez su desenlace.

15. Volvamos a la aceleración de los procesos de utilización de los recursos no renovables hasta su agotamiento, del desgaste de la capacidad productiva de los suelos por largos períodos en cada vez más lugares del planeta, y del incremento de las emisiones de gas con efecto invernadero. En el primer caso, la cuestión está abundantemente documentada. La destrucción de las selvas primarias en África, en el Amazonas y el archipiélago indonesio, para vender maderas raras, para cultivar especies que sirvan para los agro carburantes o posibilitar los cultivos extensivos y la quimificación cada vez más pronunciada de la gran agricultura, tienen lazos estrechos con el pago de la deuda, con la liberalización del comercio y la acentuada penetración en el sector agrícola ganadero del capital concentrado y los accionistas de los fondos de colocación financiera.

16. En el caso de la aceleración de las emisiones de gas con efecto invernadero, el lazo no es ciertamente tan directo, pero existen al menos un “ramillete de indicadores”. Cabe la hipótesis de que sea, al menos parcialmente, una consecuencia de muchos procesos ligados a la liberalización de intercambios, a la desreglamentación y la mundialización de las inversiones y las privatizaciones: el salto cualitativo en el transporte de carretera con camiones, así como los transportes marítimos y aéreos ligados a la tercerización y el “justo-a-tiempo”, a las mercancías chinas baratas, a los gastos de invierno, etc.; las deliberadas subinversiones en los transportes públicos; la urbanización que tiende a hacer obligatorio el uso del automóvil (para todos los que pueden pagarlo...), etc. (¿será realmente una casualidad que Renault y Peugeot, Bouygues y cia. sean los principales destinatarios y beneficiarios del “plan de relanzamiento”?).

### **Dos cuestiones políticas a tratar**

17. La primera es la del “decrecimiento”. Estamos en un sistema que tiene como núcleo y racionalidad característica, la valorización del dinero devenido capital, en un movimiento infinito. Valorización que se hace (y no puede dejar de hacerse) mediante dos procedimientos: 1º) una relación intrínsecamente antagonica con el trabajo, de la que nacen (excepto en situaciones políticas excepcionales y transitorias que las atenúan como ocurriera durante los “30 gloriosos”) la polarización social, la pobreza, la miseria; y 2º) la venta infinita de mercancías, hasta la saturación, con las implicaciones ecológicas que antes vimos. La liberalización y la mundialización hicieron saltar los mecanismos que contenían el primer procedimiento y han acentuado terriblemente al segundo. El único momento en que este sistema “decrece” es durante las crisis, como ocurre actualmente.

18. Otro sorprendente error de los teóricos del decrecimiento es colocarse políticamente en un terreno de *súplica* al capital: que sea más razonable, que tome conciencia de sus intereses “bien entendidos” a largo plazo... Son sensibles a la pobreza, pero no colocan en el centro la lucha de clases. Pueden unirse a las luchas en el punto de intersección entre las consecuencias de la explotación y tal o cual cuestión de orden ecológico, y sienten la presión popular cuando se desarrolla. Pero la búsqueda sistemática de puentes entre ambas les es ajena, porque no comprenden la naturaleza del sistema capitalista o porque piensan que “ya ganó”, como los social-liberales.

19. Una segunda cuestión política tiene que ver con la utilización del término “ecosocialismo”, en vez de socialismo a secas. Tengo la impresión de que, en definitiva, los únicos argumentos reales en tal sentido son a) el descrédito de la palabra socialismo a causa del estalinismo y de la socialdemocracia y b) la poca importancia concedida a las cuestiones ecológicas por los marxistas, incluyendo los revolucionarios, al punto que se “redescubrió” a Marx en esta cuestión recién en los años 1990 y gracias sobre todo a gente como Bellamy Foster.

20. Por lo tanto, mis dos respuestas son (invirtiendo el orden): 1) la cuestión ecológica no es la única subestimada por los marxistas, incluidos los revolucionarios (ver el texto de Jean-Louis Marchetti para la reunión del 13-14 de diciembre); 2) el contenido de la palabra socialismo puede y debe ser repensado a partir de los jalones puesto por Marx en relación a los “productores asociados” y sus relaciones con la naturaleza. En uno de los últimos capítulos de *El capital* Marx asigna a los hombres socializados, devenido “productores asociados”, la perspectiva de “combinar racionalmente y controlar sus intercambios materiales con la naturaleza, de modo tal de realizarlo con el menor gasto de fuerza y en las condiciones más dignas y más acordes a la naturaleza humana”. Esto nos indica que la protección de la naturaleza contra la mercantilización capitalista

es inseparable del hombre en tanto parte de la naturaleza. Dicho otra manera, toda política que asuma la cuestión ecológica deberá combatir también la alienación -la alienación mercantil, pero también la alienación en el trabajo- y esto con verdadera eficacia, y no como esas campañas en “defensa del empleo” donde vemos a los sindicatos aliados a los empleadores en torno a cuestiones como las normas en materia de polución. De lo que se trata es de actuar de tal manera que el individuo “individual”, creación del capitalismo escindido en productor y consumidor y privado de toda instancia que pueda ayudarlo a comprender las principales determinaciones de su experiencia social, pueda devenir un productor asociado, en condiciones de administrar sus relaciones con el medio natural según una racionalidad colectiva. El socialismo, así redefinido, es la palabra que debemos reaprender a defender.

